

Antonio Gracia, Pasionista



Yo, Pablo de la Cruz

YO, PABLO DE LA CRUZ

Escribir la vida de un santo intentando hacerla en nombre suyo, es realmente una osadía. Se puede leer muchas veces la vida suya escrita por escritores entendidos y bien preparados, pero ponerse en su nombre a redactar una sola línea da escalofrío... Porque no es cuestión de género literario; es cuestión de intentar entrar en su corazón, vivir sus sentimientos, expresarlos con palabras propias sin traicionarlo... Y eso es un riesgo, una aventura.

Sin embargo, después de haberlo pensado seriamente, decidí asumir ese riesgo. Lo hice con la mejor de las intenciones, aunque consciente de mis limitaciones. Por eso la final del prólogo le pido perdón a mi Padre, Pablo de la Cruz y pongo en sus manos no sólo los pocos aciertos que pueda tener, sino también los muchos disparates que pueda decir, para que me perdone, porque de verdad, cada letra está escrita con mucho amor y con la mejor de las intenciones.

A.G.

Otras Obras del Autor:

Entre sus numerosas obras
seleccionamos las siguientes:

María mujer del pueblo (1er. premio trípode)

Padre nuestro

Sobre el calvario de Latinoamérica

Pan de Dios en la mañana

Primavera de pensamientos

Buenos días Señor

A los pies del Maestro

El soplo del Espíritu

Guía de un Peregrino en Marcha

Diario de Fe

Pasión del Siervo de Dios

María Buena Noticia

Jesús El Hombre de Nazaret

María Orquídea de Dios

Divorcio o encuentro en Amor

Orar en el Espíritu

Los carismas del Espíritu

Dios es Padre

Laicos santos en medio del pueblo

Navidad fiesta de la vida

Himno a la Trinidad

Eucaristía, banquete de amor y vida

La sabiduría de amarse

Yo, Pablo de la Cruz

Antonio Gracia, Pasionista

CONTENIDO

Bibliografía	6
Prólogo	7
Introducción	11
Primeros recuerdos	13
Deseos de retirarme a la soledad	19
Los cuarenta días más importantes de mi vida .	29
En nombre de Dios	35
Con la cruz por el camino	47
Consagrados para servir	53
El clamor del entorno	59
Fundación de la Congregación	65
Vida en retiro	75
Aprobación de las Reglas	85
Nuevas Fundaciones	93
Hacia ti, tierra de promisión	101
Cumbres más elevadas	111
Mi última visita a los retiros	121
Monasterio de Monjas Pasionistas	135
La Memoria de Santa María Virgen	143
La muerte mística	149
Estando ya mi casa sosegada	153
El sueño de un anciano	161
Epílogo	167
Ilustraciones	183

BIBLIOGRAFÍA

Cartas de Pablo, Diario Espiritual, Muerte Mística, Reglas.

- Almeras, C: San Pablo de la Cruz*
- Artola, A.M: La muerte Mística*
- Bialas, M: La Pasión de Cristo en S. Pablo de la Cruz*
Diario Espiritual de S. Pablo de al Cruz
La salvación está en la Cruz
Predicamos a Cristo crucificado y resucitado
Pablo carismático de la Cruz
La Nada y el Todo
- Bretón, S: La mística de la Pasión*
- Cayetano: Vida de San Pablo de la Cruz*
- Giorgini, F: Historia de la Congregación de la Pasión*
de Jesucristo
- Lippi. A: San Pablo de la Cruz*
- Pielagos, F: Testigo de la Pasión (San Pablo de la Cruz)*
El profeta de la Pasión
- Zoffoli, E S: San Pablo de la Cruz*
Diario Espiritual de San Pablo de la Cruz

PRÓLOGO

Son la 7, 35 de la tarde. Hora del ocaso.

Delante de mí, tengo un cuadro enmarcado en madera labrada, del anciano Pablo de la Cruz: ojos claros y celosos de sí mismos, inclinados sobre unas cuartillas de papel y en la mano, una pluma de ave, apoyada en la boca del tintero. Está sumergido en pensamientos de elevada contemplación.

Lo observo con detenida curiosidad, atento al menor movimiento de su rostro y de sus manos. De la tersura de su piel, emana una irradiación espiritual imposible de describir, como si trasluciera la presencia de un algo divino, luminosamente indefinible.

Después de un tiempo, no muy largo, de observación minuciosa, le susurro al oído, con reverencia, como si él estuviera ahí en persona y escuchándome:

- Buenas tarde, Padre, ¿cómo está? ¿En qué piensa?

Pablo voltea el rostro, pausada y sorprendidamente, se queda mirándome y me responde con serena brevedad:

- En el gozo de la cruz..., en el mar insondable de la Pasión de mi Señor..., en los brazos de mi Buen Dios...

Sus palabras se recuestan, de nuevo, en el silencio y yo tampoco pretendo interrumpir su concentración. Toda persona en oración, merece un respeto muy especial.

Pasan unos momentos de contemplación intensa. Pablo, de cuando en cuando escribe, luego, cierra los ojos concentradamente, para seguir, más tarde, escribiendo. No tiene prisa. En la noche incipiente, la luz tenue del candil proyecta, temblorosamente, su silueta contra la pared. En

su rostro apergaminado de anciano, están surcados cerca de ochenta años de experiencia acumulada.

Sigo observando, intentando bucear en lo hondo de su mente. ¡Qué profundo es un santo! Dudo en volverlo a distraer, pero al fin, le digo de nuevo:

- ¿Qué escribe?

Él, sin salir de la nube de Dios en que está, me insinúa con voz atenuada:

- Estoy corrigiendo algunos detalles de las Reglas de la Congregación. Quiero dejar a mis hermanos religiosos, unas Constituciones que las puedan vivir todos: jóvenes y ancianos, sanos y enfermos...

Y entra, de nuevo, en el sosiego de sí mismo. Me siento sobrecogido de admiración. En mi mente repaso cuanto recuerdo de mi querido anciano padre y de repente, se me ocurre:

-¿Será atrevimiento de mi parte si le digo que, en el atardecer de su vida, escriba **sus memorias**? ¡Podría hacer tanto bien! Realmente un ideario o noticiero suyo, escrito con su estilo, sería algo maravilloso...

Y sigo hablando dentro de mí:

- Si ha escrito tantos miles de cartas, ¿por qué no pedirle ahora una carta más larga, donde reseñe su trayectoria personal?

En esa indecisión estoy, cuando me cruza el pensamiento, zigzagueante, un rayo de luz:

-¿No podré hacer yo, lo que, por humildad, Pablo no querrá hacer?

Y pienso:

- Si otros autores, tienen el valor y el arte de escribir sobre Pablo desde afuera, analizando su vida; estudiando sus hechos; deduciendo caminos de espiritualidad de sus escritos, ¿por qué no entrar dentro de él y escribir su vida desde su mente? Sé que es una osadía, porque Pablo, es Pablo y yo, soy yo.

Y me vuelvo a silenciar, mientras discurro:

- ¿Seré capaz yo de entrar en su corazón, en la hondura de su espíritu, en la realidad de sus sentimientos, en la trayectoria impresionante de su historia, en su vivencia de Cristo crucificado, en su experiencia de morir en Cristo y renacer en la humanidad del Señor? ¿Cómo entender yo, su Nada sumergida en el Todo... y ofrecer desde él, en primera persona, una síntesis de su andadura humana y espiritual?

Sé que la vida de Pablo, es un bosque de espesura densa y larga. Tiene tal cantidad de hechos y detalles que cualquier historiador se queda asombrado. Sé, también, que narrar todos los acontecimientos de Pablo con minuciosidad, es hacer un libro interminable.

...

Lo pienso... y al fin decido. Si entrar en el corazón de Pablo es una osadía; asumo la osadía de sumergirme y contar, lo poco que mis pobres ojos, directa y cariñosamente, puedan contemplar.

...

Entonces, ¿cuál es mi pretensión?

-Ofrecer una historia novelada y sencilla de Pablo con algunos datos y detalles de su espiritualidad; una historia que pueda ser leída con facilidad, para quien quiera conocer a Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas. Regalar una historia ágil para la Gran Familia Seglar Pasionista, más que un estudio para los Religiosos en cuyas manos, abundan vidas y estudios de grandes especialistas de Pablo de la Cruz.

...

En esta osadía, pongo mi mano en su mano; introduzco mi mente en su mente; abro mis ojos con los suyos y sin salir del sueño donde estoy, saco la pluma del tintero y comienzo a escribir.

Es hora del primer temblor de las estrellas.

Notas

1. En el primer borrador del libro anotaba el origen de las citas que transcribía. Después me convencí de que, como era un libro sencillo y de divulgación, no requería tanto detalle y las suprimí para agilizar su lectura. El robo de muchas frases y párrafos y capítulos lleva consigo la petición de perdón de mi parte. Como realmente no conozco Roma, ni ningún Retiro fundado por S. Pablo, me he ido dirigiendo por fotos, mapas y descripciones de los libros leídos.

2. De esta autobiografía "Yo Pablo de la Cruz" se publicó en Venezuela y con ocasión del Tercer Centenario de la muerte de Pablo una síntesis con el mismo título y como propaganda vocacional. Se hizo una edición de 8.000 ejemplares y todos se distribuyeron.

3. No pretendo hacer una interpretación, ni actualización de Pablo. Tal vez algunas expresiones parezcan indicar esa pretensión. Pero no es así. Sencillamente escribo su vida, a mi estilo, como una memoria firmada por Pablo.

I. INTRODUCCIÓN

*"Al nombre de Jesús,
toda rodilla se doble
en el cielo,
en la tierra y en los abismos,
y toda lengua proclame
que Jesucristo es Señor
para gloria de Dios Padre".
Flp 2, 10 - 11*

Queridos hermanos en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Movido por el deseo de servir a la Congregación hasta el último momento de mi vida e impulsado por la invitación, mil veces repetida, de algunos religiosos, escribo esta **memoria** en el ocaso de mis días.

Lo llamo **memoria**, porque sólo quiero que tenga la confidencialidad de un escrito de esa categoría. Por eso, solamente le doy la importancia de ser una oportunidad, para abrir un poco la puerta de mi vida y ofrecerla con sencillez.

Recuerdo, ahora, los versículos de la primera carta de San Juan que asumo y personalizo: "Les anuncio lo que he visto y oído, lo que he tocado con mis manos, para que permanezcamos unidos entre nosotros" (1Jn 1, 1-4), siendo fieles al espíritu de la Congregación y para que la gloria del Señor Crucificado, se manifieste en todas las latitudes de la tierra.

Consciente de que la Pasión del Señor, es la obra más maravillosa del amor de Dios y de que en ella se encuentra el remedio a todos los males del mundo, escribo mi experiencia con temblor de corazón, e invito, como lo he acostumbrado durante mi vida, a entrar en ese mar insondable de la misericordia de Dios.

Por lo demás, al confiarles esta **memoria**, únicamente deseo compartir, con la Familia Pasionista, algunos detalles de mi trayectoria personal y, al mismo tiempo, sintetizar las peripecias de Dios en la obra de la fundación de nuestra Mínima Congregación.

Mucho me insistió mi hermano Juan Bautista, que en gloria esté, para que hiciera esto que ahora he decidido cumplir. Mucho más, todavía, me lo insinuó mi querido hermano enfermero, ángel de mi dolor y cuyo nombre silencio, porque aún vive. Yo siempre tomé esta tarea como una tentación de soberbia, ya que mis escritos sólo merecen el destino del fuego. Sin embargo, después de considerarlo delante del Señor, he accedido a estas instancias.

De las llagas de Cristo Crucificado, brote la luz viva que necesito para escribir estas páginas con fidelidad y para que, cuanto escriba, sea en alabanza y gloria de mi Buen Jesús y de su santísima Madre, Madre Dolorosa y de la Santa Esperanza, bajo cuyo manto pongo la Obra maravillosa de la Congregación.

¡Laus Deo!

2. PRIMEROS RECUERDOS

Aunque los años han oscurecido un tanto mi memoria, voy a intentar describir el primer escenario de mi vida. Su drama jugó en mí, un papel fundamental.

Mi nombre es Pablo Francisco

Nací en Ovada, el 3 de enero de 1694. El día era sumamente frío y la nieve coronaba las cumbres de las montañas. En casa estaba encendido el fuego todo el día y en la hora de la noche, las brasas mantenían caldeado el ambiente de la sala familiar.

Mi padre se llamaba Lucas Danei, natural de Castellazzo. El nombre de mi madre era Ana María Massari. Ella tenía, entonces, 22 años de edad y era mujer de mucho amor.

Me bautizaron el 6 de enero, Epifanía del Señor. Aquel día, mi Buen Dios realizó en mí, lo que más tarde fue el sueño persistente de mi vida: morir en Cristo para vivir un divino nacimiento, una vida nueva.

Don Juan Benzo fue el sacerdote que pronunció mi nombre y el de la Santísima Trinidad, mientras el agua corría fríamente por mi cabeza: "Pablo Francisco, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo". Hubo fiesta en casa. Mi madre, aún en cama, me abrazó, me besó y trazó la señal de la cruz en mi frente. Aquella cruz nunca se borró de mi memoria.

La casa donde nací era alquilada y bastante grande. Tenía dos pisos, además de la planta baja donde mi padre tenía el negocio. Dentro de lo que cabe, era en aquel tiempo un pequeño palacete.

Mis hermanos

Mi padre (1659-1727), casado en primeras nupcias con María Catalina de Grandis, no tuvo hijos de su primer matrimonio. Su esposa murió a los 30 años. Dos años más tarde, en 1692, volvió a contraer matrimonio con la joven Ana María Massari (1672-1746), con quien tuvo 16 hijos.

Fue una niña, el primer fruto de su amor. La bautizaron de emergencia y murió a los tres días. Un año después nací yo y quedé hijo mayor de la casa. El 4 de abril de 1695 nació Juan Bautista, quien sería más adelante mi verdadero hermano de vida y fundación. De mis dieciséis hermanos, solamente seis vivimos largo tiempo: Juan Bautista, Antonio, Teresa, José, Catalina y este pobre pecador. Los demás, murieron antes de la adolescencia.

Mi madre fue una mujer fuerte. A los 48 años dio a luz a mi última hermana Catalina. Asumió su tarea maternal con responsabilidad admirable.

El camino de mi primera infancia

Desde pequeño, aprendí a caminar el sendero de la austeridad. Mi Buen Dios, en su infinito amor, me dio a beber del cáliz de su sangre desde temprana edad. La muerte y la vida, se trenzaron con demasiada frecuencia delante de mis ojos. Prácticamente toda la alegría de un nuevo hermano, venía enlutada por la muerte de otro. Luz y tiniebla eran el movimiento ambiental de mi casa, cada poco tiempo. ¿Fueron estas realidades las que me enseñaron a morir

y a resucitar? ¿Eran éstas, las primeras lecciones de la vida que inconscientemente se me iban grabando a fuego ardiente y que más adelante, me ayudarían a descubrir la Nada de mi Ser y el Todo de mi Dios?

Ciertamente, yo no tenía capacidad de hilvanar estos acontecimientos, pero las sonrisas y las lágrimas, iban abriendo hondo surco en mi corazón. En la infancia, todo detalle tiene repercusión posterior; es como una huella, grabada con punzón de fuego.

Otro dato real que configuró fuertemente mi niñez y mi adolescencia fue la mudanza permanente y el trabajo prematuro. El negocio de mi padre, era un pobre estanco de venta de tabaco y telas; además de que no daba para ganancias abundantes, ciertas exigencias fiscales le obligaban a cambiar de residencia: de Ovada a Cremolino; de Cremolino a Campo Ligure, después a Tagliolo y por fin, a Castellazzo.

Esta realidad, me obligó a ser peregrino; a uncir animales; a cargar fardos de ropa; a subir en carro; a caminar horas y horas; a vivir con lo puesto y desprendido. La escasez, no da para lujos. El testimonio de mis padres, también me enseñó a ver, en todo, la mano del Sumo Bien.

A la luz del fuego de mi madre

Mi casa fue, con toda seguridad, un hogar de amor, de buen entendimiento y de paz. Un pequeño templo familiar. En ese espacio encontré el mejor taller de aprendizaje para la vida. Mi padre era hombre de fe. Tenía gran capacidad de trabajo y de sufrimiento. Más de una vez, lo vi mordiéndose los labios y picando hacia delante con el dolor en el ceño.

Pero quien realmente influyó en mi mente y en mi corazón, fue la figura de mi madre. Privilegiada en saber leer y escribir en un contexto donde más del 90 por ciento de las mujeres eran analfabetas, fue mi mejor maestra y mi primera

educadora de la vida espiritual y religiosa. Yo he repetido, muchas veces, en sermones y en charlas de comunidad que "si me salvo, como lo espero, en gran parte, se lo debo a la educación recibida de mi madre".

Sus buenos ejemplos y sus consejos me indicaron, a tiempo, el camino de la perfección y de la santidad. Recuerdo, con toda nitidez, su rostro de madre y maestra. Cuando yo me encabritaba por cualquier motivo, ella me mostraba el crucifijo y con sus ojos clavados en los míos, sencillamente me decía: «Mira cuánto sufrió por ti». Su voz no era una amenaza. Nunca lo fue. Era una insinuación. La voz de un ángel en palabra de mujer. Y eso me bastaba.

A diario iba a la santa Misa. En cuaresma, asistía al vía crucis y vivía en serio la penitencia y el ayuno. De cuando en cuando nos reunía en torno al fuego al declinar la tarde y nos leía vidas de santos, de monjes y de anacoretas. Esta simiente, confirmada por el testimonio de su vida humilde, sacrificada y ofrecida, echó raíces muy profundas en mi corazón. Ahí nació, desde pequeño, mi admiración por los eremitas y cenobitas; ellos se convirtieron para mí, en un modelo a seguir.

Mis estudios

Mis estudios primarios fueron muy elementales. Un hogar de emigrantes, escaso de pan y abundante de trabajo, apenas si tiene espacio y lugar para el estudio formal y continuado de sus hijos. Por otra parte, las escuelas y los maestros eran insuficientes. La mayoría de los niños quedaba sin formación escolar o por falta de recursos, o por trabajos obligados.

En Cremolino los PP. Carmelitas me iniciaron en las primeras letras y más tarde, en una escuela de Génova, procuré avanzar un poco más.

Por otra parte, ser el mayor de los hijos me exigía colaborar, más de cerca, con el trabajo de mi padre. Y esta fue una de las causas, por las que no pude formalizar mis estudios con regularidad. Con todo, el Señor me permitió hacer progresos notables, a pesar de la escasa oportunidad que tuve de un estudio continuado.

Infancia normal

Cuanto he confesado, no debe hacer pensar que yo era un niño fatigado en tareas domésticas, aislado o aburrido. Crecí en la realidad de la vida y en el medio ambiente de los pueblos por donde tuve que transitar. Acaso no disfruté de muchos amigos, por aquello del trabajo y del trasiego familiar. Supe lo que era el invierno inclemente, lo mismo que aguanté, el calor extremo del verano. Los juegos eran pocos, pero los disfrutaba con alegría. La realidad de mi familia, me llevó a crecer en una infancia casera, sencillamente pueblerina y trabajosa.

Mi primera consagración

En 1707, asomado ya a los 13 años, comencé a entender un poco más la vida. Por mi propia voluntad, me inscribí en la Cofradía de la Anunciación de Nuestra Señora. A ella le hice mi primera ofrenda personal. Dios, en su infinita bondad, me alertaba interiormente; me daba conocimiento de sus cosas y encendía en mi corazón deseos de unirme a él. En mis oraciones y expresiones religiosas, siempre me acompañaba mi hermano Juan Bautista.

No quiero exagerar si digo que con frecuencia y a la hora de la noche, en un cuarto aislado de la casa, nos reuníamos a escondidas, mi hermano Juan y yo; construíamos nuestro pequeño altar; colocábamos la imagen del Niño

Jesús y rezábamos. También practicábamos algunas pequeñas penitencias, como estar de rodillas sobre granos de arroz y otras cosas así. Como quien dice: los dos teníamos nuestro pequeño calendario religioso.

Las historias leídas por mamá, nos iniciaban en ese camino de vida piadosa y tal vez, un tanto austera para nuestra edad. Al recordarlo disfruto de nuestra ingenuidad.

Salvados del agua por la Virgen

En cierta ocasión, mi hermano Juan y yo, estuvimos a punto de perder la vida al atravesar el río Genaro. La corriente del agua era más fuerte que nuestro manoteo y, al pretender pasarla, comenzó a revolcarnos y a arrastrarnos. En el momento de más apuro, los dos sentimos, al mismo tiempo, que la Virgen nos envolvía en su luz y con su mano, nos acercaba a la orilla. Acaso no sepa explicar con detalle cómo sucedió todo aquello, pero, ciertamente, Juan y yo consentimos más tarde que aquello fue una protección muy especial de la Virgen sobre nosotros: un milagro. A raíz de ese acontecimiento, los dos nos consagramos a ella.

...

Así fue, a grandes rasgos, mi infancia. Ciertamente me tocó vivir muchas más cosas, pero con lo escrito basta para **esta memoria.**

3. DESEOS DE RETIRARME A LA SOLEDAD

El paso de Dios se realizaba, secretamente, dentro de mi corazón. En la medida que iba creciendo en edad, se hacía más insistente su llamada. Dios me preparaba, amorosamente, para él.

Mi conversión

Andaba yo entre los 19 y 20 años y gracias a mi Buen Dios y al ejemplo de mis padres, me mantenía en el camino recto. Me sentía fuerte y era casi incansable para el trabajo.

Un día, hacia la mitad de 1713, me sucedió un fenómeno especial que me dejó profundamente impresionado. Acudí al templo, como de costumbre, a buena hora de la mañana; participé en la eucaristía con un pequeño grupo de fieles y escuché con atención el sermón del párroco, D. Bernardo Leoncini. Realmente no sé qué pasó, pero tuve conciencia clara de que Dios me había tocado el corazón. Después de la celebración fui al despacho a sincerarme con D. Bernardo y a partir de aquel diálogo, sentí como si Dios me impulsara a un cambio radical de vida.

Y quedé pensativo. ¿Era una llamada de mi Buen Dios? ¿Era una invitación divina? No sé explicarlo. Pero algo muy fuerte me sacudió por dentro. Tras unos días de reflexión, me sobrecogió un gran deseo de entregarme del todo a Jesús. Dios me sedujo y no pude resistir. Y decidí consagrarme del todo a él.

Confesé mis pecados con sinceridad y verdadera contrición. La luz de Dios iluminó la realidad secreta de mi corazón y por primera vez viví, la experiencia de mi 'Nada y del Todo' de mi Buen Dios; aunque tengo que decir que estas palabras, aún no eran conocidas por mí.

¿Qué quieres, Señor, de mí?

Dios activaba su presencia en mi mente. En su amor infinito, me sumergía cada día más en el mar de su corazón y me envolvía en sus olas, aunque luego, al regresar a la orilla, quedaba como ave solitaria en la arena que mira, inquieta, a todas partes y no sabe hacia qué rumbo volar.

En cierta ocasión, caminaba a lo largo de la costa de Génova hacia el poniente. Era uno de esos paseos que cualquier joven insatisfecho puede hacer para meditar y discernir. Andaba como abstraído, cuando de repente divisé sobre un monte, encima de Sestri, la pequeña iglesia de Nuestra Señora del Gazzo. Al verla, se me encendió el deseo de subir, retirarme a esa soledad y comenzar la experiencia de ermitaño.

Luego, sentado sobre una piedra al borde del camino, me dije: "Pablo, ¿qué sueñas?" Al despertar, me di cuenta de inmediato, que, por deberes familiares, me era imposible realizar aquella maravillosa aventura.

Sin embargo, debo detallar que por ese tiempo, me inquietaba seriamente el deseo de dejar el mundo, de vivir en soledad, de servir a Cristo, de ser mártir por su nombre y por su causa. Recuerdo que la pregunta inquietante de mi corazón era: ¿Qué quieres, Señor, de mí?

Mi corazón andaba en búsqueda sincera de la voluntad de Dios.

Cruzado sin armas

En 1715, los turcos amenazaban el occidente cristiano. Clemente XI invitó a la cristiandad a una cruzada. La voz del Papa me estremeció y me alisté en el ejército de Venecia, sin paga, por pura voluntad de luchar por el reino de Dios. Estuve varios meses en cuarteles y campamentos; viví la experiencia del ajetreo militar y sus maniobras; palpé el afán de aventura y de riqueza de los alistados y poco tiempo me hizo falta, para sentir una repulsa interior muy fuerte. Mi decisión era ser mártir por el Reino de Dios y no un asalariado del ejército. Aquel hacinamiento de gente, de gritos y de palabras soeces, no iba con mi modo de ser, ni con mi inquietud.

Por ese tiempo crecieron en mí, las dudas sobre el camino a seguir.

Un día, jueves de carnaval, mientras adoraba al Santísimo con ocasión de las Cuarenta Horas, recibí la siguiente inspiración divina:

- No es ese el servicio al que Yo te llamo.

Quedé pensativo. Medité largo tiempo y al fin, abandoné con decisión la idea de la cruzada contra los turcos. Y le dije al Señor:

- Aquí estoy, para hacer tu voluntad.

Era el 20 de febrero de 1716. Rondaba yo los 22 años y el frío me tenía entumecido todo el cuerpo.

Caminé en silencio y oración

El seguimiento del Señor, sólo tiene una luz cierta y viene de él. Por eso, aunque a tientas, decidí no regresar a Castellazzo y me quedé en Novello a trabajar en casa de un matrimonio anciano y conocido. Todo marchaba bien. Disponía de tiempo para el trabajo, la oración y la lectura

de libros espirituales.

Confieso que siempre fui un aficionado a la lectura. Lo heredé de mi santa madre. Ya por este tiempo leía y releía a San Francisco de Sales, a San Juan de la Cruz, a Santa Teresa y a otros sabios doctores de la Iglesia. Los disfrutaba como quien gusta de un pan sabroso. La verdad es que me fortalecían y me abrían nuevos caminos de contemplación del Señor.

De repente, el matrimonio a quien servía, por pura bondad suya, quiso nombrarme heredero de sus bienes y de su patrimonio. Me di cuenta en seguida, ue semejante herencia les hubiera favorecido a mis padres; pero mi opción estaba decidida, aunque aún no tuviera claro, ni seguro el fin. Y renuncié.

Serenamente, agradecí al matrimonio su generosidad y medespedí.

Así, con libre determinación, abandoné Novello y con la pobreza sobre el hombro, marché a Tortona. Un aliento divino y secreto me impulsaba a caminar en silencio y oración.

De nuevo en Castellazzo

Y regresé a Castellazzo.

Por este tiempo se me fue aclarando ya la inspiración de revestirme de una túnica de lana basta, caminar descalzo, vivir con la más absoluta pobreza y hacer vida penitente. No podía resistir el impulso de Dios.

A los pocos meses, sentí la inspiración de reunir compañeros para vivir en comunidad y promover, entre los hombres, el santo temor de Dios. De esta idea intentaba no hacer mucho caso, aunque jamás se me quitaba de la cabeza.

Pero lo curioso es que estos pensamientos surgían y se mantenían dentro como un fuego que ardía y me quemaba la

mente con insistencia silenciosa y continua.

Es interesante descubrir, y es parte de esta **memoria**, cómo la prueba del enemigo estaba siempre al acecho. Mi tío sacerdote, D. Cristóbal Danei, entrado en años y con suficientes recursos económicos para reflotar a mi familia, pensó casarme con una joven bastante rica del lugar. Seguramente, con el mejor de los deseos, quería programar mi vida y trazar mi camino, sin saber que yo tenía pronunciado ante Dios mi voto de castidad y decidida mi vocación. Al enterarse de mi consagración, se endureció todavía más en su empeño y solicitó dispensa del voto a Roma, forzando mi situación. Inesperadamente, falleció el 18 de noviembre de 1716 y de toda su herencia, sólo acepté un crucifijo y su libro de oración sacerdotal.

El otoño había ya desprendido las hojas de los árboles y con ellas, yo también me sentí lanzado al aire al impulso de mi Buen Dios.

El sacramento de la confirmación

Después de prepararme conscientemente, recibí el sacramento de la confirmación de manos de Mons.de Gattinara, el 23 de abril de 1719. Sentí que el Espíritu divino me ungía y me llenaba de gozo y de paz. ¡Bendito sea mi Dios! En el caos de mi cabeza, él me conducía entre dudas y temores y mantenía en mí, el deseo de la búsqueda fiel de la voluntad de mi Señor.

Por otra parte, el director espiritual me sirvió, oportunamente, de crisol interior: me mortificaba públicamente en los sermones, me exigía ponerme el último en la fila del confesionario, me privaba de la comunión y me reprendía con palabras hirientes. En fin, me hizo pasar por grandes pruebas para fortalecerme en la fe y purificar mi vocación.

Y como si todo se juntara, de repente, algunas jóvenes

del pueblo se me presentaban intempestivamente y me acosaban con descaro y con proposiciones atrevidas. De verdad, el seguimiento de Jesús siempre es camino de Pascua.

En la hermandad de San Antonio

Por lo demás, mi vida transcurría en la monotonía del quehacer diario familiar. Confieso que a veces, tuve miedo de no ser capaz de mantenerme fiel a lo que mi Sumo Bien me estaba pidiendo. La insistente llamada de Dios a la soledad y la necesidad de mi familia, me exigían mantener un discernimiento constante. Y decidí seguir en oración interior, hasta que mi Buen Dios quisiera revelarme algo más preciso.

Me inscribí en la hermandad de S. Antonio de Castellazzo. Ahí encontré la oportunidad de servir al Señor. Los miembros de la fraternidad me eligieron presidente y desde ese momento, asumí la responsabilidad de su formación religiosa. Todos los domingos y fiestas, les daba una charla de orientación cristiana y a estas alturas de mi vida, doy gracias al Sumo Bien, porque algunos miembros de la hermandad decidieron ser religiosos o religiosas.

Catequista de niños

Yo era laico pobre y trabajador; de escasa preparación y de poco tiempo disponible; sin embargo, el párroco me confió la catequesis infantil.

Dentro de lo que pude, me preparé en serio para un ministerio tan sencillo y al mismo tiempo, tan responsable. La fuerza de Dios me llevaba a caminar por las calles de Catsellazo, sonando la campanilla y recogiendo niños para el catecismo. Esta tarea me obligaba, especialmente los domingos. Pero pronto perdí el miedo a los cuchicheos de la

gente y me sentí gratificado al ver que a las explicaciones asistían adultos, hombres y mujeres. Aunque, vuelvo a repetir, no faltaban por los rincones de la plaza sonrisas de ironía y frases de burla.

Una visión horrible

En 1719 sufrí una dolencia grave. Aún no sé cuál pudo ser su origen, si un virus extraño o mis propias penitencias extremadamente fuertes. Llamaron al médico. Me auscultó y no me vio nada especial.

Según cuenta mi hermana Teresa que estuvo siempre a la cabecera de mi cama, en uno de los delirios comencé a gritar como un energúmeno. Vomitaba blasfemias diabólicas contra Dios y la Virgen María. Y según ella misma me recordó, mi voz era como el aullido de un lobo.

Acudió de nuevo el doctor y me recetó un calmante. Pedí los auxilios espirituales. Al día siguiente, me visitaron dos religiosos capuchinos. Me confesé y quedé con paz interior. Recuerdo que le dije al P. Jerónimo: "¡Qué grande es la eternidad!" Jamás comenté con nadie lo que había visto, ni sé ahora tampoco cómo explicarlo. Pero algo muy profundo quedó grabado en mí. Desde ese momento cuando hablo de la eternidad, sobre todo en las misiones populares, me tiembla el cuerpo y se me estremece la voz.

Revestido de una vestidura negra

La experiencia me enseñaba cosas nuevas a diario; yo, por mi parte, custodiaba rigurosamente mi vida, para no vagar sin sentido. Asistía a la Santa Misa, cada mañana; comulgaba con gran deseo; me mantenía fiel en la lectura de los libros de formación espiritual. Dios me conducía, entre luces y sombras, hacia un destino cuya

palabra final, estaba en el silencio de su amor.

En enero de 1721 le escribí a Mons. de Gattinara, obispo de Alejandría, la siguiente revelación:

«Este verano pasado, (no recuerdo exactamente ni el mes, ni el día, porque no lo anoté; sólo sé que era el tiempo de la cosecha) recibí, aunque indigno, la sagrada comunión en la iglesia de los padres capuchinos de Castellazzo. Y así quedé en contemplación.

Después salí para irme a casa, y por el camino iba recogido en oración. Cuando llegué a una calle que volteaba hacia mi destino, me sentí elevado en Dios, me olvidé de todo y experimenté una gran suavidad interior. En ese mismo instante, me vi revestido de una túnica negra, larga hasta el suelo y con una cruz blanca en el pecho y bajo la misma cruz, escrito el nombre santísimo de Jesús en letras también blancas.

Y escuché estas palabras: 'Esto es señal de lo puro y limpio que ha de ser todo corazón que lleve impreso, el santísimo nombre de Jesús'. Después de esta visión, hizo Dios todavía más fuerte en mí el deseo y el impulso de reunir compañeros y con el permiso de la Santa Madre Iglesia, fundar una Congregación que tuviese por nombre, **Los Pobres de Jesús**'.

Sin darme cuenta, estaba sumergido en Dios y a pesar del frío congelante, me sentí empapado en sudor. Y hoy puedo afirmar que en ese encuentro, Dios me confirmó interiormente en el camino emprendido.

En busca de asesores

Mi vida, a pesar del trajín de la casa y del trabajo, se iba convirtiendo, prácticamente, en la de un monje en medio del pueblo. Aproveché el verano de 1720 (andaba yo por los 26 años), para consultar con los Padres capuchinos,

Jerónimo de Tortona y Columbano de Génova. Incentivado mentalmente por la visión y por la idea de reunir compañeros, acudí también a D. Policarpo Cerruti, canónigo penitenciario de Alejandría.

Creo que ninguno de los tres, comprendió o aceptó mi visión y mi decisión. Los tres me respondieron con palabras gentiles; ponderaron mi sinceridad, pero de ahí no pasaron. Me arrodillé en mi propia soledad para orar. Recordarlo ahora, me llena de agradecimiento a Dios.

El canónigo Cerruti, me aconsejó exponer mis intenciones al obispo, Mons. Francisco Marreo de Gattinara. Monseñor me sometió, austeramente, a toda clase de exámenes y pruebas. Me hizo sentir mi propia nada. Me obligó a pasar el mar rojo entre murallas de agua. De tal manera que llegó un momento en que pensé que todo era fruto de mi fantasía. Pero, gracias a la infinita bondad de mi Dios, al fin accedió a vestirme el hábito negro, tal cual lo había contemplado en la visión.

La bendición para partir

Era el día 21 de noviembre de 1720, fiesta de la Presentación de María en el templo, una fiesta muy querida para mí. El frío corría suelto por las calles y llenaba de soledad la plaza y los rincones de Castellazzo. Las cumbres de los montes resplandecían con el fulgor de la nieve primera. Durante todo el día estuve inquieto, aunque con mucha paz y gozo en el corazón. Recogí la ropa necesaria y unos pocos libros de lectura espiritual. La decisión estaba tomada.

Mi padre andaba un tanto desalentado y mi madre, a pesar del consentimiento que me daba con mucho amor, se escondía en la habitación para llorar.

Cuando llegó la noche y estábamos todos alrededor de la mesa para cenar, me hincé de rodillas delante de mis

padres y hermanos, les pedí perdón por cualquier mal comportamiento y les rogué me dieran su santa bendición. Padre y madre me bendijeron con llanto en los ojos. Mis hermanos, Antonio, José, Teresa y Catalina, se miraban entre sorprendidos y atolondrados, mientras Juan Bautista repetía con seguridad de voz: "Yo iré contigo".

El fuego de la noche nos alumbraba y encendía un fulgor especial en cada rostro. ¡Qué fuego tan antiguo y tan vivo! Estábamos todos como paralizados.

Era jueves, la noche de mi decisión.

4. LOS CUARENTA DÍAS MÁS IMPORTANTES DE MI VIDA

Recordar situaciones es vivirlas con agradecimiento. No hay experiencia que no me haya servido de aprendizaje y crecimiento. Y ahora, al escribir **esta memoria**, me siento bendecido por mi Buen Dios.

Revestido de ermitaño

Tenía yo 26 años. El abrazo de despedida de la noche anterior fue prolongado. Luego vino el silencio apretado y denso de la noche. Toda despedida desgarrada.

A la mañana siguiente, muy fría por cierto, salí de casa con el hábito de ermitaño debajo del brazo. (El hábito lo había cortado y cosido mi santa madre con mucha destreza y dolor). Llegué a palacio y Mons. de Gattinara me recibió con gesto amable. A lo largo de una conversación sincera y breve, me hizo la exploración final sobre mi decisión. Luego caminamos juntos y solos hacia su capilla privada. La ceremonia fue corta y el rito sencillo. Sus palabras fueron estrictas y estimulantes. De rodillas ante el altar, me preguntó:

-¿Quieres recibir el hábito de ermitaño?

-Si quiero.

-¿Estás dispuesto a vivir según la norma de los ermitaños del Señor?

-Si lo estoy.

-Demos gracias a Dios.

Me revistió de ermitaño, me exhortó a seguir por el camino de la fidelidad a la voluntad de Dios y me dio el abrazo

de la paz. Al besar su anillo, confieso que sentí arder mi corazón de gozo. El hábito era una túnica negra, de lana gruesa, en forma de saco y ceñida al cuerpo con un cinturón de tela.

Mons. de Gattinara, ya en la sacristía, me miró de arriba abajo, sonrió y me felicitó. Al bajar los ojos y verme yo mismo, me sentí ermitaño de cuerpo entero.

Era viernes, 22 de noviembre de 1720. Tenía el camino abierto, aunque el horizonte me resultaba todavía impredecible. El porvenir estaba en manos del Señor.

Yo, Pablo de la Cruz

Me despedí de Monseñor con la cruz de su bendición sobre la frente. ¡Qué grande es mi Dios! Mi alma se sentía sumergida en el mar infinito de su amor.

El día estaba nublado y la lluvia chispeaba sobre las ramas desnudas de los árboles. La tierra de la calles estaba congelada. Caminaba con los pies descalzos y vestido con la túnica recién estrenada. Iba yo a vivir mi primera experiencia de soledad, ayuno y oración, distanciado del mundo, para discernir pausadamente la voluntad de mi Señor. El Espíritu Santo me impulsaba a entrar en el corazón del desierto, al lugar preciso del encuentro con la voz de mi Buen Dios.

Con el debido permiso escrito de Monseñor, llegué a la Iglesia de San Carlos, a las afueras de Castellazzo. Acomodé mi asilo en un cuarto sencillo y pobre, junto a la sacristía del templo. Apenas me alcanzaba un hilo de luz para leer. Arreglé el escritorio, acomodé el candil y en la noche, escribí de rodillas el primer proyecto y horario de mi vida:

- Vivir de la caridad pública,
- Cuidar el culto del templo,
- Levantarme en la noche para el rezo de Maitines,
- Dormir en el suelo,
- Ayudar las misas y comulgar,
- Rezar Laudes, Vísperas y las Horas a su debido tiempo.

- Orar sin descanso,
- Disciplinarme,
- Buscar, en todo, la voluntad de mi Dios,
- Obedecer, siempre y ciegamente, a mi director.

En ese pequeño espacio de habitación humilde, viví durante cuarenta días y cuarenta noches y mucho me sirvieron, para tener un encuentro profundo conmigo mismo, entrenarme como ermitaño y entrar un poco más en el discernimiento de la voluntad de Dios. Desde ese momento, asumí el nombre de **Pablo de la Cruz** y comencé a experimentar vivamente, que mi vida era Cristo Crucificado. La cruz de Cristo se convirtió en mi cruz, en el centro de mi contemplación.

La experiencia de Castellazzo fue la cuaresma más importante de mi vida. Esta memoria es importante para comprender lo que seguiré escribiendo.

Diario de mi cuarentena

Por obediencia a Mons. de Gattinara, escribí el Diario de mi cuarentena y lo hice con simplicidad y sin cuidar forma de redacción. Este es un pequeño resumen tal como lo mantengo en el corazón, porque el original escrito se lo entregué a Monseñor:

- Durante estos días viví los sentimientos más encontrados que se pueden experimentar. Tuve conocimiento del silencio de Dios y sufrí tentaciones pertinaces y molestas; así como también disfruté de momentos de paz, de consolución y de amor de Dios, con derramamiento de lágrimas de ternura. Dios me resultaba impredecible.

- En ocasiones palpé a fondo mi nada, mi pobreza, mi pecado y me sentí sucio, inmundo y le pedí a mi Dios, ser arrojado a los pies de toda criatura y hasta de los mismos demonios para ser pisoteado. Cuando Dios me daba conocimiento de mí, me sentía peor que un condenado. Pero toda aquella convulsión de sentimientos nunca creó en mí motivos

de desesperación. Mi Buen Dios, me envolvía con su misericordia infinita.

- Experimenté oscuridades internas de todo espesor: aflicción, tristeza, melancolía, dolor de mis pecados, remordimiento de abandonar la familia. La resistencia al demonio me producía, frecuentemente, estremecimiento de pies a cabeza, de tal manera que me dolían, fuertemente, los huesos del cuerpo y el estómago se me revolvía todo entero.

- Comulgaba a diario aún viéndome indigno, árido y distraído. Pero, ¡qué grande es mi Dios! A veces, él me hacía sentir sumergido en un mar de amor, con mucha suavidad y me daba inteligencia infusa del gozo que tendría cuando lo viera cara a cara y para siempre. Ciertas vivencias no las puedo olvidar, ni explicar.

- Rogaba a Dios por la conversión de los pecadores, de los herejes y de manera muy especial, por el regreso de Inglaterra al seno de la Iglesia católica.

- Con insistencia suplicaba al Buen Dios por la fundación de la Congregación, de esta gran obra de su amor. Con mucha devoción, me encomendaba a la Madre Dolorosa. Un día vi, en oración, cómo los santos fundadores de otras congregaciones oraban por esta mínima Congregación que yo soñaba.

- Al contemplar los dolores de Jesús en la cruz, me sentía sumergido en el mar inmenso de su dolor hasta derramar lágrimas. ¡Qué maravilloso es entrar en el dolor de amor!

- Después de comulgar, solía prolongar de rodillas mi oración ante el sagrario. El mismo Jesús me hizo comprender, en adoración, el misterio de su presencia y darme cuenta del abandono de los hombres, tan indiferentes y blasfemos.

- Viví un gran padecer con gran amor y un gran amor con mucho padecer, pero todo con altísima suavidad y muy especiales consuelos del Espíritu Santo y con cierto descanso del alma, unido a las penas del Redentor. Se me acrecentaba fuertemente el deseo de morir mártir.

- Finalmente, tuve *conocimiento* que el alma, unida a la Santísima Humanidad de Jesús, vive al mismo tiempo, sumergida en conocimiento de su Divinidad, porque siendo Jesús Dios y Hombre, no puede estar el alma unida a la Santísima Humanidad, sin que lo esté a la par en conocimiento altísimo y sensible a la Divinidad.

Esta vivencia de Dios no puede decirse, ni expresarse con palabras, ni siquiera por el mismo que la experimenta; es algo imposible. El afectado lo entiende porque Dios quiere y le regala sabiduría para disfrutarlo”.

Escribir esta memoria en pocas líneas no es lo mismo que vivirla en cuarenta días con sus noches.

4. Reglas de Los Pobres de Jesús

Durante estos cuarenta días viví, también, un tiempo muy especial de iluminación. El Buen Dios, día y noche, me inspiraba interiormente las Reglas de **Los Pobres de Jesús**. Impulsado por esa moción divina, llegué a la decisión interior de reunir compañeros y formar una Congregación.

Soñaba con un grupo de hombres pobres, como los pobres; pobres, entre los pobres; pobres, con los pobres y solidarios con su causa. Pobres, como Cristo en la Cruz. Reunidos en soledad e itinerantes en la misión; recogidos en las llagas de Cristo y mensajeros de su infinito amor; contempladores y proclamadores del evangelio de la salvación. Misioneros de la cruz.

Del 2 al 7 de diciembre, escribí las Reglas de **Los Pobres de Jesús** y confieso que lo hice tan de prisa, como si un ángel me dictara o como si las palabras me brotaran espontáneamente del corazón. Ciertamente, no tenía experiencia de otras Reglas, ni mucho conocimiento del Derecho Canónico, pero Dios era la luz de mi pensamiento.

El día 1 de enero de 1721 terminé el Retiro, tal cual lo

había programado con mi director espiritual, aunque mi corazón deseaba prolongar la soledad. Al día siguiente me dirigí a Mons. de Gattinara, le entregué **El Diario** y las Reglas de **Los Pobres de Jesús**.

La luz del sol de un año nuevo (albores de un divino nacimiento), era muy clara y proclamaba un porvenir prometedor.

Quisiera ir a Roma

Al entregar mi trabajo a Monseñor, le expuse mi deseo de ir a Roma para presentar al Papa las Reglas de **Los Pobres de Jesús**. Monseñor me aconsejó consultar con mi antiguo confesor el P. Columbano, residente en Puentedecimo. Y allá me fui. Caminé unos 60 kilómetros, descalzo y a trechos, sobre la nieve congelada. Era el mes de enero. El amor no tiene barreras y derrite el hielo de los caminos.

Mi hábito de ermitaño, mi andar presuroso y cabizbajo, mis pies desnudos y agrietados, despertaban curiosidad, provocaban comentarios y de cuando en cuando, algún desprecio. ¡Bendito sea el Señor!

El P. Columbano me recibió como a un hijo querido, leyó las Reglas y luego sé que le escribió así a Monseñor: "Me parece que el joven Pablo Danei está en buen camino; y las Reglas son verdaderamente santas y dignas de ser presentadas a la Santa Sede para su aprobación».

Al regreso, Mons. de Gattinara me invitó a compartir a la mesa con otros dos jesuitas. Al final de la comida, Monseñor se retiró y me dejó solo y cara a cara, con los religiosos. Me acosaron a preguntas, pero Dios me iluminaba y yo respondía con toda sinceridad, libertad y fluidez. Después me enteré, también, que su informe fue escueto y provechoso: "Monseñor, tenga en cuenta a este eremita. Es sincero y va por buen camino".

Pero el horizonte de Roma aún no estaba despejado.

5. EN NOMBRE DE DIOS

La empresa de la Congregación fue iluminación de nuestro Buen Dios y en su nombre acepté el reto de serle fiel con amor, humildad y audacia.

Ermitaño y catequista

Y comencé a trenzar mi vida de ermitaño con el ministerio de catequista. Con la bendición de Monseñor, me retiré a la capilla de la Trinidad. Programé la soledad, según el Espíritu me iba guiando. Poco tiempo después, cambié a la ermita de San Esteban, también en la montaña de Castellazzo. Nieve, escarcha y viento fueron mis primeros hermanos de altura.

Vivía de limosna.

Cada mañana bajaba a la misa parroquial, donde me encontraba con mi hermano Juan Bautista que a veces me acompañaba. Orábamos juntos. Luego, yo subía hacia el monte y él regresaba a casa con los padres.

Los vecinos, al enterarse de mi vida, colaboraban con mi alimentación. Algunos venían a consultar cosas espirituales y otros, al verme con la vestimenta de ermitaño, insinuaban con sus gestos que me faltaba algún tornillo. ¡De todo hay en la viña del Señor!

Los domingos descendía también al pueblo y daba catecismo a los niños. Con la campanilla en la mano, según mi costumbre, recorría las calles invitándoles. Más adelante,

Mons. de Gattinara, enterado de mi apostolado, aún siendo laico, me autorizó para predicar a personas mayores.

En los carnavales de 1721, algunos negociantes se encararon conmigo con rabia, a causa de mi predicación, pues las fiestas se deslucieron. Por si fuera poco, tuve que enfrentarme con las monjas del monasterio de agustinas, donde vivía mi tía y decirles: "¿Cómo vamos a conseguir que los cristianos abandonen estas fiestas paganas, si ustedes son las primeras en invitar a las máscaras?"

En la soledad, bien fuera a la sombra de un castaño o de un olivo, o recogido en la habitación desnuda de la ermita, dedicaba largos ratos a la lectura espiritual y al estudio de los primeros rudimentos de teología popular. Dios me daba mucha consolación en estas lecturas. ¡Un espacio de silencio bien aprovechado, cuántas oportunidades de aprendizaje y maduración regala!

Camino hacia Roma

En el transcurso del tiempo, se unieron conmigo varios compañeros: Pablo Sardi, Antonio Schiaffino, Miguel Angel Michelini y otros. Al palpar el fervor de estos hombres, se afianzó más mi intención de formar un pequeño grupo de ermitaños y de nuevo decidí bajar a Roma. Las cosas de Dios requieren coraje.

Monseñor se limitó a darme la siguiente carta para Roma: «Nos, Francisco María Arboreo de Gattinara, damos fe de que Pablo Francisco Danei, de veintisiete años, a quien hemos revestido de hábito negro de penitencia, es joven de singulares virtudes y digno de ser recibido, benigna y caritativamente» (18 de abril de 1721).

De inmediato, emprendí el viaje con mi hermano Juan Bautista. Comenzábamos a emparejarnos en la ruta de la fundación. Juan me acompañó hasta Génova. Allí lo dejé y

nos separamos a pesar de su resistencia. Su frase de despedida, si mal no la recuerdo, fue:

- "Vete, Pablo. Pero sin mí no tendrás paz".

Mientras esperaba para subir al barco, se me acercó, curiosamente, el Sr. Jerónimo Pallavicini, marqués; se interesó por mí y, al saber la finalidad de mi embarque, me hospedó en su casa y me dio provisiones para el viaje.

El 8 de septiembre calmó el viento y el barco ancló, serenamente, al resguardo de Monte Argentaro. ¡Bendito sea mi Dios, qué belleza de lugar! Bajé a tierra y caminé solitario por la ladera del monte. Me impactaron la altura, el bosque, el silencio, la soledad, la vista panorámica del mar. Desde ese momento, el nombre de "Monte Argentaro" quedó resonando en mi corazón, como un eco lleno de expectativas.

En Civittavechia, escribí a mi hermano con gran fervor de espíritu. "Cuando llegue a Roma, te informaré de todo, esperando vivir juntos en esta tierra y en el cielo. *Pablo Francisco, mínimo pobre de Jesús*".

En todo tiempo aproveché la oportunidad de evangelizar a compañeros de viaje y a marineros. Me alimentaba con dos panecillos de caridad. Pero me sentía en paz y lleno de ilusión. Dios me saciaba, interiormente, con el pan de la fortaleza.

¿Qué buscas por aquí?

Después del desembarque, caminé los 72 Kms. que restaban hasta Roma. Ya en la ciudad eterna, molido por el viaje, me quedé en el hospicio de peregrinos dedicado a la Santísima Trinidad. Allí, el cardenal Tolomei, jesuita, me lavó los pies con atención y me acogió personalmente en la mesa. En su servicio descubrí la figura de Jesús en la última Cena. Dormí y descansé con la mente llena de fe, de esperanza y de agradecimiento.

Al día siguiente, con la carta del Sr. Obispo de Alejandría, me acerqué al palacio Quirinal, donde vivía el Papa. Iba vestido con el hábito de ermitaño y descalzo. Noté que algunos guardias de palacio me miraban sospechosamente y hacían muecas de burla y de doble intención. Cuando llegué a la puerta, bien encomendado a mi Dios, un policía cruzó la lanza y me dijo, con tono de mal agüero:

- ¿Qué buscas por aquí?
- Quiero hablar con el Papa, respondí yo.
- ¿Con el Papa? ¡Anda, lárgate ya!
- Vengo con carta de Monseñor de Gattinara.
- ¡Lárgate! No sabes cuántos sinvergüenzas vienen por aquí, cada día, con cartas de recomendación. ¡Lárgate!

Y no me permitió pasar.

Quedé mudo y decepcionado. Incliné la cabeza y di media vuelta. Aceptación, dolor y rabia se juntaron dentro de mí, en un abrir y cerrar de ojos. Tenía el corazón destrozado. Sentado sobre una piedra, junto a la fuente de la plaza, comí un mendrugo de pan, limosna del día anterior. Me supo a pan de amargura y de ceniza. Besé la cruz y pensé: Los caminos de Dios son secretos y sólo él sabe el momento de la Obra.

En aquel momento, mientras me ponía de pie, recordé a Santa Teresa tan devotamente leída desde antes de ser ermitaño:

Nada te turbe, nada te espante...

Sólo Dios basta...

La paciencia todo lo alcanza.

Anunciar a Cristo crucificado

Llevado por el Espíritu, inconscientemente, me dirigí a la iglesia de Santa María la Mayor y pasé largo rato en oración de abandono. De repente entendí, con claridad interior

muy grande que la misión de la nueva Congregación era, **“anunciar a Cristo crucificado”**. Y allí mismo, hincado en el suelo y con la cabeza inclinada, *pronuncié el voto de consagrarme a predicar la Pasión de Cristo a los hombres y de reunir compañeros que hicieran memoria de la Cruz.*

- ¿Cómo sucedió todo, sin pensarlo y con tanta fuerza? ¿Quién me puso en los labios un pronunciamiento tan concreto, decidido y radical?

Las inspiraciones profundas vienen cuando el Espíritu quiere y no cuando el hombre las busca. Por eso, bien puedo asegurar hoy que la **memoria** de ese momento tan especial, fue fundamental para mí.

Y en nombre de Dios regresé

No hubo nada que hacer.

Me fui al puerto y me embarqué rumbo a Civitavecchia. El demonio me tentó, fuertemente, de tristeza y de abatimiento. Sentí el corazón roto y desangelado. Alguien, al verme en oración, me insultó de hipócrita. Fue una travesía realizada en pura fe. Mi Dios dormía en el barco.

De Civitavecchia a Orbetello, caminé a pie. En mi mente se recortaba la silueta de Monte Argentario y deseé recorrerla y reconocerla palmo a palmo. En Orbetello, un pescador me ayudó a cruzar el brazo de mar que separa la ciudad del monte. Era tiempo de otoño y el bosque lucía en hojas de oro viejo.

Encontré una antigua ermita dedicada a la Anunciación de Nuestra Señora y allí me cobijé. Por colchón, unas pajas y unas hojas recogidas; por almohada, un tronco con un puñado de ropa encima. La soledad, era manta sobradamente reconfortadora y el silencio, un buen reclinatorio para orar.

Al día siguiente, los ojos se me abrieron a la par de la mañana y el espectáculo era grandioso: El mar Tirreno

tibiamente acariciado por la aurora, las casitas blancas de Orbetello, apiñadas en pobreza; pescadores trajinando el manejo de la redes en los puertos de San Esteban y Portércole y despertando con estrépito la mañana, el ritmo marcial de los tambores de la Guarnición de Orbetello.

- ¿En qué nube estaba yo?

Bajé de Monte Argentaro, con la decisión interior de volver allí con mi hermano Juan Bautista. En Manciano, me hospedé en casa del señor cura párroco. Tras el gesto de rechazo inicial a causa de mi indumentaria y de mi aspecto desaliñado, poco a poco nos hicimos buenos amigos. Amistad que él aprovechó, más adelante, para invitarme a predicar misiones en su parroquia.

En Pitigliano me enteré de que el Obispo estaba a 50 Kilómetros y a pesar de mi cansancio, me puse en camino. ¡Qué buena es la salud para arriesgar y qué buenas las carretas que uno encuentra por el camino! El Obispo de Soana-Pitigliano, Mons. Salvi (1658-1727) me recibió con extrema amabilidad, escuchó atentamente mis proyectos y me autorizó a instalarme en Monte Argentaro, pero no solo sino, por lo menos, con un compañero.

Y reflexioné sobre su frase: "¡No solo, sino con un compañero! ¿Qué querrá decirme Dios? ¡Sea en todo alabado mi Señor!"

Lleno de gozo embarqué de nuevo rumbo a Génova. En el buque disfruté de insultos y de improperios. En Génova el demonio me atribuló interiormente y una vez más, me sobresaltaron las dudas sobre mi vocación y sobre mi decisión de reunir compañeros. Pero mi Dios me afianzó en el camino.

Llegué a Alejandría y fui directamente a Monseñor para contarle, con detalle, el resultado de mi viaje a Roma.

Los dos juntos

Y comencé por decirle: "Mons. de Gattinara, a las puertas del Quirinal me rechazaron como a un pestilente malhechor". Él, al escuchar mi relato, calló y no me dijo ninguna palabra de aliento. ¿Me miraba como un soñador? Luego, con más calma, le detallé mi encuentro con el Obispo de Soana-Pitigliano y le desplegué el certificado de autorización, para vivir en Monte Argentaro con un compañero. Y terminé: "Deseo trasladarme allí con mi hermano Juan Bautista y quisiera que su Excelencia lo vistiera, antes, con el hábito de ermitaño".

Monseñor accedió con gusto. Se lo comuniqué a Juan Bautista y él sintió, con mi noticia, alegría profunda. Hablamos los dos extendidamente. Y al final, dijo emocionado y estrechándome con un abrazo: ¡Bendito sea Dios!

El 28 de noviembre de 1721 Juan fue revestido con el hábito de ermitaño y en horas de la tarde, antes de que declinara el día, comenzamos a subir los dos a la ermita de San Esteban. Éramos como dos sombras hermanadas en la fe y proyectadas sobre la ladera del monte. Un mismo ideal enlazaba nuestra subida. Ya en la ermita dimos gracias al Señor hincados en tierra e iniciamos nuestra vida de oración y penitencia como **Pobres de Jesús**.

¡Oh noche dichosa!

Juan Bautista, a partir de este día, fue mi buen compañero hasta el fin de su vida (1765). Algunos dicen que él era mi alma gemela. Yo más bien afirmo que era la luz de mi camino; el discernimiento de Dios en mis decisiones. Era un santo de verdad.

Pasamos el invierno en oración, estudio, ayuno y trabajo manual. Conocimos el frío y el hambre, fielmente crucificados con Cristo. Él era el fuego de nuestro retiro y el pan de nuestro corazón. En la misma mesa de la soledad,

amasábamos y compartíamos el ideal de nuestra consagración.

Camino de Monte Argentaro

El 22 de febrero de 1722 bajamos de la ermita y nos despedimos de la familia. Juan, por su parte, había renunciado ya a la herencia del tío Cristóbal a favor de los padres y de los hermanos. Nos despedimos de padre y madre y de los hermanos con lágrimas en los ojos y emprendimos el viaje agarrados de la mano de Dios. Era el primer domingo de cuaresma y el cielo se despertaba tibiamente iluminado.

Llegamos a Orbetello el 2 de abril, Jueves Santo. El arcipreste de Portércole nos invitó a participar en las celebraciones del Triduo Pascual. Nuestro Sumo Bien estuvo grande con nosotros y obtuvimos mucho provecho espiritual para el pueblo y para nosotros.

Firmados los permisos de la guarnición militar y con la previa autorización de monseñor, subimos a Monte Argentaro. Dios nos dio fortaleza para sobrevivir aquellos primeros momentos de extrema penuria. "Qué bueno y agradable es vivir los hermanos unidos en armonía" (Sal 133,1).

La ermita era pobre y estaba descuidada. Juan dormía sobre un banco y yo sobre un colchón en el suelo. Cada noche me recostaba sobre la cruz de Cristo y sentía mucha paz interior, aunque mi cuerpo temblaba de frío. Y recordaba a San Juan de la Cruz: "Para venir a gustarlo *todo*, no quieras tener gusto en *nada*...".

Con la primavera se engalanó la montaña y el bosque reverdeció como un salmo de alabanza al Creador. Nosotros cantábamos maitines pasada la media noche. Orábamos alrededor de tres horas. Y después de un breve reposo, despertábamos la aurora cantando salmos al Señor.

Los domingos y días de fiesta, descendíamos a Portércole

a dar catecismo y luego, silenciosamente, trepábamos hacia nuestra soledad. Comíamos hierbas y los dos nos estimulábamos mutuamente. Algún conocido, de cuando en cuando, nos subía un poco de pan, habas y cebollas y unos sorbos de vino. Procurábamos vivir, con espíritu de fe y corazón alegre, las Reglas de **Los Pobres de Jesús**.

Y de nuevo Juan de la Cruz salpicaba mi mente con insistencia: "Para venir a serlo *todo*, no quieras ser algo en *nada*...". ¡Todo y Nada! ¿Qué me quieres decir Señor?

Un largo caminar

Pasó el verano. El rastrojo quemado llenaba el campo de sacrificio. Juan y yo, tuvimos que subir a Castellazzo para cumplir un deber de caridad con la familia. Al regreso a nuestra cumbre amada, recibimos una invitación de Mons. Pignatelli, obispo de Gaeta, en el reino de Nápoles, para establecernos en su diócesis.

Discernimos la voluntad de Dios, en oración y en ayuno y decidimos aceptar. Humanamente nos dolía dejar Monte Argentaro. La soledad de esta cumbre nos subyugaba.

Pedimos permiso a Mons. Salvi para acudir a Gaeta, pero sin renunciar a la diócesis de Soana-Pitigliano, por si acaso la experiencia fuera negativa. Llegamos a Gaeta. Corría el año 1722 y era invierno. La gente nos curioseaba como si fuéramos bichos raros, al vernos con nuestro hábito de ermitaños y con la bolsa de cuero rústico colgada al cuello, donde cargábamos nuestros libros de rezo y algunos apuntes.

Al bajar de la carreta, Mons. Pignatelli nos abrió, personalmente, las puertas de su palacio. Sinceramente fue para nosotros un buen padre. Pasadas unas semanas, le manifestamos nuestra voluntad de vivir en soledad y pobreza y le pedimos nos asignara alguna ermita. Con su indicación y

licencia, subimos serpenteando el camino hasta Nuestra Señora de la Cadena.

La sorpresa fue grande al encontrarnos allí con Schiaffino y Michellini, con Francisco Grillo y Fray Blas. Nos acomodamos apretadamente y nuestro intento fue, desde el primer momento, vivir las Reglas de **Los Pobres de Jesús**, escritas hacía ya dos años. Unos a otros nos servíamos de estufa en medio de aquel invierno atroz.

Los domingos, Juan Bautista y yo bajábamos, como de costumbre, a la catedral a enseñar el catecismo. Era nuestro compromiso. Más tarde, el señor obispo me pidió dirigir los ejercicios espirituales a los jóvenes durante la cuaresma de 1723. Acepté el compromiso, a pesar de verme indigno para tal ministerio. Luego, D. José Scalsesse me confió asistir a enfermos contagiosos y moribundos. Esta tarea la compartía con mi hermano, cuya abnegación era admirable. ¡Qué don tan especial tenía mi hermano para visitar enfermos!

Por deseo y decisión de Monseñor, nos hicimos cargo de preparar para el sacerdocio al joven Ricinelli. Los caminos de Dios son así: dos pobres laicos ignorantes y ermitaños, preparando el sacerdocio de un joven seminarista.

A la deriva del Señor

Invitados por D. Tomás Perrone, peregrinamos hasta Nápoles a venerar la sangre de S. Jenaro. Procuramos caminar con modestia, recogidos y en oración. Como de costumbre, nuestro comportamiento despertó curiosidad, risas en los muchachos y al mismo tiempo, compasión. Algunas personas nos pidieron oración.

De regreso a Gaeta decidimos, mi hermano y yo, volver a Monte Argentaro y obtener permiso para dejar, definitivamente, la diócesis. Mons. Salvi, muy amable, testificó de

nosotros: "Damos fe, de que en nuestra diócesis han vivido los hermanos Danei, Pablo y Juan Bautista, llamados 'los mínimos pobres de Jesús'; vestidos con una túnica negra, descalzos, sin manteo ni sombrero; dedicados a la contemplación y al apostolado para utilidad del prójimo: que no han incurrido en ningún delito y que están adornados de virtudes ejemplares, como conviene a verdaderos seguidores de Jesucristo..." (26 de junio de 1723).

Apenas regresamos a Gaeta, una mala noticia de la familia nos obligó subir a Castellazzo. El viaje resultó pesado. Pero aún estando en casa, preferimos vivir en la ermita de San Esteban. El silencio y la soledad, eran nuestro mejor cobijo.

Así las cosas, cuando el problema familiar ya se había solucionado, Juan cayó gravemente enfermo de fiebres tercianas. Los dos unidos vivimos la realidad del momento. Ya nos íbamos acostumbrando a asumir el dolor de cada circunstancia con paz interior. Gracias a Dios, en febrero se restableció de su enfermedad y pudimos regresar a Gaeta.

6. CON LA CRUZ POR EL CAMINO

Tomar decisiones en esta empresa de fundar la Congregación, me exigió oración, tiempo y paciencia. Pero Dios, siempre fue delante.

¿Quién soy yo, Señor?

“Los Pobres de Jesús, tendrán como misión la santidad personal y la salvación de los demás”, esta frase la llevaba continuamente grabada en la memoria y así la escribí en las primeras Reglas. Por eso la testifico.

Durante la cuaresma de 1724, tuvimos que equilibrar conscientemente nuestro tiempo y nuestras fuerzas entre el estudio, la oración, la penitencia y el apostolado.

Mons. Pignatelli se sirvió de nosotros para misionar al pueblo y para predicar al clero. Monseñor era un pastor preocupado por su pueblo. Ese mismo año pude personalmente dar una misión en la cripta de la Catedral y dirigí los Ejercicios Espirituales a los seminaristas, como preparación para su ordenación. En mis momentos de oración me asaltaban con frecuencia los mismos pensamientos de siempre: ¿Quién soy yo, Señor? ¿Qué quieres de este pobre laico, ermitaño, ignorante y pecador? ¿Qué secretos son los caminos de tu santa voluntad!

Mis sermones se centraban en las verdades eternas y en el amor insondable de Dios, manifestado en la humanidad de su Hijo, especialmente, en su santa Pasión. Al predicar algunos puntos de la Pasión sentía una emoción profunda y a veces, no podía contener las lágrimas. Mis sentimientos movían al

pueblo al arrepentimiento y a la confesión. ¡Dios sea bendito!

De misión a Troia

En 1724, Mons. Cavalieri obispo de Troia y Foggia nos invitó cordialmente a misionar su diócesis. Consulté con el cardenal Cienfuegos y después de larga oración con mi hermano Juan, recibimos luz del Espíritu divino y decidimos emprender el viaje. Anduvimos 150 kilómetros en carreta, a mula y a pie, tierra adentro, atravesando ríos y montañas.

Mi hermano Juan sufrió una insolación tan seria que me hizo temer hasta por su vida. Durante el camino bebimos toda clase de amarguras. El viacrucis fue largo y doloroso. En los hospedajes, no hallábamos caridad sino asperezas. Algunas noches, dormimos en cabañas de pastores al amparo de Dios y de los insectos que nos trituraban vivos. Cuando llegamos a Troia, demacrados, agotados y sin aliento, más parecíamos pedir un responso que un estrado para predicar.

Monseñor se mostró con nosotros como un padre, o si se prefiere, como un hermano, o un amigo. Luego de un buen descanso y refrigerio, nos detalló sus planes sobre la diócesis: la erección de un seminario, la formación de los aspirantes al sacerdocio y su decisión de renovar los monasterios. Tenía puesta su esperanza en nosotros. ¡Bendito sea el Señor, que escogió lo pobre y débil de este mundo para el anuncio de su cruz!

Misionábamos incansablemente. Vivíamos de limosna y siempre bajo régimen de abstinencia. Orábamos ante el Santísimo, día y noche. Nos comprendimos y compenetramos con Mons. Cavalieri, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para realizar la misma obra. Él leyó con atención y cariño las Reglas de Los Pobres de Jesús y nos aseguró

con aplomo:

- "Esta es una obra toda de Dios. Verán cómo sale adelante, aunque sea por senderos misteriosos".

Iluminado por su amor sincero y crítico, nos hizo algunas anotaciones en base al Derecho Canónico y a la moderación penitencial. Por todo, nos aconsejó encarecidamente subir a Roma y obtener permiso de la Santa Sede para reunir compañeros. Sus palabras nos animaron a intentarlo de nuevo y sin miedo.

De nuevo hacia Roma

Reconsideré con mi hermano Juan todo lo que monseñor nos había dicho y ambos estuvimos de acuerdo en subir a Roma; así ganaríamos, de paso, las indulgencias del Año Santo de 1725.

Entramos en Roma a finales de marzo. ¡Dios sea bendito por el frío que nos azotó en el camino! Una vez en la ciudad, comenzamos a visitar a las personas que Mons. Cavalieri nos había indicado. Una tarea de diplomacia indispensable para facilitar el encuentro con el Papa. Ya me iba acostumbrando a esta necesidad.

Un día, inesperada y casualmente, nos topamos con Mons. Crescenci (1694-1768), canónigo de San Pedro. Se nos quedó mirando fijamente como si escudriñara nuestra vida a través de la indumentaria que vestíamos. Nos preguntó quiénes éramos, qué hacíamos y qué predicábamos. Sencillamente nos presentamos, le explicamos nuestra inquietud y le detallamos lo siguiente:

-Venimos de Troia. Hemos estado predicando en la diócesis de Mons. Cavalieri. Deseamos ganar las indulgencias y hablar con el Santo Padre, para comunicarle de viva voz nuestra inspiración: reunir compañeros, que se llamen **Los Pobres de Jesús** y que se dediquen a predicar la pasión y

muerte de Jesucristo. Pero mire, Monseñor, yo, hace cinco años que vine a lo mismo y me rechazaron de plano...

- Un momento. Vengan conmigo, nos respondió de inmediato.

Fuimos caminando bajo la protección de su sombra. Yo sentí un gozo interior muy grande. Nos presentó al cardenal Corradini (1658-1743). El cardenal nos miró con agrado y nos prometió audiencia con el Papa. Mientras llegaba el momento, nos invitó a hospedarnos en el hospital de infecciosos que estaba organizando. Lo juzgamos oportuno y nos dirigimos hacia el hospital.

Y como en estos meses andaba yo muy metido en san Juan de la Cruz, volví a recordar: "Qué bien sé yo la fonte que mana y corre; aunque es de noche".

De rodillas ante el Papa

Pusimos nuestro tiempo y nuestras manos, al servicio de la empresa del Cardenal. Nuestras vidas estaban en las llagas del Señor.

El cardenal Corradini, en audiencia previa con Benedicto XIII, le puso al tanto de nuestro encuentro. Todo estaba previsto. Sabíamos en qué momento acercarnos al Santo Padre y cómo actuar. La ocasión se presentó el día de la Consagración de un altar de Santa María in Dominica, o como dice el pueblo: «La Navecilla». El Papa, aclamado por la multitud y fielmente custodiado, llegó a la basílica, realizó la ceremonia y al final de la consagración, al guiño del cardenal, me acerqué al Santo Padre, me hincé, le besé la mano y con pocas palabras le dije emocionado:

- "Santo Padre, deseo reunir compañeros que se llamen **Los Pobres de Jesús** y que tengan como finalidad la contemplación y la predicación de su pasión y muerte. Deseo también que esta mínima Congregación dependa

directamente de Su Santidad”.

No tuve tiempo para más. Mientras yo hablé con el Papa, el cardenal Corradini me amparó con sus brazos frente a la escolta. Benedicto XIII me escuchó, me autorizó “de viva voz” a realizar la inspiración divina y nos bendijo a los dos.

El encuentro fue breve. Pero su rostro, su voz y su mirada dejaron huella eterna en mí.

Itinerantes bajo la cruz del desconcierto

Por la noche, con el corazón rebosante de gozo, escribí a Mons. Cavalieri y le puse al tanto de todo.

Mi hermano Juan y yo, servíamos en el hospital; orábamos juntos y ayunábamos. Dios, en un momento oportuno, nos regaló la luz necesaria para seguir nuestra ruta. Nos despedimos del cardenal Corradini y de Mons. Crescenzi y bajamos de Roma hacia Gaeta. En nuestro corazón habíamos decidido ya no llegar hasta Troia.

Cuando alcanzamos Gaeta, soñamos encontrar el camino abierto con los compañeros con quienes ya habíamos formado comunidad. Pero ahí topamos con el primer obstáculo. La ermita pertenecía a particulares con derecho de patronato y el grupo residente vivía una tensión interna muy fuerte. Entre 1725 y 1726 vivimos un período áspero y sin fin. Tocamos fondo en nuestra pobreza. Yo, personalmente, me sentí pecado vivo que obstaculizaba la obra de Dios. Pero Él nos pedía morir sobre la cruz, al desnudo y en sumo abandono. Mons. Cavalieri nos consoló respondiendo a mi carta: “He recibido vuestra carta y conste que os compadezco”.

Sufrimos en silencio y seguimos orando con fe. Al fin decidimos abandonar Gaeta y regresar a Roma a cuidar infecciosos, a pesar de que Mons. Cavalieri nos advirtió: “Esos proyectos son contrarios a la vocación que les llama el Señor”.

Estuve confuso y perdido. Le brindé al Señor mi pobreza y esperé la luz de mi Buen Dios. Efectivamente, nuestros planes se vinieron abajo. Pero en conciencia, no pudimos aceptar la mano que nos ofrecía Mons. Cavalieri, pues nos quería sometidos en todo a la autoridad **episcopal**, aún en la vida interna del Retiro. Y ese no era nuestro pensar.

Mons. Pignatelli, trasladado a Roma, nos sugirió ir a Itri, a la ermita de Nuestra Señora de la Ciudad. Ante tanto contratiempo, decidimos llegarnos hasta allí. Gracias a Dios, la mudanza cabía en un par de zurrones y en pocos minutos teníamos listo el traslado.

En mayo de 1726 dejamos Gaeta, en secreto y sin despedirnos. Torcimos hacia Itri acompañados de Ricinelli. En la ermita nos acogió D. Erasmo Tuccinardi. Su recuerdo siempre fue para nosotros de memoria muy agradable. De nuevo nos propusimos experimentar la regla de **Los Pobres de Jesús**. La soledad nos favorecía el estudio, la oración y la penitencia. Aprovechábamos hasta altas horas de la noche para la lectura. ¡Cuánto bien me ha hecho leer y meditar libros sabios!

Sin embargo, en toda esta serie de trasiegos, me sobresaltaron a veces pensamientos de desaliento, de remordimiento, de ser yo la causa de no encontrar el lugar definitivo para vivir, en plenitud, las Reglas. Pero más allá de toda oscuridad brilló siempre la esperanza en mi Buen Dios. ¡Qué hermosa es la esperanza!

Tras cuatro meses de permanencia en Nuestra Señora de la Ciudad, decidimos otra vez trasladarnos a Roma a cuidar enfermos y esperar allí a que Dios hablara con más claridad, despojados de todo interés propio y aspirando sólo a la gloria de Dios.

Nuestras vidas parecían un laberinto cuyo final no se vislumbraba por ninguna parte. Y es que, vivir a la deriva de Dios, es caminar en fe desnuda, en pobreza total.

7. CONSAGRADOS PARA SERVIR

La fidelidad es exigente y a la vez gratificante. Sentir la Nada sumergida en la cruz, es caminar en abandono y vivir el agradecimiento por el amor de Aquél que nunca dejó de llamarnos en su infinita misericordia.

De nuevo en San Galicano

Cansados de dar vueltas sin lograr resultados positivos y satisfactorios, decidimos regresar al hospital de San Galicano. Teníamos el corazón sangrante por las heridas de Gaeta, Troia e Itri.

Hincado en tierra ante el Crucifijo, me puse a vivir en sueños la llamada de Dios y los caminos recorridos desde el día de mi conversión hasta este momento.

En un abrir y cerrar de ojos, recordé el momento de vestirme de ermitaño; los cuarenta días de Retiro en la iglesia de San Carlos; los apuntes entregados al Obispo, juntamente con las Reglas de **Los Pobres de Jesús**; la infinidad de viajes, primero solo y luego, con mi hermano Juan, bajo el sol o sobre la nieve, en noches de peligros y en días de hambre, con el fin de lograr la aprobación de las Reglas y de la Congregación. Se me representaron, una por una, las distintas ermitas con sus encantos y sufrimientos propios, con sus bosques y lugares de estudio y de oración tan diferentes... Y de repente, otra vez en Roma, como hoja impulsada por el viento de tantas realidades contradictorias de la vida.

- ¿Qué quieres, Señor, de mí? ¿A dónde me quieres llevar?

Mientras estábamos en el menester diario de atención a los enfermos, Juan y yo orábamos, dialogábamos, discerníamos y consultábamos a nuestros maestros Corradini, Crescenci y pedíamos a Dios por el éxito feliz de la Congregación.

¡Bendita obediencia!

Decidimos consagrarnos a la atención de enfermos en el hospital. Nunca dudamos del valor de la obra, maravillosa por cierto; nos cuestionaba, seriamente, si este era el camino de Dios a seguir. El temor de infidelidad me oprimía fuertemente el corazón.

Detallamos nuestro modo de vida según **Los Pobres de Jesús**, sin robarle nada al horario de servicio al hospital, ni a la atención de los infecciosos. Ahí comprobamos el dolor humano en su expresión límite y vivimos una experiencia de fe y de amor que marcaron nuestras vidas.

D. Emilio Lami, sacerdote, médico y director del Hospital, mantenía clara su decisión de que la casa fuera para leprosos, tiñosos y sarnosos. Los enfermeros eran clérigos o sacerdotes. Todos debían practicar dos años de noviciado para aprender técnicas curativas y después pronunciar el voto de perseverancia. A mí me confiaron la vigilancia de la disciplina y la atención espiritual de los enfermos, ministerio en el que puse mucho empeño. Pasado algún tiempo, el mismo D. Emilio Lami insinuó al cardenal Corradini: "Pablo y Juan Bautista harían mayor bien aún, si fueran sacerdotes".

Un día, en horas de la mañana, D. Emilio y el cardenal, nos confiaron su intención de promovernos al sacerdocio. Nosotros quedamos perplejos y pedimos un tiempo de discernimiento. Oré ante el Santísimo y en esa oración, siempre me surgía la misma pregunta: ¿Será éste el camino del Señor? ¡Bendita obediencia que así me tuvo clavado y desnudo en la cruz de mi Sumo Bien!

Sacerdotes del Señor

Aceptamos la proposición y comenzamos en serio nuestra preparación al sacerdocio. Tuvimos que conjugar apretadamente el tiempo de servicio a los enfermos, con la oración y el estudio. El mismo D. Emilio nos presentó al franciscano P. Domingo María de Roma, profesor de teología moral en el «Collegium pro Missionariis». Tras un examen previo dialogado y fraterno, hizo un programa de clases y temas para completar la formación que antes iniciáramos en Itri con D. Erasmo Tuccinardi.

Durante varios meses caminamos a diario hasta la isla Tiburtina, donde se levanta el convento franciscano. Recibimos, asiduamente, las clases que, luego en el hospital, profundizábamos con largas horas de estudio personal.

Todo avanzaba sobre ruedas, ya que el mismo Emilio se preocupaba de ir recogiendo y preparando los documentos necesarios para nuestra ordenación. Nuestro Buen Dios, en cuyas manos reposa el provenir, nos iba iluminando el camino.

Yo, personalmente, sentía un estremecimiento de santo temor y al mismo tiempo, de mucha confianza. Y me decía: "¿Cómo es posible que Dios se haya fijado en esta miserable basura para un ministerio tan sagrado como el sacerdotal?" Oraba y sin advertirlo las lágrimas me brotaban de los ojos, nacidas con espontaneidad de una fuente oculta y misteriosa. Sentí mi pobreza envuelta en el Todo infinito del amor de mi Dios.

Consagrados para siempre

Las fechas se nos juntaron apresuradamente y como quien dice, en la brevedad de un suspiro, saltamos de una orilla a la otra.

El 16 de febrero de 1727 nos sellaron con la tonsura: corte de pelo que indicaba el primer paso hacia otras órdenes más importantes. El 23 y el 24 del mismo mes, nos dieron las órdenes menores: como cuidadores del orden del templo, lectores... El 11 de abril, recibimos el subdiaconado y el 1 de mayo, el diaconado. La última semana del mes, la pasamos en Ejercicios Espirituales: en silencio absoluto, en ayuno riguroso y en oración. Reviví los cuarenta días de Castellazzo: momentos de aridez desértica, de serios interrogantes, de abandono total sobre la cruz de Jesús, así como momentos de gozo infinito en el Señor, en cuyas llagas me sentía morir con inmensa paz.

El día 7 de junio, su santidad el papa Benedicto XIII nos consagró sacerdotes en la Basílica de S. Pedro. En el momento de estar tendido en el suelo boca abajo, me sepulté con Cristo en muerte total, en desnudez de todo mi propio yo y consagré, interiormente, mi vida a Cristo Crucificado. Aumentó mi sed de martirio... ¡Oh, qué muerte tan feliz!

Al levantarme me encontré con la mirada tierna y profunda del Papa, cuyas manos consagraron las mías y cubrieron mi cabeza con su sombra.

Era sábado de tómporas: día de ayuno en preparación a la solemnidad de Pentecostés.

La primera Misa

Terminó la ceremonia y nos retiramos al hospital. Nunca me sentí más pobre y pecador que al ver a mis hermanos leprosos, tiñosos y asmáticos acercarse a mí para besarme las manos y pedirme la bendición.

Caída la tarde, solo en mi cuarto, lloré con emoción incontenible. Luego me junté con mi hermano y pasamos toda la noche ante el Santísimo, en vigilia de acción de

gracias a nuestro Buen Dios.

Al domingo siguiente, 8 de junio y fiesta de la Santísima Trinidad, celebramos nuestra primera misa en la capilla interna del hospital. ¡Qué grande es el Señor! Durante la celebración, sencilla y solemne, me sentí en el calvario, rodeado de enfermos que miraban, atónitos, el pan de Dios en mis manos. Y yo me veía en Cristo repitiendo: "Tomen y coman, esto es mi cuerpo". Mi vida era un trozo de pan para los abandonados, los pobres, los infecciosos... Mi corazón se hacía pan de Cristo, a favor de los hambrientos de la misericordia de Dios.

En un día tan especial, nos acompañó nuestro hermano José, el pequeño de casa. No traía muy buenas noticias de la salud del padre; pero quiso pasar con nosotros ese día, viviendo la alegría de la celebración. Con el rito del besamanos, terminó la Eucaristía y pasamos a un banquete familiar, agasajo del personal directivo del hospital.

Este fue un día de **memoria** muy especial.

Tenía yo 33 años de edad.

La muerte de nuestro padre

Como acabo de decir, por nuestro hermano José supimos la gravedad de nuestro padre. De repente, pensamos Juan Bautista y yo que la noticia de la ordenación le ayudaría en su dolor y abatimiento. Pero no fue así.

Nuestro padre murió el 27 de julio, a los 75 años de edad y tras una enfermedad dolorosa. Su testimonio de hombre sufrido, justo y religioso, caminó con nosotros como una luz interior de bendición.

Juan y yo nos encaminamos rumbo a casa, a pasar unos días con la familia. Compartimos el dolor de la madre. Ofrecimos, por el descanso de padre, el primer trigésimo de misas de nuestro sacerdocio. La aceptación de la voluntad de

Dios de parte de madre y su testimonio de fe, iluminaron una vez más nuestro camino de consagrados.

En octubre, decidimos navegar de nuevo a Roma, a donde llegamos bastante delicados de salud a causa de las molestias del viaje.

De nuevo peregrinos de la Fundación

Poco a poco, descubrimos que la voluntad de Dios no era, precisamente, San Galicano. Allí nunca se podrían reunir compañeros para vivir las Reglas de **Los Pobres de Jesús**. Por otra parte, las enfermedades, bien fuera por el clima de Roma, bien por el ambiente del hospital, nos tenían postrados con frecuencia en cama y por si fuera poco, un mal entendido con D. Emilio Lami, nos hizo tomar solidariamente la decisión de abandonar el hospital y subir de nuevo a Monte Argentaro.

El cardenal Corradini nos obtuvo la dispensa de nuestro voto de perseverancia en febrero de 1728 y en marzo, salimos rumbo a nuestra amada soledad de Monte Argentaro. Los enfermos nos abrazaron. Algunos, hincados en tierra, nos pidieron la bendición. Nosotros, con los ojos llorosos, alzamos las manos y con el santo Cristo, los bendijimos a todos y partimos.

8. EL CLAMOR DEL ENTORNO

La realidad circundante, jugó, dentro de mí, un papel decisivo en la fundación de la Congregación de **Los Pobres de Jesús**. Mil voces, nacidas del sufrimiento de la tierra, me lo pedían a gritos. Dios me hablaba con la voz del pueblo.

Un por qué secreto

Mi inquietud fundacional fue siempre una llamada imperiosa de Dios. Una llamada al silencio, a la soledad, a la contemplación en orden a la comunión con el Sumo Bien y *en orden a dar una respuesta al pueblo, desde la experiencia de Cristo crucificado.*

La realidad del pueblo, cada día, me interpelaba más fuerte. Desde hacía años, el Verbo de Dios, hecho el más pobre entre los pobres *y los pobres de la tierra, en cuya frente veía escrito el nombre de Jesús*, ejercían una tiranía amorosa e irresistible dentro de mi corazón. Y cuando muchas razones se juntan, el corazón no aguanta. Me sentí urgido a responder. Si dejé con dolor San Galicano, fue porque el espacio de aquellas paredes, cerraba el horizonte de mi inquietud fundacional. Mi Dios no me inspiraba fundar una Congregación al servicio de enfermos de hospitales, sino a otra clase de necesidades de la Iglesia. *Era otro, el clamor que me traspasaba el corazón.*

La crueldad de la marisma toscana

La mirada contemplativa del crucificado me hacía

comprender desde la cruz, la realidad desnuda del pueblo, humilde y sufrido. Por eso, yo deseaba que la nueva fundación tuviera por nombre: **Los Pobres de Jesús.**

La marisma toscana, en cuyo corazón soñaba realizar el plan de Dios, era un zona extensa, sumamente dura, rigurosamente pobre; zona de campo para la agricultura y depauperada por guerras sin fin. La toscana era un ancho mundo de gente sometida al sufrimiento y a la muerte. Sus carreteras estaban destrozadas por las guerras. Infinidad de pueblos pequeños se avecinaban unos a otros cosidos por senderuelos de pobreza, donde la gente, desgarradamente trabajadora, crecía en un casi absoluto analfabetismo.

El clima iba de extremo a extremo: frío, calor, humedad. La higiene era totalmente deficiente: compartían la misma casa, personas y animales. Todo creaba una atmósfera propicia para el tifus, la tuberculosis y la malaria. Cuando las epidemias bajaban como nubes malignas al pueblo, la gente moría indefensa y por millares. El promedio de vida de la gente apenas alcanzaba los 19 años.

Esta realidad cruel se intensificaba en los trabajadores temporeros, allegados de todas partes para ganarse un pedazo de pan, acompañado con un trozo de muerte.

¿Cómo dar una repuesta a estos campos desde la cruz de Cristo? ¿Qué palabra de consolación ofrecerles? Monte Argentaro era una altura de soledad pero, igualmente, era un observatorio impresionante de esta realidad. La distancia creaba serenidad para juzgar y para comprometerse en la labor que mi Buen Dios quería confiarle a la Congregación.

El nivel cultural del pueblo

Yo, en el Piamonte, tuve dificultad de aprender letras, dada la realidad de mi familia. Pero ahora, mis ojos contemplaban

una realidad mucho más deficiente alrededor de Monte Argentaro. El nivel cultural de la gente era tan bajo, que casi nos movíamos entre analfabetos masificados. En los pueblos más numerosos, apenas había un solo maestro. El noventa y tantos por ciento de las mujeres, no sabían leer ni escribir. Y los varones, acaso no en porcentaje tan elevado, pero andaban muy cerca. Los privilegiados eran los aspirantes al sacerdocio, los jóvenes varones de la nobleza y los hijos de las familias mejor situadas. Y de un pueblo ignorante ¿qué se puede esperar sino explotación, hambre y marginalidad de muerte?

La fundación que mi Buen Dios me inspiraba, no era tampoco una respuesta a la formación escolar creando aulas de alfabetización. **Los Pobres de Jesús** debían ofrecer otra formación: una corriente de crecimiento espiritual en la escuela del calvario. Por eso, el Espíritu me hacía soñar en una comunidad pobre y misericordiosa, contemplativa e itinerante; preparada para iluminar la mente cristiana del pueblo, a través de misiones populares, de ejercicios espirituales, de dirección escrita personalizada o de confesión.

La situación religiosa del pueblo

La ignorancia religiosa era tan alarmante como la ignorancia de letras. La transmisión de la fe era sólo de palabra, pues pocos sabían leer. Y por desgracia, la predicación estaba casi abandonada; la enseñanza familiar, olvidada y los rezos populares no tenían ninguna incidencia en la vida espiritual.

Ese cuadro me despertó, ya de ermitaño, el compromiso de la catequesis de pequeños y grandes. Me dolía en el alma el abandono de los niños en materia de religión y la indiferencia de los padres en su educación. Urgía transmitir los fundamentos religiosos, las buenas costumbres, la educación cristiana.

9. FUNDACION DE LA CONGREGACION

La Congregación nació del costado abierto de Cristo. Contemplar y anunciar a Cristo crucificado, fue realmente la razón de ser de **Los Pobres de Jesús**.

En San Antonio Abad

Era la primavera de 1728.

Cuando Juan y yo iniciamos la subida hacia Monte Argentaro, estaba a punto de amanecer. El perfil de la cumbre era una línea de luz tenue, emanada de la paz y del costado abierto del alba. El camino se me antojaba como la subida del Sinaí: sendero estrecho hacia el encuentro con Dios, con su rostro, su palabra y su ley. Pero la ilusión pronto encontró su primera puerta cerrada.

Al llegar a la ermita de la Anunciación y llamar a la puerta, me abrió Antonio Schiaffino. Le supliqué compartir el espacio con él, pero se negó rotundamente. Sus planes eran también de fundación.

Juan y yo nos miramos, dimos media vuelta y nos encaminamos hacia la ermita de San Antonio Abad, curvando un poco la ladera. La capilla era pequeña, pobre y abandonada. A un lado, había dos habitaciones estrechas y recogidas. Sin embargo, el lugar, alejado del pueblo, nos servía mientras lográbamos otro espacio, más amplio y adecuado.

Arreglamos la capilla: reparamos el techo, barrimos con un escobón de ramas, desempolvamos paredes y aseamos humildemente el altar. Allí comenzamos a celebrar la misa

y a rezar, pausadamente, el oficio divino. Distribuimos el horario ceñido a las Reglas de **Los Pobres de Jesús**. Nos dimos tiempo suficiente para la lectura espiritual y la contemplación. Buscamos la unión con Dios en la sabiduría de la cruz.

Primeros postulantes

A los pocos meses, Dios, en su infinita bondad y a pesar de mis pecados, bendijo nuestro Retiro con las primeras vocaciones: Marcos Arpeo, en 1728; Antonio Danei y Angel Di Stéfano y otros dos, de la diócesis de Sessa Aurunca, en 1730. Alguno de ellos, nos dejó luego por falta de salud o por excesivo rigor de nuestra vida, según su criterio.

Ciertamente, el régimen interno de la comunidad era exigente: nos levantábamos a media noche, ayunábamos, orábamos durante varias horas, estudiábamos o trabajábamos la huerta y el jardín.

Por este tiempo, Mons. Palmieri, pastor de la diócesis de Soana-Pitigliano nos autorizó para predicar y confesar, previo el examen de rigor, al mismo tiempo que enseñábamos catecismo. Este ministerio lo ejercíamos, diversamente, en Orbetello, Portércole y Puerto de San Esteban.

En todo momento cuidé, con esmero, la soledad, porque la gente subía a la ermita a confesar o a consultar con los eligiosos. ¡Cuántos sacrificios hay sembrados por estos caminos y laderas de Monte Argentaro!

Misión en Talamona

Mons. Palmieri me pidió predicar una Misión Popular en Talamona. Era el año 1730. La dimos entre Juan Bautista y yo. La preparamos a conciencia y la organizamos con todo el aparato de costumbre: »Los jóvenes, delante, con una

corona de espinas en la cabeza; después el clero, cubiertos de ceniza y con la corona de espinas; y al final, el misionero, con pesada cruz sobre el hombro, con cadenas en los pies, corona de espinas en la cabeza y una gruesa soga al cuello». (Muy, muy pronto me di cuenta que estos gestos herían la sensibilidad del pueblo y no contribuían a la conversión. Y los suprimí).

En todo momento, aclaro con honestidad, puse todo mi ardor en buscar la conversión de los corazones; en provocar la reconciliación entre los enemistados e incitar a la gente a una buena confesión, aunque los misioneros tuviéramos que pasar la noche entera en el confesionario.

Con esta primera misión parroquial popular, Dios probó mi gusto y sentí que **Los Pobres de Jesús**, debían simultanear la soledad y la oración con la vida apostólica. Las **Misiones Populares** nos ofrecían un modelo extraordinario en el cual trabajar. Dios, mi Sumo Bien, confirmó esta llama que ya ardía, fuertemente, en mi pecho: **Los Pobres de Jesús**, al servicio del anuncio de la cruz.

Aquí debes levantar el convento

Constantemente sentía el aguijón de la Fundación dentro de mí. La estrechez de la ermita volvía muy incómoda la vida comunitaria. Era urgente levantar el primer Retiro. Y este era mi lugar soñado y preferido.

Pero un día, ante las dificultades constantes, caí en la tentación de probar en la isla de Elba. Apoyado por Mons. Ciani, por la princesa de Piombino, por los amigos y protectores Corradini y Crecenzi, decidí, interiormente, cambiar de lugar. Consulté con mi hermano, oré y lo puse en manos de Dios.

Pero una mañana, como de costumbre, salí a meditar por el bosque. Absorto en contemplación, hincado junto a

un olivo robusto y solitario, sentí que la Virgen María me decía con palabras precisas y muy claras: "Aquí debes levantar el primer convento de esta Congregación, en la que se lleve luto perpetuo por la muerte de mi Hijo".

Hasta ahí llegó mi fluctuación interior. Y me dije: "Aunque los disgustos sean grandes; aunque rabie el demonio; aunque se ensañen las malas lenguas: ésta, es **Obra de Dios**".

Ni un paso atrás

Y nos pusimos a realizar todos los trámites necesarios para comenzar la obra. Mi hermano Juan tenía un tesón y una fe inquebrantables. Con frecuencia me repetía:

- Pablo, si la obra es de Dios, ni un paso atrás.

El terreno elegido pertenecía a la parroquia de Orbetello y por tanto necesitábamos permiso del ayuntamiento y de la Santa Sede. El 15 de julio de 1731, el ayuntamiento aprobó la permuta del solar. En cambio, el abad de Tre Fontane, el cardenal Altieri, ofreció resistencia. Tal vez, las comisiones de Orbetello acudieron, directamente, a la Curia Romana y esto molestó a su eminencia.

Ante el retraso del permiso necesario, yo mismo escribí al cardenal en abril de 1732 y entre otras cosas, le dije: "Dios sabe en qué extrema necesidad nos encontramos".

Gracias a una carta de Mons. Palmieri, el cardenal nos invitó a predicar a Orbetello. Nuestro Buen Dios se manifestó grandemente con numerosas conversiones. Aproveché el sermón final para motivar la obra: "...Reconociéndonos indignos siervos, pensamos marchar de aquí para ofrecer, a otro pueblo, la oportunidad de colaborar en esta **Obra de Dios**".

Era el mes de febrero. El pueblo de Orbetello sintió dolor de corazón y de inmediato, puso manos a la obra. El 4 de

abril de 1733, tracé, sobre el terreno, el plano del edificio y coloqué la primera piedra. El convento estaba en marcha. Mi hermano lloraba de gozo. ¡Dios sea bendito en todo momento!

La guerra

Yo contaba, entonces, 39 años y mi hermano, 37. Viajé a Nápoles para entrevistarme con el Rey Carlos III, pedirle permiso y colaboración. Luego reemprendí mi actividad misionera en Acqua Pendente y con la misma finalidad, llegué a la isla de Elba. Me sentía feliz, aunque el estómago y el agotamiento físico, me postraron en cama.

Pero lo que realmente me afectó, física y psicológicamente, fue la interrupción de la obra del Retiro por cuestión de las guerras entre España y Austria. Los austríacos amurallados en la fortaleza de Orbetello y los españoles atrincherados en Monte Argentaro, convirtieron las cuevas en bocas de cañones, dominando los pueblos y el mar. De 1733 a 1735, la guerra deshizo pueblos y mató demasiada gente.

Dios me concedió el favor de ejercer el ministerio sacerdotal en el mismo campo de batalla. Los generales de ambos ejércitos me permitieron pasar de frente a frente, para socorrer a los heridos y auxiliar moribundos. A veces, los soldados suspendían el tiroteo para que no me hiriesen las balas de ningún lado. Y gracias a mi súplica, el general español, amigo personal, no arrasó Orbetello.

En medio de tanto dolor y muerte, asomaba la gracia del horizonte de la paz.

La esperanza crece contra toda esperanza

Terminó la guerra y de inmediato reanudé las misiones. Mons. Ciani, de la isla de Elba, anunció nuestra llegada con

carta pastoral. Misionamos Río, Portolongone, Portoferraro, Monte Marciana... Dios se manifestó en cada misión y se obraron conversiones maravillosas por el poder de la cruz.

Mi trabajo personal crecía considerablemente. Detrás de cada misión quedaba el compromiso del pastoreo espiritual de quienes, en verdad, querían seguir de cerca a Cristo crucificado y crecer en la perfección.

Durante este tiempo viví, de nuevo, la experiencia acentuada de sentirme un abismo de miserias interiores y exteriores. ¿Por qué, Señor? El demonio me zarandeaba brutalmente, como si estuviera purgando todos mis pecados juntos, aunque trataba de no dejarme arrollar por las olas de tanta turbación. Esta **memoria** de experiencias y turbaciones frecuentes, no la escribo como una queja, sino como una realidad viva en mi camino de fe.

En cuanto al crecimiento de la fundación, nuestro Buen Dios nos bendijo con la llegada de D. Fulgencio Pastorelli. Fue el regalo del Niño, en la Navidad de 1735. Desde el primer momento presentí que el Señor nos lo enviaba como columna fuerte de la Congregación.

Como la obra caminaba muy lentamente, porque la guerra había dejado a las familias de Orbetello sin posibilidad de ayuda económica, bajé por segunda vez, con mi hermano, hasta Nápoles, para visitar al rey Carlos III, quien nos donó cien doblones.

Palmo a palmo y con limosnas de penuria, las paredes del Retiro subían milagrosamente. Entre sus dependencias, aún sin terminar, ya se presentía un clima de silencio, de oración y de paz: un aire de presencia de Dios. En un principio, mantuve la ilusión de que el Retiro podía ser inaugurado para el 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de la Virgen María. Pero no pudo ser y "a este paso, Dios sabe cuándo será", pensé en mi corazón. Sin embargo, la esperanza no puede desfallecer.

Las insidias del enemigo

El invierno fue crudo y turbulento en todo sentido. De repente, se levantaron huracanes contra la Congregación. Antonio Schiaffino me echó encima, como enemigo, a todo el pueblo de Portércole. Un sacerdote me acusó a la inquisición de predicar doctrinas laxistas sobre el hurto y para colmo, algunos enemigos de la Congregación subían de noche de los vecindarios y derribaban lo que durante el día construían los albañiles.

En ese zarandeo, recuerdo haber escrito algunas frases como estas:

-“Si Dios me inspirase el abandono de esta obra, qué descanso me daría. Quisiera verme morir para satisfacer a la justicia divina”.

“Rogad a Dios por esta obra. Las tempestades llegan de todas partes y soplan vientos contrarios de gran violencia”.

En octubre caímos todos enfermos. La ermita se convirtió en un hospital. Y en este dolor, el cardenal Altieri se empeñaba en ser la tranca de la fundación. Me demoró la concesión; me pidió documentos certificados, comprobaciones, exámenes, declaraciones, testimonios y hasta una copia de la Reglas de la nueva Congregación. Me sentí tan mal que dije:

- “Me gustaría ocultarme a los ojos de todos”. “A este pobre Retiro, lo veo en un estado miserabilísimo... A cada paso lo miro por tierra...”.

Con decisión y un tanto molesto bajé a Roma a combatir en nombre del Señor. Pretendí aclarar, con brevedad, cualquier duda o mal entendido sobre el origen y la finalidad de la Congregación; sobre el espíritu que reinaba en la ermita y la misión apostólica que realizaban los religiosos y el momento actual en que nos encontrábamos.

Cuando todo estaba presuntamente dicho, me volvió a preguntar el cardenal:

- ¿De qué van a vivir ustedes?

- De limosna, le contesté.

Frunció el ceño y me dejó salir. Yo, inclinada la cabeza, arrojaba mis propias palabras, pronunciadas en solitario: «No sé lo que Dios querrá y a dónde irá a parar todo esto».

Gracias a D. Juan María Moretti, vicario general de Orbetello, tuvimos un respiro un tanto largo. Su carta de apoyo fue decisiva en orden a la futura bendición del templo y a habitar el convento, pues los cuatro hermanos coadjutores compartían una pobrísima cabaña de pastores. ¡Hasta dónde llega el heroísmo de una fundación!

Retiro de La Presentación de la Virgen María

El día 13 de septiembre de 1737, víspera de la bendición del Retiro, terminaba el primer tramo del vía crucis. ¡Qué largo y tortuoso había sido! ¡Cuántos empujones y caídas en su trayecto!

El día 14, fiesta de la Santa Cruz, Monte Argentaro amaneció con horizonte de Pascua otoñal. El bosque, apenas insinuado de amarillo prematuro, era toda una orquesta de pájaros. Don Juan María Moretti, subió desde la ciudad acompañado de todo el pueblo, bendijo el templo y el Retiro y celebró la primera misa. «Yo tuve la suerte de ir delante con la cruz en alto y una soga al cuello, seguido de los religiosos, cuatro sacerdotes y cuatro hermanos coadjutores. Todos llevábamos el mismo hábito...». El Retiro se bendijo bajo el nombre de «La Presentación de la Virgen María».

Los Pobres de Jesús ya tenían casa, su primer Retiro.

Al llegar la noche, tras el canto solemne de completas, el silencio cayó sobre el monte tan despacio que parecía la nube de Dios cobijándonos bajo su sombra. De Orbetello,

subía el humo de las chimeneas y el incansable rumor de las olas del mar.

En el cuarto de mi hermano, estaba la luz prendida.

Hincado ante un cuadro de María

Yo daba gracias a Dios, hincado en tierra, ante un cuadro de la Virgen Dolorosa. Para mí fue una noche de contemplación de María.

Miré el rostro de la Madre y comencé a cantar muy suavemente y con los ojos cerrados: *Salve Regina, Mater misericordiae*, (Dios te salve, reina y madre de misericordia...).

Tras un momento de silencio, la volví a mirar y con el rosario entre los dedos lentamente fui recitando: *Magnificat ánima mea dominum* (Proclama mi alma la grandeza del Señor...).

Finalmente, al mirarla por tercera puse bajo su manto la Congregación mientras sollozaba de alegría y de agradecimiento: *Sub tuum presidium* (Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios...).

Me rindió el sueño. Mi hermano ya había apagado el candil. El Retiro pasó su primera noche bajo la protección de la Virgen en su Presentación en el Templo.

¡Qué entrañable es hacer **memoria** de esa noche!

Para ese tiempo, yo contaba 43 años.

10. VIDA EN RETIRO

El silencio de la primera noche invitaba a meterse a fondo en la contemplación del amor de nuestro Buen Dios y *a delinear, serenamente y con juicio, el porvenir de la Congregación*. Bajo las luces recibidas hasta ese momento, esboqué lo que yo soñaba como proyecto de vida de **Los Pobres de Jesús**.

Al escribirlo ahora como memoria, enfatizo con amor que lo soñado, se ha convertido en realidad sobrada de experiencia.

En soledad

Los Pobres de Jesús deberán vivir en profunda soledad, lejos del *mundanal ruido* y ocupados en la contemplación del Señor crucificado. Por eso, el nombre de las casas de la Congregación será el de **Retiros**. Su lugar de construcción, distante de los pueblos, en lugares aptos para el estudio, la contemplación y el trabajo. Ahí, sin perturbación de ruidos extraños, **Los Pobres de Jesús** encontrarán el espacio sereno que favorezca la unión con Cristo crucificado.

Estoy claro que la soledad externa, sólo es un requisito para la verdadera soledad interior, donde se realiza el encuentro con Dios en plenitud de amor. Pero la experiencia me ha enseñado ya, que el ruido, la fiesta social y el visiteo, nunca favorecen la contemplación que se necesita para alimentar el espíritu y que las razones que se dan para defender estas cosas, son argumentos de conveniencia.

En soledad, **el Pobre de Jesús** deberá madurar la expe-

riencia de la propia Nada y descubrir, interiormente, a Dios como el Todo de la vida.

En silencio

De la soledad al silencio. La soledad y silencio se hermanan como fundamento para la unión con Dios. El silencio favorece el recogimiento religioso y anima las actividades internas de la casa, especialmente, el estudio y la contemplación.

Por eso el silencio abarcará desde la mañana hasta la noche. Solamente se hablará, después de la comida y de la cena. El corredor del Retiro, será espacio de silencio riguroso y el comedor se considerará, igualmente, como lugar de silencio sagrado. Durante las comidas se hará lectura ilustrativa o espiritual.

Este silencio exterior debe servir para lograr el silencio interior del corazón. Nadie llega al fondo de sí, nadie camina en soledad profunda de espíritu, si no logra crear ese clima o espacio de silencio. **Los Pobres de Jesús** cuidarán, con mucho esmero, este punto.

“**Los Pobres de Jesús** se guardarán, pues, de hablar, permaneciendo siempre en este punto, fuertes y constantes, porque Jesús descansa en las almas que viven en soledad, gustando sólo hablar con Dios, de Dios y por Dios... No se perderán en palabras vanas, superfluas e inútiles... a fin de que la lengua sirva, únicamente, de ejemplo y nunca, de escándalo. ¡Silencio!”.

En pobreza

La Congregación nació muy pobre. Su nombre original fue **Los Pobres de Jesús**, como tantas veces he escrito. La Congregación es conciente de que el tesoro de los Pobres es

el Señor; aquel que se anonadó y se hizo uno de tantos, muriendo luego desnudo de todo en la cruz (Flp 2, 7-9).

Por otra parte, nuestra mínima Congregación estuvo, inicialmente, rodeada de gente pobre, casi desnuda, mendicante y enferma; de labradores asalariados y temporeros, expuestos a mil enfermedades por la rudeza del trabajo y la insalubridad del campo. **Los Pobres de la tierra** fueron manantial de inspiración fundacional y deberán ser cada día voz despertadora de Dios.

Por eso mientras se iba construyendo la Congregación, soñaba con un grupo de religiosos vestidos con hábito de lana negra y basta, descalzos, con sudario de tela áspera; cuyas dependencias fueran sencillas y la alimentación sumamente frugal; que durmieran sobre colchón de paja, extendido sobre tablas; sin posesiones, ni réditos, ni entradas fijas, ni bienes particulares. Hombres que militasen bajo el estandarte de la pobreza. Que vivieran de su trabajo personal, de la limosna espontánea de los bienhechores y del estipendio de su ministerio apostólico, con un sentido profundo y real de la Providencia del Padre.

Tengo el convencimiento de que las riquezas corrompen los corazones y debilitan el fervor de los religiosos. Por eso, ahora que escribo esta **memoria**, sigo soñando como ayer una Congregación que viva, ahora y siempre, la cruz desnuda y esté muy cerca de los pobres de la tierra, en cuya frente está escrito el nombre de Jesús. Ser pobre, es un tesoro divino de valor incalculable.

Los Pobres de Jesús vivirán como los **pobres de la tierra**.

En trabajo

El Retiro será un taller de trabajo. Los hermanos coadjutores, desempeñarán su oficio de cocina, de huerta, de

corral, de sastrería o de enfermería, con dedicación y entrega; según su horario. En ese trabajo, glorificarán al Señor y santificarán su vida.

Los clérigos, sacerdotes o aspirantes al sacerdocio, dedicarán, igualmente, su tiempo al estudio de las materias sagradas, o a la preparación de sermones para las misiones y para los Ejercicios Espirituales.

El horario de trabajo será rígido, como el de la oración. Para **Los Pobres de Jesús**, estará clara la frase de Pablo: "El que no trabaja que no coma" (2Ts 3,10) y por lo tanto estarán comprometidos a vivir sujetos, voluntariamente, a la ley común del trabajo y a ganarse el pan con el sudor de su frente.

En penitencia

Durante la experiencia de Castellazzo, recién vestido con el hábito de ermitaño, también sentí la llamada a fundar una Congregación, cuya vida fuera humilde y penitente; sencillamente austera; donde se aprendiera, en ayuno y sacrificio, a morir cada día sobre la cruz de Cristo crucificado.

Por lo tanto, la vida de **Los Pobres de Jesús** será austera y su actitud penitencial se acentuará los viernes, en memoria de la Pasión de Jesucristo y más aún, en tiempo de cuaresma. *Los llamados a este camino* seguirán las huellas de Jesús hacia el Calvario con la cruz de cada día sobre los hombros, con los pies descalzos, con los sentidos sometidos al deseo sincero de purificación.

Gracias a Dios, ahora al recordar este **proyecto de vida**, puedo comprobar, que nuestra mínima Congregación aventaja lo que yo mismo soñé. Y sobre todo, observo que hay una alegría muy sincera en medio de la austeridad de vida que llevamos.

Por eso escribí en cierta ocasión: «Esta Congregación

asusta de lejos, pero consuela, vista de cerca y resulta suavísima. Lo prueba el hecho de que el Superior tiene que poner más cuidado en moderar la penitencia que en estimularla. Lo que no sucedería, si fuera austera como algunos falsamente propalan».

En comunidad de amor

Los Pobres de Jesús guardarán, con mucho celo, el mandamiento final del Señor: "Ámense los unos a los otros" (Jn 15,17). Amor de hermanos en todo y por encima de todo.

En el Retiro se vivirá la hospitalidad interna. El silencio, de puertas adentro, no será un muro de separación entre persona y persona, sino un modo de vivir profundamente unidos en atención humana y espiritual y de vivenciar los detalles de fraternidad necesarios en la vida comunitaria.

Tendrán caridad con todos y en particular con aquellos hacia los que sintieren antipatía, con los defectuosos, impacientes, soberbios... devolviendo bien, por mal; amor, por odio; humildad, por desprecio y paciencia, por impaciencia».

Igualmente tendrán mucha atención a los enfermos de la casa. El Retiro podrá ser muy pobre y la comida muy frugal, pero el enfermo será tratado con todo esmero; y si es necesario vender hasta los «vasos sagrados» para darle lo necesario, se hará sin dudar.

Más aún. El amor deberá convertirse, debidamente, en atención y acogida a cuantos mendigos lleguen a nuestras puertas, porque el amor es difusivo de sí mismo. Y como yo he sido peregrino y pordiosero y he vivido la caridad y la atención hasta de los mismos bandoleros, ladrones y asaltantes de camino, se tendrá caridad con todo hambriento que llame a nuestras puertas: que nadie marche sin un bocado de pan y sin unas palabras de alivio y edificación.

El amor será el perfume de Dios en el silencio de nuestras casas.

En contemplación de la Pasión de Jesús

En el centro de la vida de **Los Pobres de Jesús**, resaltará la memoria contemplada de la pasión y muerte del Señor. Si **el olvido de la pasión** es causa de todos los males del mundo, su **memoria celebrada, conmemorada y proclamada** es su **remedio** más eficaz.

Los hermanos de esta mínima Congregación, unidos en horario de vida, pasarán lo mejor de sus días a los pies de Jesús crucificado. Las penas de Jesús son prendas de su amor. La contemplación diaria de Cristo en la cruz llevará a **Los Pobres de Jesús** a comprender, desde adentro, que *la pasión es la obra más grande del infinito amor de Dios. En la pasión de Jesús, está todo el corazón de Dios.*

Yo por mi parte confieso y así lo dejo escrito a mis hermanos que ya ahora...

“Cristo me llama a morir con él en la cruz de tal manera que no deseo otra cosa, ni busco más consuelo que estar crucificado con Cristo y me hace languidecer ver la pérdida de tantas almas que no experimentan en sí el fruto de la Pasión de Jesús. Gracias a mi Buen Dios, el conocimiento infuso que me ha regalado de las penas de Jesús, con altísimos consuelos del Espíritu Santo, se me da con un cierto descanso del alma, como si mi alma quedara, en Dios, con mirada amorosa y dolorosa, es decir: en una mezcla de amor y dolor imposible de explicar”.

“Cuando Dios gusta concederme tal gracia, no puedo menos de sumergirme enteramente en el mar de la Pasión santísima y allí, pescar en grande toda clase de perlas y joyas y convertirme en víctima de holocausto sacrificado, en el fuego del santo amor. Todo esto se realiza sin salir de la

soledad y del silencio interior, si se es humilde y se está muerto a todo y si el corazón se deja impregnar del todo del amor y del dolor haciendo suyas las penas de Jesús».

Siempre entiendo por la luz del Espíritu Santo "que es cosa muy buena pensar en la santísima pasión del Señor y hacer memoria sobre la misma, ya que es el modo de llegar a la santa unión con Dios. En esta escuela, se aprende la verdadera sabiduría. Aquí la han aprendido los santos".

"Y esta memoria no debe dejarse nunca, aún cuando se tuviera el más profundo recogimiento y el más alto don de oración, pues ella es la puerta que conduce a la unión íntima con Dios, al recogimiento interior y a la más sublime contemplación».

Todo esto que confieso como experiencia personal y que tantas veces he aconsejado, la Congregación ya lo vive de verdad. **Los Pobres de Jesús**, no sólo hacen memoria de la pasión y muerte de Jesús con el hábito negro y con el escudo sobre el pecho, sino que **ya son memoria viva** por su verdadera unión espiritual con Cristo crucificado.

En formación permanente

En este punto, quiero expresar, de nuevo y en primer lugar, *mi experiencia, como iluminación del proyecto de Vida en el Retiro.*

El origen de mi afición a la lectura de libros espirituales me viene, indudablemente, de mi madre. Su testimonio influyó poderosamente en mí. Toda mi vida agradeceré la inclinación que ella puso en mi corazón por las buenas lecturas.

En primer lugar por las *Sagradas Escrituras* cuyas páginas se me convirtieron en santuario de encuentro personal con el Dios de la misericordia y del amor. Siempre las he leído en oración, con respeto, con la cabeza descubierta, pausadamente. Muchos versículos he procurado

memorizarlos para repetirlos luego durante el día y en la noche. Las Sagradas Escrituras fueron y son para mí un torrente de agua viva, un manantial de luces y la iluminación definitiva en el momento de tomar decisiones.

En segundo lugar, confieso que ya desde joven, senti hambre de formarme y procuré aprovechar los libros de los grandes Maestros de la Iglesia:

-*San Francisco de Sales*, sobre todo en su "Tratado del amor de Dios". Él me enseñó con comparaciones sencillas, a sumergirme en el mar infinito de Dios, donde se pescan todas las perlas de gracias y virtudes divinas; a comprender y a disfrutar del amor unitivo con el Sumo Bien que se me fue revelando en Cristo y éste, crucificado;

-*Santa Teresa de Jesús*. Ella iluminó mi experiencia de vivir en Cristo, para dejarme transformar por él. Ella me ayudó a descubrir que estar con Cristo, es entrar en su humanidad salvadora.

-*San Juan de la Cruz*. ¡Qué gran sabiduría la de este maestro! Él me condujo, de una manera muy precisa, a vivir y a caminar en la oscuridad de la fe; a valorar la noche oscura como un encuentro en abandono con mi Buen Dios. De él aprendí a vivir lo hermoso que es morir sobre la cruz de Jesucristo en puro espíritu, haciendo su voluntad.

-*Juan Taulero*. Con él he ido comprendiendo últimamente (no olviden que esta **memoria** la escribo en mi ancianidad) cómo bajar al fondo de mi desierto, para saborear a Dios en quietud y en soledad interior y cómo reposar de amor en el seno de Dios. Él me ayudó a entrar en la abstracción auténtica, en la perfecta desnudez y así, vivir la inmersión en el Bien infinito.

Entre San Juan y Taulero aprendí que si lo nuestro es la Nada, Dios es el Todo. Si la Nada entra en el Todo, queda unida y transformada en el Sumo Bien. En el desierto interior, se viven las amarguras de la vida como bendiciones de

Dios. En ese fondo de la Nada, en ese santuario interior se realiza el nuevo nacimiento en Cristo Jesús. Y desde ellos, fui creando mi propio modo de ver a Dios y de entrar en la sabiduría de Cristo crucificado.

Por eso **Los Pobres de Jesús** en su decisión de *formación permanente* harán lectura asidua y meditada de los maestros de la Iglesia, para acrisolar sus conocimientos y su contemplación. Así pues, el crecimiento espiritual de la Congregación deberá ser iluminado constantemente por el estudio meditado de *La Sagrada Escritura* y por la lectura, sosegada y repetida de *los maestros de la Iglesia*.

Estas anotaciones, soñadas en la noche primera de la **Vida en Retiro**, recé quedarán grabadas en el corazón de **Los Pobres de Jesús**.

11. APROBACION DE LAS REGLAS

Desde la primera inspiración de las Reglas hasta su aprobación, pasaron noches y días, meses y años. Un itinerario difícil, pero siempre esperanzador. Mi Dios me concedió tésón y esperanza.

Un nuevo protector

Después de la bendición del Retiro de la Presentación, reanudé mi trabajo apostólico. Por este tiempo, prediqué misiones en Peruggia, Citta de la Pieve, Retorto, Mongiovino, Monteleone, Missiano, Acqua Pendente, Torre Alfina... Quería ratificar, con mi propio testimonio, la inspiración inicial de fundar una Congregación proclamadora de la Cruz salvadora de Cristo.

A primeros de 1738, viajé a Roma y obtuve palabras de aliento y bendición. Luego regresé a Monte Argentario. Allí encontré paz; tiempo libre para leer, estudiar, orar y escribir cartas. Y también, para pensar cómo lograr en Roma la aprobación de las Reglas.

En primavera de 1739, Dios me concedió el regalo de visitar Loreto. En Roma, gracias a Mons. Crescenci, encontré un nuevo protector de la Congregación, el cardenal Carlos Rezzonico. Su rostro llenó de esperanza mi corazón desde el primer momento; de su mirada nacian rayos de luz para el porvenir de la Congregación. ¡Dios sea bendito!

Más huracanes

Seguí mi itinerario apostólico. El cardenal Rezzonico me invitó a ser confesor extraordinario del monasterio de Farnesse, en las inmediaciones de Roma. También el Cardenal Altieri, me pidió misiones para las parroquias de su diócesis.

Cuando yo pensaba que todo estaba en paz tras la bendición del Retiro de la Presentación y con el apoyo actual de los cardenales Rezzonico y Altieri, resultó ser que, de repente, la oposición desencadenó un vendaval de calumnias y maledicencias. Me acusaron de familiaridad sospechosa con la familia Grazi, especialmente con Inés. Tan fuerte fue la sacudida que renuncié a unos Ejercicios Espirituales inmediatos que tenía que predicar a unas religiosas. Mi hermano Juan me hizo el quite sabiamente. Por si fuera poco, en la Isla de Elba y en Piombino, se levantó un rumor maligno en contra de la Congregación. Propalaron, insidiosamente, que nuestras penitencias eran inhumanas; que los religiosos abandonaban el Retiro por mi culpa y que, hasta mi propio hermano Juan, había desertado. ¡Hasta dónde puede llegar la lengua del mal intencionado!

Tristemente, algunos de mis mejores amigos se distanciaron a causa de esta sacudida huracanada; entre ellos, Mons. Ciani, de la Isla de Elba, a quien el silencio lo envolvió, después de tantas misiones que le había predicado en su diócesis. Y no solamente sembraron insidias fuera de la casa, sino que quisieron, en mi ausencia, meter la cizaña dentro del Retiro a través de un candidato a la Congregación, cuyas intenciones eran perversas y demoledoras.

Me vi profundamente dolorido y decepcionado. Experimenté, de nuevo, la desnudez más completa en lo hondo de mi corazón y me sentí morir con Cristo. Para noviembre de 1739, preví que el Retiro se iba a hundir de un momento a otro. Pedí oraciones a cuantos me pudieran acom-

11. APROBACION DE LAS REGLAS

Desde la primera inspiración de las Reglas hasta su aprobación, pasaron noches y días, meses y años. Un itinerario difícil, pero siempre esperanzador. Mi Dios me concedió tesón y esperanza.

Un nuevo protector

Después de la bendición del Retiro de la Presentación, reanudé mi trabajo apostólico. Por este tiempo, prediqué misiones en Peruggia, Citta de la Pieve, Retorto, Mongiovino, Monteleone, Missiano, Acqua Pendente, Torre Alfina... Quería ratificar, con mi propio testimonio, la inspiración inicial de fundar una Congregación proclamadora de la Cruz salvadora de Cristo.

A primeros de 1738, viajé a Roma y obtuve palabras de aliento y bendición. Luego regresé a Monte Argentario. Allí encontré paz; tiempo libre para leer, estudiar, orar y escribir cartas. Y también, para pensar cómo lograr en Roma la aprobación de las Reglas.

En primavera de 1739, Dios me concedió el regalo de visitar Loreto. En Roma, gracias a Mons. Crescenci, encontré un nuevo protector de la Congregación, el cardenal Carlos Rezzonico. Su rostro llenó de esperanza mi corazón desde el primer momento; de su mirada nacían rayos de luz para el porvenir de la Congregación. ¡Dios sea bendito!

El nuevo Papa, Benedicto XIV

El 6 de febrero, murió Clemente XII.

El amor a la Congregación me quemaba las entrañas y mi sufrimiento era grande al ver la lentitud de todos los procesos en orden a la aprobación de las Reglas, aunque Dios me daba el regalo de la paz en lo más profundo de mi desolación.

El 17 de agosto de 1740, nombraron Papa al Cardenal Lambertini, quien adoptó el nombre de Benedicto XIV. El cardenal Rezzonico le puso al corriente de la Congregación y le entregó las Reglas. El Papa las leyó personalmente y dijo como comentario final: *"Esta Congregación de la Pasión de Jesucristo, debía haber sido la primera de la Iglesia y resulta que llega la última"*.

El santo Padre nombró una comisión integrada por los Cardenales Rezzonico y Corradini y el abad conde Garagni. Mi hermano y yo, descendimos hasta Roma para entrevistarnos con el abad Garagni. En la medida en que nos fuimos tratando, nos hicimos buenos amigos y llegué a pensar, en mis adentros, que nunca estuvo tan bien encaminada la obra de la Congregación. Inalizada nuestra labor, regresamos ligeros y livianos y subimos al Retiro con la esperanza más firme que nunca; estaba a punto de firmarse la aprobación.

En el descanso y sosiego de mi habitación aproveché el tiempo para escribir cartas a los cardenales de la Comisión, rogándoles encarecidamente que cuidaran con esmero lo esencial de las Reglas.

Congregación de la Pasión

El 26 de abril de 1741, los tres revisores emitieron el voto favorable. El 2 de mayo, recibí carta del cardenal

Rezzonico, en la que me notificaba: "Todo está concluido y en esta semana, será expedido el documento pontificio con la aprobación".

Con lágrimas en los ojos, se lo comuniqué a mi hermano y sin adelantar acontecimientos, bajamos al templo y dimos gracias a la Madre de Dios, Virgen de la Presentación.

El 15 de mayo se firmó el rescripto y el 30 del mismo mes, lo trajo en sus propias manos, el canónigo Di Stefano, quien al entregar el documento, pidió ingresar en la Congregación. Con su venida, traía otra bendición para el Retiro: Poder reservar el santísimo en la Iglesia. ¡Bendito sea Dios!

Al leer detenidamente el rescripto, di gracias a Dios con gran estremecimiento de gratitud al Señor, mientras me bajaban las lágrimas por el rostro. ¡Con qué deferencia y atención habían revisado y aprobado las Reglas de la Congregación! Me sentí animado a dar la noticia a la comunidad y yo mismo repiqué la campana de la observancia para que todos los religiosos bajaran a la capilla. Revestido de roquete, de pie en medio del altar, proclamé el documento despacio y con emoción. El texto decía así:

«Su Santidad aprueba por el presente documento la Reglas y Constituciones de los Mínimos Clérigos Descalzos, que ha de constituirse en Congregación, bajo el título de **La Santísima Cruz y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo** y ha mandado observarlas, inviolablemente y para siempre, como si hubieran sido aprobadas por letras apostólicas y ténganse por confirmadas en todas las cosas, según el voto de los cardenales Rezzonico, Corradini y del abad conde Pedro María Garagni».

Llenos de fervor cantamos el "Te Deum laudamus" en acción de gracias. Luego, prolongamos la alegría bebiendo un vino especial en la comida. Toda la recreación posterior al almuerzo fue un solo comentario sobre el documento.

Después de 21 años desapareció el eclipse y salió entero el sol. Esta sí es, **memoria** agradable para la Congregación.

A partir del nuevo título oficial de la Congregación, el nombre de **Los Pobres de Jesús** fue desapareciendo dolorosa y paulatinamente. Los hijos de la Pasión se fueron dando a conocer, como **Los Pasionistas**.

Los primeros votos

El 31 de mayo, celebré misa cantada y por primera vez en el Retiro de la Presentación, dejé el Santísimo reservado en el sagrario. El Señor estaba en medio de nosotros. ¡Cómo recordé en ese momento mis horas de Castellazzo delante de él!

De inmediato escribí al abad-conde Garagni, para agradecerle su apoyo incondicional. El 11 de junio, después de unos ejercicios espirituales llenos de fervor y de profundo silencio en Dios, la comunidad se reunió en el templo a las tres de la tarde, ¡hora cumbre de la Cruz! y al terminar el canto de vísperas pronunciamos la profesión religiosa según las Reglas recién aprobadas.

Hincado ante el Santísimo dije con lágrimas en los ojos: *«Yo, Pablo Francisco Danei, hago voto simple de pobreza, castidad y obediencia y de promover con todas mis fuerzas el recuerdo y la devoción a la santísima pasión de Jesucristo...»*.

Luego, sentado y sobrecogido a la vez, recibí la profesión de mi hermano Juan Bautista y de los religiosos ya aprobados y vestí con el hábito de la pasión a dos nuevos candidatos. Al firmar los documentos de profesión, lo hicimos con los nuevos apellidos religiosos escogidos personalmente.

Desde ahora prometí ser para siempre: **Pablo de la Cruz**.
Nacía a una nueva familia. La familia de la Congregación

de la Santísima Cruz y Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

¡Laus tibi, Christe! ¡Alabanza y gloria a ti, Señor!

Ya en la noche

Cuando la noche recogió a los religiosos en sus pequeñas habitaciones, quedé solo ante el Señor sacramentado y le di gracias con lágrimas abundantes. Sentí la experiencia de ese amor en cruz que deja el alma en un no saber lo que pasa, pero con certeza de que Dios pasa y a su paso el hombre muere y resucita.

*"Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado;
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado".*

Y le prometí, seguir trabajando al servicio de la Congregación.

Nota

Al día siguiente, continué escribiendo cartas de agradecimiento a cuantos nos habían apoyado y ordené las cosas, para las próximas batallas que pensaba liberar en orden a conseguir la aprobación de la Congregación, los votos solemnes y la exención de la jurisdicción de los obispos.

Estaba abierto el camino, pero no terminada la tarea.

12. NUEVAS FUNDACIONES DE RETIROS

Cuando la cruz del Señor es el apoyo del peregrino, todos los obstáculos se vuelven pequeños. Dios hace florecer rosas sobre abrojos y espinas.

Vivir de la fe

La voluntad de nuestro Buen Dios me tuvo sometido a un camino largo y desértico. Ni la alegría de la primera fundación me ayudó a salir de la desolación interior. Este morir en despojo total, daba la impresión de no tener fin. Me veía, otra vez, atormentado por dentro y por fuera, atrapado a un gran temor.

Ciertamente, la aprobación significó un espacio de claridad en la espesura del bosque; ahora, nos tocaba orar por el afianzamiento de la obra y para que la bondad divina nos regalara la vocación de algún piadoso sacerdote.

Cada vez estaba más convencido de que la hora de Dios, no coincide con nuestra hora. La providencia divina trasciende la pobreza de nuestra mente. No es fácil vivir de la fe, aunque siempre estuve muy claro, de que el "justo vive de la fe" (Rom 1,17).

Nuevos puntales

El Sr. Appiani trabajó lo indecible por fundar en la Isla de Elba. Pero todo fracasó. Como fruto de la misión en Civitavecchia, Dios nos regaló la preciosa vocación

del sacerdote D. Marco Aurelio Pastorelli, de la Sociedad de la Doctrina Cristiana. Desde el primer momento que solicitó entrar, me pregunté interiormente:

- ¿Será éste, Señor, el puntal que yo soñaba?

En la primavera de 1743 predicamos en Chiavari, de la República de Génova. De repente, tuvimos que interrumpir la santa misión por falta de permisos previos. A pesar del percance, dos jóvenes se sintieron llamados a vivir nuestra vida y más adelante, vistieron el hábito. El fracaso humano en la misión, nos gratificó con ese obsequio. Así de especiales son los caminos de Dios.

El verano del mismo año 43, fue generoso en frutos: otros cinco candidatos tocaron a la puerta del Retiro para ingresar. Por este tiempo, se afianzó mi comunicación con D. Tomás Struzzieri, sacerdote secular, siempre muy atento y abierto al conocimiento de la Congregación.

La obra comenzaba a florecer en vocaciones decididamente entregadas.

Tras la huella de mi Señor

Una noche, de rodillas ante el crucifijo en mi habitación, mientras mis hermanos dormían esperando el toque de la matraca para los maitines, dije al Señor:

-“Me sedujiste y me dejé seducir. ¡Qué grande has sido para mí, mi Sumo Bien! En mi camino, buscando tu voluntad, he vivido años y años en sequedad interior; he pasado tristezas de muerte y tribulación sin horizonte. He tocado, Señor, el fondo de mi Nada y me he visto como un estropajo ucio y viejo. Muchas veces, me he encontrado perdido y sin saber qué hacer.

Pero aquí estoy, Señor. Me he puesto en tus brazos de Padre amorosísimo y he vivido, siempre, abandonado a tu santísima voluntad. He crucificado mi vida en tu cruz, mi

amado Señor y he buscado, con todo mi corazón, vivir contigo despojado de mí mismo, pobre de todo, escondido en tus llagas.

Tú has sido mi único amor, mi Todo absoluto y definitivo. Me hablaste y te escuché... A tus plantas comencé este camino. ¿Por qué, entonces, esta desolación, esta angustia y abatimiento? Abrásame ya en la llama de tu amor. Sumérgeme para siempre, en el mar insondable de tu Pasión. Morir contigo, es vivir la gloria de la resurrección. ¡Qué gozo para mí, morir contigo en la cruz!”

Cuando me levanté para ir a descansar, era casi la hora del rezo de la noche. Apenas el candil mantenía viva una débil lengua de luz. Tiré del cordoncito, apagué la llamita y tanteando la pared, me acosté. Estaba empapado en sudor.

El Santo Ángel y San Eutiquio

La segunda fundación fue en Vetralla, provincia de Viterbo. En la cuaresma de 1739, años atrás, conocí al canónigo Blas Pieri, en Orbetello, a quien ayudé a confesar. Por comentarios suyos, Mons. Abati me invitó a misionar Vetralla. Esta misión, la dimos mi hermano y yo en abril de 1741 en Montes de Fogliano; el fruto fue abundante. El ayuntamiento quiso que fundáramos un convento a sus expensas y el Obispo me dio autorización.

Aproveché el tiempo y en un intervalo libre, di los Ejercicios a las Carmelitas. Allí conocí a Sor Ángela Colomba Leonardi y a Sor María Magdalena de San José, quien me dijo con palabra de ciencia: “Su Congregación ha echado raíces hasta el centro de la tierra”. Quedé sorprendido por la revelación y di gracias a Dios.

Al aceptar la fundación, pensé que para la Navidad de 1742 podría tomar posesión de la ermita dedicada al Arcángel San Miguel. Pero fue tal la guerra que se levantó en

contra de la obra que me descorazoné y estuve a punto de abandonar la fundación. Gracias a una carta del cardenal Rezzonico, respiré con esperanza y acepté seguir en la lucha.

En 1744, se multiplicaron las vocaciones. Ahora, era la Congregación la que necesitaba, con urgencia, nuevas fundaciones de Retiros. Solicité ayuda al abad conde Garagni y al cardenal Albani, a cuya petición misioné Soriano. Y ¡qué agradable sorpresa!, allí deseaban otra fundación en la ermita del mártir San Eutiquio. Visité el lugar y todo estaba perfecto y sin mayor dificultad. El poder del cardenal Albani, tenía allanados todos los caminos.

Regresé a Monte Argentaro y con mi hermano Juan Bautista y otros 10 religiosos, decidí abrir las dos fundaciones de una sola vez.

El 6 de marzo de 1744, subimos al Santo Ángel, celebramos la ceremonia de bendición y tomé posesión de la ermita y de la casa en nombre de la Congregación. Nombré superior al P. Juan Bautista y le asigné cinco religiosos para formar la comunidad. La ermita y la casa estaban en condiciones lamentables, pero mi hermano Juan era emprendedor.

El día 7, después del rezo de la mañana y de celebrar la misa solemnemente, partí con los otros cuatro religiosos hacia San Eutiquio. Aquí el Retiro presentaba un aspecto totalmente distinto. El cardenal Albani tenía todo a punto y con detalles. La ermita lucía como nueva, pues hacía cuatro años que estaba reconstruida y la hospedería, gozaba de cuatro habitaciones confortables. Celebré la ceremonia de bendición y la toma de posesión oficial de la ermita y así quedó formada la tercera comunidad. El pueblo entero de Soriano, llorando de alegría, daba gloria al Señor por la presencia de los hijos de la cruz. El frío de la mañana parecía acrecentar la llama del fervor.

Dios nos siguió bendiciendo

De mi corazón brotaba un poema de bendición al Señor: "Es para llorar de gozo, ver a estos jóvenes que jamás se sacian de austeridad".

De nuevo Dios extendió su mano en señal de benevolencia sobre la obra de la Congregación y nos envió a Francisco Appiani, de la isla de Elba. Ante el intento fracasado de fundación en la isla, llegó personalmente a Monte Argentario con decisión, muy radical, de ser santo.

En este mismo año, andaba yo por los 50, enfermé con fuertes dolores de reuma. Por decisión y voluntad de los médicos, dejé Monte Argentario y me retiré a Vetralla, donde el clima era más benigno y desde donde, por su cercanía, podía aprovechar las aguas termales de Viterbo.

Apenas me restablecí, me encaminé hacia Roma. No había que perder tiempo. El abad Garagni me consiguió audiencia con Benedicto XIV, a quien expuse mi deseo de la aprobación solemne de la Congregación. El Papa nombró una comisión para el asunto. En este viaje me encontré, de nuevo, con D. Tomás Struzziari, con quien afiancé mi amistad. Meses más tarde, ingresó en la Congregación y en muchos momentos, fue mi brazo fuerte en la apertura de varios conventos. Era un religioso conocedor del Derecho Canónico y con gran deseo de ser santo. Luego, resultó ser el primer Obispo pasionista.

Al subir de Roma hacia Vetralla, la enfermedad me prostró de nuevo en cama durante cinco meses. Sufrí dolores espantosos, sin poderme levantar, ni celebrar la santa misa. No podía tomar alimento, ni dormir. La fiebre se me alteraba tanto más, cuanto que mis sentimientos y pensamientos andaban por Roma, obsesionados por la solemne aprobación de la Congregación como Orden Religiosa, con votos solemnes. Con temblor de mano escribí a Girolami, Besozzi,

Gentili y Albani... No dejé tecla por tocar.

Envié a Struzziari para que convenciera a la comisión del deseo de los religiosos de la Pasión; yo mismo subí a S. Eutiquio para hablar con el Cardenal Albani, que estaba de veraneo.

El Breve de aprobación de las Reglas

En este acoso de trabajos, contradicciones, disgustos y luchas para el bien de la Congregación me movía, cuando todo, por milagro de la misericordia de Dios, se desarrolló con feliz término. ¡Qué bueno es el Señor!

El 25 de mayo de 1746, recibí el Breve del Santo Padre. Ciertamente y a pesar de mis esfuerzos, se habían introducido algunas correcciones que no pude evitar. Las modificaciones eran relativas a la aceptación de nuevos candidatos; al estudio formal de los aspirantes al sacerdocio; a la elección de superiores; a la mitigación de la pobreza y a la exención de la autoridad de los obispos...

Pero una espina se me clavó en el corazón, cuando releí una y mil veces: «*Sin embargo, con estas letras, no pretendemos aprobar la nueva Congregación*».

Comuniqué a los Retiros el Breve del Papa; invité a dar gracias con un Te Deum solemne y también, a que siguieran rezando... La obra no había terminado.

La muerte de mi madre

Afectado por mis enfermedades como estaba, recibí la noticia del fallecimiento de mi madre. Tenía ella 72 años y descansó en la paz del Señor, el 10 de Septiembre de 1746. En un momento de dolor y de gozo a la vez, con los ojos cerrados, hice memoria de muchas escenas maravillosas, donde su presencia visualizada era la de una mujer sencilla,

sacrificada, piadosa, madre buena en medio del hogar. Su abundante cabellera, la enmarcaba con cerco de austeridad ¡Era una santa! ¡Una madre santa! Al recordar su vida, me sentí muy agradecido al Señor. En el Retiro, celebramos la misa solemne de Requiem por su eterno descanso.

En medio de tantas críticas, sentí una fortaleza divina: alguien intercedía cerca del Señor por la Congregación. ¡Laus tibi Christe! ¡Alabanza a ti, oh Cristo!

13. HACIA TI, TIERRA DE PROMISION

El Señor bendijo su heredad. En torno a la cruz, se fue configurando la **Congregación de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo**.

Bendito sea el Señor Dios de Israel

Cuando alboreaba el año 1746, tres jóvenes ingresaron, llenos de ilusión y de fervor. Su entrada acentuó mi esperanza en el futuro. Y hasta puedo decir que todo ese año, de verdadero desierto para mí, fue por otro lado, de vocaciones para la Congregación.

Así mismo, recuerdo como grata **memoria**, que para 1747 los tres Retiros estaban llenos. Éramos 38 religiosos dedicados día y noche al estudio, a la oración, al trabajo manual y a la predicación. Y todo, felizmente, en clima de soledad, de silencio profundo, de pobreza y de penitencia.

Ante la impotencia de poder admitir a más solicitantes por falta de espacio, se planteó la necesidad de abrir otros Retiros. La **Obra de Dios** crecía. Su propia gracia la levantaba. Y yo, desde la cruz, me sentía gratificado por mi Sumo Bien.

Primer capítulo general

Después del Breve de aprobación, convoqué el primer Capítulo General. Lo celebramos el 10 de abril de 1747. Fue, realmente, un gozo sentirnos los hermanos reunidos en uno, para celebrar aquel acontecimiento de bendición divi-

na. El Veni Creator abrió las puertas de la sala e hizo llover la inspiración de Dios sobre los capitulares.

Oramos, discernimos sobre la realidad de la Congregación y revisamos algunos puntos de las Reglas. En el momento de la elección, los padres capitulares decidieron, unánimemente, elegirme superior General. ¡Dios sea bendito! El Te Deum cerró gloriosamente nuestra primera experiencia capitular.

Suspendí, de inmediato, algunas correrías apostólicas para dedicarme más plenamente al ejercicio de revisar y reanimar la vida interna de los tres Retiros y proyectar las nuevas fundaciones. Decidí en consejo convertir el Retiro de Monte Argentaro en noviciado y dedicar el Retiro de Vetralla, a casa de estudios.

En cada Retiro quedaron nombrados, el Superior, el vicesuperior; se nombraron, también, el maestro de novicios y el director de estudiantes. Así, todo quedaba bajo ley, pues muchos ojos estaban puestos sobre nuestro funcionamiento y comportamiento.

Hacia nuestra Señora de Corniano

Los cimientos de la Congregación se consolidaban bien compactados. El testimonio de las comunidades, a pesar de sus limitaciones, era un motivo no sólo de acción de gracias al Señor, sino de verdadera promoción vocacional.

Tuve interés especial en tener un Retiro en Roma, para facilidad de tantos trámites que había que hacer. Lo intenté en santo Tomás «In Formis» y en Santa Bibiana, pero ambos proyectos fracasaron. ¡Dios dirá la hora!

Caminé hacia el Bajo Lazio, por la provincia de Frossinone y llegué a Ceccano. Hablé con D. Cayetano, amigo personal de P. Struzzi. Don Cayetano me contó el deseo que tuvo de invitar a los frailes capuchinos, pero que

no lo había logrado. En esa misma conversación, me ofreció la oportunidad de fundar un Retiro de la Congregación.

Como le ermita de Nuestra Señora de Corniano era propiedad de la diócesis, logré hacer una permuta con otro solar, según sugerencia del Obispo. Los hermanos franciscanos montaron en cólera y hasta escribieron al Papa en términos fuertes y amenazadores. A pesar de todo, la fundación continuó bajo la inspección del P. Struzziari, quien realizó algunos arreglos imprescindibles, para el acomodo inmediato de los religiosos.

Cuando llegué, me entrevisté con D. Cayetano y subí al Retiro con ocho religiosos para tomar posesión. ¡Santo Dios! Mi corazón se estremeció y quedé pálido. El agua resbalaba por las paredes y el frío húmedo congelaba los huesos. Tuve el impulso de regresar con el nuevo grupo de religiosos, porque una cosa es la penitencia y otra la temeridad.

Celebré misa. Lloré. Puse a toda la comunidad en las llagas de Cristo. Al fin, Dios me insinuó que aceptara la fundación y así lo comuniqué al pueblo. Al decirlo, me sentí gratificado por mi Señor y por el aplauso de la feligresía.

Era el 14 de Enero de 1748. Día de intenso frío y al mismo tiempo, de grata **memoria**. La Congregación se abría paso y los montes, poco a poco, blanqueaban de Retiros.

En nuestra Señora del Cerro

Recuperado del cansancio de la última gira, subí a Toscanella para inaugurar otro Retiro. Dios nos seguía abriendo paso poderosamente y como acabo de afirmar, nuestra mínima Congregación crecía en número y fervor.

Seis años atrás, había predicado allí una misión y el pueblo se entusiasmó solicitando la fundación en la ermita, consagrada a nuestra Señora del Cerro. Dos años después visité el lugar personalmente y a pesar de todo el trabajo realiza

do, juzgué imposible tomar posesión de la ermita. En 1746, todo estaba listo, pero faltaba el consentimiento de otras congregaciones: No aceptaban nuevas fundaciones en su demarcación. Ante tanta dificultad le escribí al Sr. Obispo, Mons. Locatelli: "Si obtiene el permiso, bien; si no, tampoco voy a morir de pena. Dios sabe nuestras necesidades y creo que nos proveerá de casas".

El 27 de marzo de 1748, al cabo de dos años de gestiones y apenas dos meses después de la última fundación, tomamos posesión de Nuestra Señora del Cerro. Subimos a la ermita con la cruz alzada. La mañana estaba nublada y la brisa era cortante. Celebré la misa, bendije el local con el rito acostumbrado y la comunidad ingresó en el Retiro.

Cuando el pueblo regresó a Toscanella, nos dimos cuenta que, en realidad, todo estaba desmantelado. Sin mesas, sin ropa de cama, sin sillas. Sin nada. Comimos las sobras del viaje y nos pusimos a discernir por dónde comenzar. Lloré con dolor, porque yo me hubiera debido percatar, el primero, de cómo estaba el local. Confié demasiado.

Providencialmente, al día siguiente llegó una campesina analfabeta a confesarse. Su nombre era Lucía Burlini. Venía de Pianzana. Al darse cuenta de la miseria del convento, acarreó alimentos para todos los religiosos y desde ese día, se convirtió en el ángel provisor de la comunidad. ¿Quién puede adivinar por dónde se acercan los pies del Señor?

En el ojo del ciclón

Regresé a Monte Argentaro. Me sobrevino una fiebre muy alta; tal vez, por el cansancio; tal vez, por el dolor de la campaña cruel, levantada en contra de la Congregación. Por las calles de Orbetello, corrían rumores del mal ejemplo de un religioso. Y por otro lado, algunas congregaciones religiosas habían unido sus confabulaciones contra

nuestra mínima Congregación. Por si fuera poco, observé cómo utilizaron el prestigio del santo franciscano Leonardo de Puerto Mauricio, para mal informar al Papa. Así eran las cosas. Yo, por mi parte, no ahorré tiempo por el bien de la Obra.

El problema entre Pasionistas y mendicantes terminó en pleito judicial y el asunto llegó a tal extremo que Benedicto XIV convocó, con carácter de urgencia, una reunión de cardenales. Nos acusaban de todo: hasta de herejes. Adulteraban nuestra austeridad y la confundían con un rigor pecaminoso. Gracias a nuestro buen Dios que velaba por su barquilla humilde y pobre, el Papa recibió informe sobre la sana doctrina de nuestras enseñanzas y de nuestra vida religiosa.

La guerra judicial duró casi tres años: primero, sobre los Retiros de Ceccano y San Eutiquio; luego, contra las obras de Terracina y Paliano. Nos tenían en la picota. Tuve que parar algunas obras y ante tanta intriga, algunos religiosos abandonaron la Congregación. De mi corazón brotó el grito de los apóstoles cuando se vieron en la barquilla tragados por las olas: "Sálvanos, Señor, que nos hundimos" (Mt 8,25).

El 28 de abril de 1749, se reunió la comisión. La sesión fue de armas tomar. Al fin decidieron esperar antes de dar el dictamen. Mientras tanto, debían recabarse los siguientes datos sobre los conventos citados:

1. Informe de cada obispo sobre la fundación;
2. Convivencia dentro del convento;
3. Bienes espirituales emanados de la presencia de los Pasionistas;
4. Medios de subsistencia
5. Y si perjudicaban a las órdenes vecinas.

Realmente me sentí decepcionado por la demora en la resolución del conflicto y porque algunos cardenales claudicaron de nuestra causa. Pero, en ese preciso momento en

que me sentía más bamboleado por el huracán, me invitaron, por primera vez, a predicar en Roma la misión preparatoria al Año Santo de 1750, en la iglesia de San Juan de los Florentinos.

En abril de ese mismo año, los cardenales Cavalchini, Besozzi, Albani y Gentili dieron voto favorable a los Retiros en litigio y a las obras de Terracina y Paliano. El grito de los adversarios subió hasta el cielo.

No logramos, ciertamente, tener convento en Roma; tampoco logramos poder fundar con la sola autorización del Obispo, sin intervención de los mendicantes vecinos. Pero Dios estuvo grande con nosotros y salimos ilesos de la batalla. Después del invierno, despuntaba tibiamente otra nueva primavera.

Fundación en Falvaterra

El 2 de abril de 1751, se abrieron las puertas del nuevo Retiro de Falvaterra, cerca de Ceccano. Dios bendijo tantas idas y venidas con la erección de esta nueva casa. No hay cruz que no proyecte una resurrección. No hay Calvario, donde no reverbere una glorificación.

Se bendijo con el rito de costumbre; hablé a los religiosos del testimonio de vida que debían ofrecer al pueblo y encomendé la comunidad al pastoreo del P. Struzzieri. Compartí con mis hermanos la realidad de su pobreza y su gozo en el modo de vivirla.

Al despedirme, antes de darles la bendición, les dije: "El convento, está llamado a ser un espejo de perfección para todos, próximos y lejanos. Cuidense de los combates del enemigo y recuerden las palabras de Jesús: "El Espíritu está pronto, pero la carne es débil. Oren para no caer en la tentación" (Mt 26,41; Lc 22,40).

Un año de misiones

Se multiplicaron las solicitudes de fundación. Las misiones nos reportaron, por lo menos, ese fruto: la oferta de nuevas fundaciones. Junto a las antiguas invitaciones de Civittvechia, Camerino, Ferentino, ahora debía gestionar, de inmediato, las fundaciones de la isla de Elba, Sicilia, Vito y Montecorvo.

Mientras predicaba misiones en Supino, Patrica y Terracina, escribí cartas. Algunas noches, a causa del frío, sentí dolores de oído y de ciática muy fuertes. Los huesos me crujían por todo el cuerpo.

De repente, tuve que cortar toda actividad y subir a Vetralla a consolar a la comunidad. Casi todos los religiosos cayeron enfermos, a causa de la alimentación deficiente y de las pésimas condiciones del lugar. El pueblo se había distanciado mucho del Retiro a raíz de tantas intrigas.

Seguí viviendo en mi corazón la experiencia de no ser nada...; de no saber, ni entender nada, de sólo sentirme crucificado en la cruz de Cristo... Cada circunstancia, me enseñaba a morir con Jesús en obediencia interior y toda realidad, por cruda que fuera, era un acicate para seguir adelante en la **Obra de Dios**

Terracina, nueva fundación

Tras un breve reposo, me dirigí hacia Terracina para responder a Mons. Joaquín Aldo que solicitaba la fundación de un Retiro. El mismo Monseñor concedió el lugar en el monte del Santo Ángel. ¡Qué gran regalo del cielo! El Retiro se levantó en plena soledad y en medio de los árboles, cuyas ramas eran brazos alzados en plegaria por la Obra. Después de muchos días de lucha y de intriga, por fin se logró la fundación.

Desde el templo parroquial, con la cruz alzada y encabezando la procesión, subimos hasta el Retiro. Fue una gran manifestación de todo el pueblo. Se bendijeron la capilla y la casa. Día memorable, el 5 de febrero de 1753.

La comunidad estaba compuesta por once religiosos y al frente de ella puse a mi hermano P. Antonio María. Después, por desgracia, el P. Antonio reincidió en su mal comportamiento y escandalizó a la gente de Terracina. Ciertamente, no vacilé en destituirlo y trasladarlo, con todo dolor, pero con justicia y firmeza.

Segundo Capítulo General

Me sentía cansado y deseaba dejar el Gobierno de la Congregación. Con esta decisión convoqué un próximo Capítulo General para marzo de 1753.

El continuo avance de la Congregación, con 7 conventos y 83 religiosos, exigía un análisis, detenido, en orden a la vida interna de las comunidades y a la admisión y formación de los nuevos candidatos. Cuando el cuerpo crece, merece atención especial.

De nuevo pude confirmar que al reunimos en familia, se creaba un clima de alegría profunda, como si fuera un nuevo Pentecostés. Mi corazón rebosaba en el Señor, al encontrarme con cada uno de los Padres capitulares. Al entonar con gozo el *Veni Creator*, sentí que las lágrimas me ardían en la cara.

Después de varias sesiones y cumplidas las normas del reglamento, a la hora de las elecciones, me eligieron, de nuevo, a la primera votación. Formulé mi renuncia, pero no la aceptaron. Serenados los ánimos tras las elecciones, estudiamos y decretamos sobre puntos de importancia, como la fidelidad a la vocación, a los votos, al espíritu de pobreza; discernimos sobre el sentido de la soledad y la necesidad

de oración.

Se hizo hincapié en la formación humana, espiritual e intelectual de los estudiantes. Fue preciso afianzar algunos puntos, para que la Congregación creciera en solidez interior.

Dado el desarrollo de la Congregación y para mayor atención a las comunidades, dividimos la Congregación en dos demarcaciones: el norte y el sur de Roma. El P. Struzzieri fue elegido primer provincial de la provincia Sur, en la región de Campaña y Marítima.

El Señor me quería, todavía, con la mano en el timón de su humilde barquilla, aunque ya mis sentidos se iban deteriorando paulatinamente. Mis ojos se habían empobrecido a fuerza de escribir en la noche a la pobre llamita del candil, sufrido compañero de letras. ¡Bendito sea mi Señor, por el éxito de este Segundo Capítulo General!

Al recostarme para descansar, brotaban de mis labios estas palabras: *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre grabada en nuestro corazón.*

14. CUMBRES MÁS ELEVADAS

Las contradicciones humanas, los enredos legales y burocráticos, el deseo de incrementar el número de Retiros, las vivencias de Dios avanzadas en oscuridad... tenían aprisionado mi corazón. Pero, por otra parte, la consolidación de la Congregación, obra maravilla del Señor, me inundaba de fe y de esperanza.

La cruz era mi fuerza

Contaba yo 60 años. Interiormente, me sentía clavado en la cruz con Cristo, en pura soledad interior, sin gozo alguno, en silencio y abandono. Mi corazón se iba poco a poco acostumbrando a morir en el despojo total, en la desnudez de su propia nada. ¿Qué más podía desear?

A pesar del trabajo del Gobierno de la Congregación, Dios me ofreció la oportunidad de predicar ocho misiones, acompañado, en casi todas, por mi hermano Antonio, que estaba viviendo, con humildad, un verdadero arrepentimiento. Igualmente, encontré tiempo para predicar ejercicios espirituales a las religiosas.

También viví momentos de desconcierto y de dolor hacia el interior de la fundación: dos misioneros de la Congregación, de renombre y fama, me comunicaron la decisión de dejar nuestra vida. Firmar el documento de su salida, fue para mí un trago amargo.

Por si esto fuera poco, Dios quiso llevarse consigo al P. Fulgencio. ¡Qué gran amigo en las primeras horas de la

fundación! ¡Qué mano tan certera la suya en el magisterio de la educación de los novicios! Su muerte me hizo pensar mucho.

Aunque a veces sentía ganas de encerrarme en una pequeña habitación y decir adiós a todo, sacaba fuerza de la cruz de Cristo, para vivir y luchar a favor de la Congregación.

Santa María de Pugliano

La sombra del Buen Dios me cobijaba y su mano me bendecía en toda circunstancia, especialmente en la tribulación. Dios me acostumbró, de pequeño, al dolor y al gozo de ver nacer y morir, y morir y nacer. Junto a unos hermanos que nos dejaron, otros llamaron a la puerta para ingresar.

En el año de 1755, esta mínima Congregación contaba con 96 miembros; había siete Retiros y todos estaban llenos. Gracias a Dios, el trabajo incansable de D. Isidoro Calzelli, sacerdote, fructificó en una nueva fundación.

El día de la bendición de la nueva casa, me encontraba postrado en cama y delegué al P. Struzzieri, provincial de esa demarcación, que tomara posesión de la ermita y del Retiro; solemnizara la bendición con mucha alegría en el Señor y dejara la comunidad constituida.

Todo se hizo, según costumbre, el 23 de noviembre de 1755. El viento sacudía fuertemente el bosque, según me contaron y de su espesura se levantaba un silbido, largo e invernal. Los caminos de acceso crujían sembrados de hojas pálidamente amarillas. La nueva comunidad contaba con doce religiosos a las órdenes del P. José D'el Re.

Muerte de Catalina Danei

En agosto de 1756, recibí la triste noticia de la muerte de mi hermana Catalina, la menor de la familia. Fue un duro

golpe para mi corazón, cuando supe que su muerte, inesperada, le sobrevino en vísperas de su matrimonio. Toda la iluminación humana de su vida, se fue a la tumba envuelta en el manto de la muerte. Juan Bautista, Antonio y un servidor, recordamos con cariño detalles de su vida y celebramos la Santa Misa por su eterno descanso.

Estos acontecimientos, me hacían vivir, con experiencia distinta, el misterio de la cruz. Y es que en sus brazos, se purifican y ennoblecen todos los sentimientos del corazón.

Recibí muchas cartas de condolencia que agradecí con toda atención.

Tercer Capítulo General

El Sumo Bien nos siguió bendiciendo con nuevas vocaciones. La cumbre de Monte Argentaro era un santuario de Dios, donde muchos aspirantes deseaban llegar. En 1757, la Congregación ya contaba con 119 religiosos y algunos nuevos candidatos estaban muy bien preparados.

Confieso que las cosas funcionaban bien. El crecimiento no desvirtuaba la fraternidad, ni el silencio, ni la soledad, ni el sentido de la contemplación. Sin embargo, era bueno afinar un poco las cuerdas, para mejorar el afianzamiento de la Congregación. Por eso y por deseo personal mío de dejar el mando y de retirarme a contemplar, adelanté el Capítulo General, previa consulta al consejo.

Lo celebramos con 13 meses de antelación, del 22 al 25 de febrero de 1758. Todo Capítulo estaba revestido de un algo especial.

Cuando yo pensé que, por mis años, me dejarían libre de todo cargo, resultó que me quisieron de nuevo con el timón en la mano, remando mar adentro. Los doce capitulares me volvieron a elegir. ¡Dios sea bendito! Asumí la responsabilidad y con la ayuda de los consultores, Tomás Struzziéri y

Juan Bautista, acepté de nuevo el compromiso de servir, incondicionalmente, a la Congregación.

En el capítulo discernimos sobre el fenómeno de las salidas; de las imprudencias de algunos religiosos en Terracina y San Sosio y otros asuntos que siempre lleva consigo la realidad humana de las personas que componen la Congregación.

Después de todo, di gracias a Dios por cuanto se decidió y terminé diciendo a mis hermanos religiosos, antes de despedirnos: *Dios me ayude a llevar la cruz con pureza de intención y con humildad de espíritu.*

Cada Capítulo acentuaba un aspecto de la verdadera memoria de la Congregación.

La Santísima Trinidad de Monte Cavo

Dios dirigió siempre mis pasos. En la lucha y en el intento de fundación busqué su voluntad y el bien de la Congregación. Desde hacía tiempo, venía trabajando por una casa en la ciudad eterna y siempre había fracasado. Pero tuve fe y creí que la oportunidad de fundación se acercaba.

El antiguo convento de frailes trinitarios en Monte Cavo me ofreció, en bandeja de plata, la oportunidad de acercarme a Roma. A 949 metros de altura, la cumbre era una plataforma sobre las pobres marismas y campiñas. Desde 1742, tuve varias oportunidades de fundar allí, pero siempre las fui posponiendo por Vetralla y Toscanella, hasta que Dios me hablara con más claridad al corazón.

A partir de 1757, encargué al P. Struzziери que fuera manejando los toques finales de la fundación. El Gran Condestable Colonna ya había concedido, en alquiler perpetuo, el viejo convento y un pedazo de huerta e hizo una donación de 600 escudos para reparaciones urgentes. La firma final comprometía a la comunidad "al pago de un ramo anual de

flores frescas, el día de la Santísima Trinidad».

¿Qué mano prodigiosa se movió, secretamente, a favor de la fundación? Al cabo de un año, el Retiro estuvo a punto. Delegué al mismo P. Struzzi, para que tomara posesión de la fundación y para que organizara la bendición solemne. Él, personalmente, el 19 de marzo de 1758, domingo de Ramos, organizó la procesión desde la Colegiata de Rocca di Papa con 12 religiosos (7 clérigos y 5 hermanos). Con ramos y palmas en las manos, escalaron hasta la cumbre. Subieron cantando el "Pueri Hebreorum" y el "Gloria Laus tibi sit", sin importarles que el viento los zarandeara, reciamente, como si fuera a llevárselos a todos de vuelo, tal como me contaron. Y por si fuera poco y como colofón de fiesta, les cayó una gran nevada, quedando 15 días medio sepultados, pasando frío, hambre y otras fatigas.

¡Qué fuerza da la cruz de Cristo, cuando se aprende a vivir de su misterio y a disfrutar de su sabiduría!

Dios no quiso lo votos solemnes

Mientras predicaba en Ischia, falleció Benedicto XIV. Dos meses más tarde, fue elegido el Cardenal Rezzonico con el nombre de Clemente XIII. Mi corazón exultó de gozo y reunida la comunidad, cantamos el Te Deum de acción de gracias a Dios por la elección.

Con mi hermano Juan, viajé a Roma. Los dos nos apoyábamos fuertemente. A pesar de nuestras diferencias humanas, siempre tuvimos un deseo común de realizar la **Obra de Dios** con todas nuestras fuerzas. Al fin y al cabo, él era mi confesor y director espiritual. Saludamos al Papa y le ofrecimos nuestros servicios.

El 22 de julio de 1758, tramité la solicitud de votos solemnes para nuestra Congregación. Fue mi lucha desde el principio de la fundación. Deseaba que los religiosos,

tuvieran el talante solemne de los Monjes en su consagración. El Papa nombró la comisión pertinente que solicitó informe a los obispos donde estaban los Pasionistas. Estos respondieron positivamente. Después, pidió a los religiosos su parecer y su voluntad en orden a los votos solemnes. El P. Juan María de S. Ignacio visitó los conventos y exigió respuesta, personal y secreta, a la solicitud y la entregó a la comisión.

Luego, los cardenales que la componían me llamaron el 23 de noviembre de 1760, y después de aclarar algunos puntos conmigo, me notificaron el resultado de la encuesta secreta. Un número considerable de religiosos "no estaba de acuerdo" y por lo tanto, no se podía proceder.

Sentí un gran desconcierto, aunque nunca perdi la paz. Y recuerdo que dije: "Todo ha sucedido en Roma según la voluntad de Dios".

Oración de abandono

Llegó la noche. Cuando me encontré solo, hincado en tierra y con la frente en el suelo, oré ante el crucifijo, débilmente iluminado por el candil, mi fiel amigo de vigiliass:

"Yo soy tu nada, Señor, tú eres mi Todo. Despójame, mi Dios, hasta de esta misma nada, para que tú eas, solo y siempre, mi Todo. Hazme desaparecer en ti.

Transfórmame en tu divino querer.

Me has confiado una obra, Señor, demasiado pesada para mis hombros, demasiado santa para este pobre y miserable pecador. Tú sabes bien, Señor, que sólo deseo hacer tu voluntad. Esta es la comida de mis días y el respirar de mis noches.

Te entrego el cáliz amargo de esta hora. Si tantos años te he dicho sí desde el desierto de mi vida, hoy te lo repito desde el abandono más profundo de mi corazón. Tu cruz es mi gloria y tu corona de espinas, el anillo de tu amor en mi

carne, Señor.

Siento, mi buen Jesús crucificado, que en el fondo más hondo de mi soledad, sólo y siempre, estás tú. En tus manos me pongo «*nunc et semper*». Haz de mí lo que quieras”.

De repente, sentí un desvanecimiento en todo mi ser, con taquicardia muy fuerte. Me vi crucificado con Cristo, como si sus llagas estuvieran impresas en mi carne. En silencio, me abracé a su cruz y me perdí en el mar sin fondo del amor infinito de Jesús.

Carta de animación

Ante ciertas realidades, presentadas y analizadas previamente en el Capítulo General pasado, deseé y decidí escribir una carta circular a todos los religiosos.

Llamé la atención sobre cierto enfriamiento del fervor primero y de la caridad fraterna, sobre la relajación en la obediencia, en la humildad y sobre el decaimiento en la observancia de los actos de la noche. Advertí, también, sobre la somnolencia en la oración mental, síntoma de empobrecimiento en la fe y en el amor a nuestro Sumo Bien. Recordé nuestro compromiso con la pobreza y a no dejarse dominar por la gula.

Animé sinceramente a los religiosos a revestirse de Jesucristo; a caminar en humildad y obediencia y a valorar el silencio. Y sobre todo, los invité a vivir el Adviento para renacer en el Divino Verbo a una vida enteramente santa, a una verdadera transformación interior.

Algunos detalles sobre las Reglas

El 25 de noviembre de 1760, la comisión de cardenales y el Papa aprobaron algunos añadidos y enmiendas a la Reglas

que notifiqué, de inmediato, a los superiores de todas las comunidades. Por ejemplo que:

- la actividad parroquial no entraba en el ámbito de la Congregación;
- el Rector podía conservar el dinero en caja con doble llave;
- los religiosos que fueran a misiones, por primera vez, presentaran sus sermones y que al regresar, hicieran ejercicios espirituales durante ocho días.

Finalmente, el 3 de enero de 1761, me notificaron la facultad de dispensar de votos simples.

San José de Monte Argentaro

En 1761, sólo se registraron cinco salidas y entre ellas, la definitiva de mi hermano Antonio. ¡Dios lo guarde en sus caminos!

El 16 de julio del mismo año, se logró abrir, después de intenso trabajo, el segundo Retiro en Monte Argentaro, bajo el título de San José y que sirviera para noviciado. Su ubicación en el monte ofrecía un clima más seco y saludable.

No pude asistir a la bendición, pero la ceremonia resultó llena emoción. Al frente de los novicios puse el P. Ludovico Borell, a quien confirmé como maestro en 1762; así el P. José, quedaba como rector de los dos Retiros. El noviciado dependía, directamente, del Preósito general. Por eso en marzo de 1762, lo visité por primera vez y bendije a Dios, de todo corazón, por el espíritu de fervor que observé. Los invité, con amor, a que "el noviciado fuera semillero de santos". Nunca se puede olvidar que la semilla bien sembrada es promesa segura de frutos.

De nuevo elegido General

El 23 de octubre de 1763, convoqué el cuarto Capítulo General. Los setenta años me tenían cansado y medio sordo.

Lo cierto es que mientras yo, secretamente, obtenía del Papa dispensa para elegir de nuevo al P. Aurelio como provincial, el Capítulo tramaba la misma treta conmigo, para General. Y así fue. Me eligieron por unanimidad. Me excusé, supliqué y hasta lloré. «Me encuentro enfermo; no sirvo ya para nada; soy un obstáculo para la Congregación». ¡Qué no dije! Pero fue inútil. Sentí que la voluntad de Dios hablaba por el capítulo y doblé la cabeza bajo su poderosa mano.

Era 1764, en el convento del Santo Ángel. El "Te Deum laudamus" de acción de gracias, tenía para mí un sabor de lágrimas. Al terminar la bendición con el Santísimo y de camino hacia la habitación, recordé, una vez más, a Santa Teresa de Jesús:

"Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda,
Quien a Dios tiene
Nada le falta;
Sólo Dios basta".

El Dios de una nueva primavera

La lucha por la Congregación, el trabajo misionero, las cartas siempre exigentes de tiempo y de atención, los deberes de General... me fueron venciendo, poco a poco y me hicieron sentir cansado y débil.

No tenía ganas de comer. Las fuerzas de las piernas se me fueron debilitando enormemente y mis oídos estaban casi tapiados. Sólo deseaba y buscaba soledad: perderme en el

desierto de adentro, donde nadie pudiera perturbar mi silencio. Sentirme solo con Dios a fondo, sumergido en el mar de su infinito amor.

Mi Buen Dios, después de muchos años, me hablaba, de nuevo, con ternura de Padre cercano. Sentía que realmente mi Nada, mi pobre Nada, era como un arbolito seco que comenzaba a brotar yemas de nueva primavera. En mi corazón amanecía una verdadera Pascua de resurrección.

¡El Dios del ocaso era, al mismo tiempo, el Dios de un nuevo amanecer!

15. MI ÚLTIMA VISITA A LOS RETIROS

Transcurrían, lentamente, los días de mi ancianidad. Intenté sacar fuerzas de flaqueza y decidí hacer mi última visita a los Retiros de la Congregación.

Solidaridad con los pobres

La escasez y el hambre azotaron Italia desde 1762 a 1767. Los conventos vivieron momentos de suma penuria. En 1765, decidí clausurar el noviciado por un año, al no poderlo abastecer de provisiones. Invité a los religiosos a asumir la realidad del pueblo y a solidarizarse con los necesitados.

“En los pobres de la tierra está viva la cruz del Señor. Los pobres llevan escrito su nombre en la frente”.

Aunque durante ese tiempo tuvimos muchos religiosos postrados por deficiente alimentación y por epidemia, sin embargo, ¡qué gozo da escribirlo!, nunca se fue un mendigo de nuestras puertas sin un trozo de pan entre las manos. Aún demacrados como estábamos, organizamos ayunos para compartir.

Comienzo de una visita

A pesar de sentirme escaso de fuerzas y sin la ayuda del P. Struzzieri, recién nombrado obispo de Amelia, decidí visitar los Retiros de la Congregación. Los años acumulaban achaques sobre mi cuerpo y antes de empeorarme más, quise encontrarme con mis hermanos, para

darles un abrazo de despedida.

Subí a Monte Argentaro. El invierno aleteaba sobre la cumbre del monte, pero el hogar tenía fuego de Dios. Si la escasez era grande, mucho más grande era la vocación de aquel grupo de jóvenes llenos de espíritu y entregados a las tareas humildes del quehacer diario. Cuando los corazones arden en fidelidad, la casa tiene calor de Dios.

Terminada la visita en Monte Argentaro, me despedí de todos con emoción. Los bendije con la mejor de mis bendiciones. Penosamente, subí a la calesa y comencé mi regreso hacia Vetralla. No recuerdo bien, si por el deshielo o por la lluvia reciente, el caso es que la calesa patinó y de repente, me encontré enrollado en el suelo. Quedé plagado de moraduras y con todo el cuerpo magullado; aún entrado mayo de 1765, casi no podía respirar.

Juan Bautista, mártir de la solidaridad

Apenas me sentí un poco restablecido, retomé de nuevo el camino a las demás comunidades. El pensamiento de que tal vez fuera mi última visita, me impulsaba a realizarla con mayor decisión.

Estaba en plena itinerancia cuando me notificaron, el 10 de julio, que mi hermano Juan Bautista había sucumbido con fiebre muy alta, víctima de la epidemia y de la debilidad. Todo el Retiro, según me contaron, era un escenario de amargura. Pronto me di cuenta de que, realmente, mi hermano era muy querido.

En cierto momento de alivio, el enfermero lo animó diciendo:

- Ya está curado, Padre.

Juan respondió, mirando pausadamente al hermano:

- Esta vez va en serio, hermano.

Y así fue. El 15 de agosto, tuvo una recaída y subí al

Retiro para estar con él. Vigilé días y horas a su lado y oré a mi Buen Dios por su paz interior. En un momento determinado, ya casi al verlo agonizar, le susurré al oído:

-Acuérdate de mí en el cielo. Me encuentro en un mar de tribulación.

Le puse la mano en la frente. Lo bendije con mucho cariño. Y mientras mis ojos lloraban, observé que, con la frente volteada hacia el lado izquierdo del hombro, me susurró tenuemente:

-Sí. Lo haré.

El 30 de agosto de 1765, recibió la unción de los enfermos y la bendición papal. Rodeado, cariñosamente, de la comunidad, murió, mientras yo mismo, con voz entrecortada, entonaba la «Salve Regina». Tanto quiso darse a los hambrientos que murió víctima de la solidaridad. Fue un verdadero mártir de la caridad con los pobres.

Presidí los funerales, dentro del marco de sencillez contemplado por las Reglas. Autoridades y pueblo de Vetralla subieron al Retiro: el Sr. Gobernador, el clero, los bienhechores y los fieles dirigidos, espiritualmente, por él.

En la noche, de nuevo, me sentí solo, huérfano y sin padre espiritual. Estaba en la cruz de Cristo. Recordando el rostro de mi hermano, medité que en la Nada de la muerte, se anuncia el Todo de la vida. Y escuché en mi corazón: "¡Resucitó! ¡Ya no está aquí! No busques entre los muertos al que vive" (Lc 24,5-6). Las lágrimas de mi rostro, eran signo de dolor y de paz, de serenidad y de bendición divina.

Hospicio del Santo Crucifijo, en Roma

Tras la muerte de mi hermano, me acerqué de nuevo al Santo Padre solicitando la confirmación de la Congregación y la facultad de admitir al sacerdocio a los clérigos

Pasionistas, a título de mesa común.

Pero las concesiones se dilataron. Me convencí por enésima vez que "las cosas de palacio, van despacio" y me abandoné en las manos del Sumo Bien.

Tras el capítulo provincial del 19 de agosto de 1766 decidí mover todo lo posible la fundación de Roma. Mi cuerpo ya no estaba para muchos troles. Encargué el asunto al P. Juan María Cioni, mientras yo proseguía la visita, varias veces interrumpida. Y al final, todo fue sobre ruedas.

El Sr. Antonio Frattini, a nombre propio, compró por 550 escudos, una casita con jardín anexo, situada al lado de la pequeña iglesia de Santa Marina Emperatriz. El P. Juan, por delegación, aceptó la donación de manos del mismo Sr. Frattini. Clemente XIII nos dio rescripto favorable, el 8 de noviembre de 1766. Y el 9 de enero de 1767, quedó inaugurada la residencia como Hospicio del Santo Crucifijo.

Después de 20 años de insistencia, se lograba el sueño de tener esta fundación.

Sigue la visita pastoral

Y fui hacia mis hermanos de la Campaña. Dejé Vetralla y bajé a Roma. Era el 11 de noviembre de 1766. Cada paso encendía en mi mente una hoguera de recuerdos. ¡Cuántas cosas sufridas y gozadas, al mismo tiempo, por estos caminos! ¡Qué fuerza daba la ilusión!

El 12, llegué a Roma. Me hospedé en casa de la familia Angeletti. Todo fueron atenciones. Después de rezar completas, apagué el candil, oré unos momentos y me acosté.

Al día siguiente, visité la casita recién conseguida y aprobada ya por el Papa. Disfruté del Retiro y del jardín. ¡Bendito sea el Señor! Pasé el día con los religiosos. Compartimos alegrías e inquietudes y nos edificamos, mutuamente, con

viejas y nuevas noticias. En Roma, aún sin pretenderlo, los noticieros se filtran por todos lados.

El 13 de noviembre, emprendí la subida a Monte Cavo. El viento aullaba en las ventanas del convento y la cellisca sacudía los cristales. Revisé las dependencias. Me entrevisté con todos los religiosos. Durante ocho días, compartí su vida y los animé a levantar un ala nueva para estar un poco más abrigados y sobre todo, les aconsejé vivir el espíritu de soledad y de oración. La pobreza la tenían sobrada. También les advertí que cuidaran las visitas de pasatiempo, por muy ingenuas que parecieran.

El 25, bajé de Monte Cavo. Dejé la cumbre con reverberos de altura y de nieve primeriza. El 26, llegué a Terracina. La comunidad y el pueblo me recibieron con demostraciones extremas de cariño y admiración. Como en todos los encuentros anteriores, los exhorté a ser fieles en la oración, a vivir *la cruz del crucificado* y a dar respuesta al pueblo, con testimonio santidad.

A los pocos días, me asaltaron fiebres malignas y perdí las ganas de comer. Ya no era el Pablo de antes.

El 3 de Enero de 1769, entraba en los setenta y cinco años. Lo pasé en cama y sin poder celebrar. Apenas me vino el alivio, prediqué los Ejercicios a la comunidad. ¡Dios sea bendito por estos hermanos tan llenos del fuego del Espíritu!

El 24 de marzo, después del canto del Te Deum de acción de gracias por la visita, me encaminé hacia Falvaterra en la calesa del amigo Gaffredi. Con el triquitraque del camino, llegué molido a Fondi donde reposé un tanto. Allí me vino a visitar el Sr. Obispo, lleno de delicadezas. En atención a sus ruegos, prediqué a las Monjas Clarisas. El pueblo, al saber que andaba por allí, se puso de fiesta. Yo, en cambio, me sentí algo incómodo ante la manifestación de tanto cariño.

Al día siguiente amaneció con frío y una lluvia persistente entristecía las calles. Llegué a Pestano y dormí con tanta molestia que al otro día, no pude celebrar. A pesar de todo, decidí salir, después de comer, hacia Falvaterra. ¡Que mi Buen Dios me perdone, porque, a veces, me da la impresión de que soy cabeza dura en las cosas que me programo!

Los Religiosos salieron a recibirme con mucha atención y regocijo. Comenzamos la visita, pero apenas terminé la plática de apertura, me tuvieron que llevar en brazos a la cama. "¡Ay, hermanos, qué poco valgo ya!" Estuve como 10 días acostado y aproveché el tiempo para dialogar con todos los religiosos detenidamente. ¡Dios sea bendito por el fervor de este Retiro de San Sosio!

El 7 de abril, abracé a todos los religiosos, me despedí y me puse en camino hacia Ceprano. Descansé en la casa de la familia Camelis, toda la noche y la mañana siguiente. Partí por la tarde y al pasar por Frisote, por poco me tiran de la calesa. Aquello parecía un Domingo de Ramos, con tantos aplausos y vivas. Al llegar a Cecano, me di cuenta que tenía el hábito todo tizereteado. ¡Pero qué ciegos están, Señor!, me dije con rabia.

Pasé la Semana Santa en comunidad y celebré los oficios litúrgicos. Nuestro Buen Dios, me dio fuerza en la debilidad y sentí la alegría del amor de mis hermanos.

El 21 del mismo mes, me encaminé hacia Ferentino. Aso-maba tiernamente la primavera, como pascua florida de Dios. Y yo vestido de hábito nuevo, porque el anterior me lo dejaron inservible, parecía también joven.

En Ferentino me esperaba el Sr. Obispo, viejo amigo del alma. Cuando llegué a Anagni, decidí seguir a Paliano sin detenerme. Deseaba estar pronto en la soledad del Retiro, respirar el aire nuevo de la primavera y de la altura y reposar en el silencio.

No sé quien pudo organizar la propaganda, pero me daba

la impresión que aquel viaje de visita pastoral y de despedida a los Retiros, se había convertido en una fiesta con tanto recibimiento y agasajo.

El 3 de mayo, celebré la misa en el pueblo y me despedí. Tuve que hablar desde un balcón de la plaza. Allí no se percibió vendaval, ni se vieron lenguas de fuego, pero aquello fue, de verdad, un Pentecostés. Sin darme cuenta al bendecir al pueblo, llorábamos todos de emoción.

El 6 de mayo, entré en Roma y el amor de mis hermanos me alivió del viaje.

Retiro de la Virgen Dolorosa de Corneto

Ya en Roma visité al Papa; le expuse los avances de la Congregación y le agradecí su permiso para fundar el Hospicio en Roma. La Congregación tenía 130 religiosos, en diez conventos.

Luego, subí hacia Vetralla para descansar, orar, ponerme al día en la correspondencia y velar por esta maravilla de Dios, la Congregación. Los días y las horas, se me pasaban volando.

En Corneto, después de 10 años azarosos de fundación, se estaba culminando la obra. Así, el P. Sebastián Giampaoli, por delegación, tomó posesión solemne del Retiro bajo el título de La Virgen Dolorosa. La asistencia fue nutrida. Y si hasta ese momento, el pueblo y las autoridades colaboraron con el convento, a partir de ahí, encabezados por Mons. Giustiniani, aumentaron en generosidad.

Era el año 1769.

Los 17 religiosos de la comunidad, testimoniaban su amor a Cristo crucificado; vivían con fervor el espíritu de la vida pasionista. Yo, lleno de gozo y con un poco de temblor en la mano, les escribí: "Espero que sea aquí glorificado el Señor y alabado día y noche; con provecho espiritual

de esta ciudad y de las pobres campiñas».
 Todo esto resume una gran **memoria**.

Celebración del Quinto Capítulo General

Por carta circular convoqué el Quinto Capítulo General. Según el desideratum del capítulo provincial de 1766, se anticipó 10 meses para que no hubiera interferencia con los capítulos provinciales. Por otra parte, sobrecargado de años, deseaba definitivamente descansar en la paz y el recogimiento del Retiro de San José. Esto dije y supliqué a los Padres capitulares.

Pero, cuál fue mi sorpresa, cuando a pesar de mis achaques, me eligieron de nuevo por unanimidad. Renuncié de palabra y por documento escrito. Me sentía enfermo, sordo, imposibilitado y saturado de vicios; por lo tanto, según mi conciencia debía renunciar. Todo fue inútil. Por obediencia a los padres capitulares y a mi confesor, con quien me desahogué, tuve que aceptar.

Gracias a Dios, en este capítulo la Congregación se dividió definitivamente en dos provincias: la del Norte, bajo el título de «La Presentación de María Santísima», y la del Sur, bajo la advocación de «La Dolorosa». El Hospicio del Santo Crucifijo, quedó bajo la dependencia directa del General. Así, mi trabajo quedaba, considerablemente, reducido.

Luego, escribí a toda la Congregación testimoniando mi agradecimiento a todos.

Dejo la Congregación bien constituida

El 3 de febrero, falleció el Papa Clemente XIII. La Iglesia entera estaba en oración y los cardenales, reunidos en

cónclave desde el 15 de febrero. En mi corazón latía un presentimiento, sobre el cardenal Ganganelli. Cierta día, al celebrar la Eucaristía, sentí que su nombre se sumergía con insistencia en el cáliz del Señor.

Yo por mi parte, apenas terminado el capítulo, di orden a los PP. Juan María Cioni y Juan Bautista Gorresio, para que prepararan bien el texto de la Reglas, insertando modificaciones y aclarando añadidos.

El 19 de mayo, salió elegido el cardenal Ganganelli y tomó el nombre de Clemente XIV. ¡Laus Deo! El 25 del mismo, me bajé del Santo Ángel a Roma. El gozo de la elección, me rejuveneció interiormente. Quise hincarme ante el Papa amigo y presentarle una solicitud. El 29 de mayo, él mismo me envió una carroza del Vaticano al Santo Hospicio y me recibió con tanto detalle de aprecio que quedé anonadado. Me prometió cursar de inmediato la solicitud.

A los pocos días, recibí una visita del mismo Santo Padre y al finalizar la conversación, me dijo que se le había extraviado la solicitud con tanto papeleo. Di gracias a Dios. Y me dije: "Ahora, con más tiempo y sin prisa, iba a detallar todos mis deseos de una sola vez". Y así lo hice.

El Papa encomendó el asunto con carácter de urgencia a Mons. José Garampi y a Mons. Javier de Zelada. A finales de julio, ambos formularon su parecer y el 14 de Agosto, se lo presentaron firmado. El Papa me informó al día siguiente, fiesta de la Asunción, aunque el Breve se aplazó hasta el 15 de noviembre y la bula «Supremi Apostolatus», fechada el 16, se me consignó el 23 del mismo mes de noviembre.

La Congregación y las Reglas estaban aprobadas. El Instituto de la Pasión quedó erigido en Congregación de votos simples; con poder de levantar casas con iglesia; con autorización de ordenar sacerdotes con letras testimoniales

del general o del provincial a título de mesa común o de pobreza; con la participación de todos los privilegios e indulgencias, concedidas a las demás órdenes.

Nos reunimos en la capilla del Santo Hospicio, cantamos el Te Deum laudamus. Los 49 años de fatigas, de enfermedades, de cruces me hicieron sentir que la Nada de mi ser había quedado sumergida en el Todo del Sumo Bien. Como dije anteriormente: El desierto comenzaba, tibiamente, a florecer.

La Bula y el Breve, fueron regalos personales y gratuitos del Papa. En ese tiempo, la Congregación contaba con 142 profesos, en 12 comunidades. Ahora sí pude escribir con lágrimas de alegría en los ojos:

"Antes de morir, dejó la Congregación bien constituida y establecida en la Santa Iglesia".

Misión de agradecimiento

Mientras el Papa escribía la Bula y el Breve, me pidió predicar una misión, con otros Pasionistas, en una Iglesia de Roma. Primero, me asignaron San Carlos Al Corso, pero ante mi resistencia, me confiaron Santa María «In Trastevere».

Y sucedió lo que me temía. Los dolores ciáticos me despedazaron las coyunturas de los huesos al momento de iniciar la misión. Sólo pude colaborar a partir del séptimo día, pero gracias a mi Buen Dios, los frutos fueron grandes.

Durante esos días, el Papa me concedió audiencia en su propia cámara, donde duerme. ¡Austera era su habitación! Un lecho humilde, dos sillas, un crucifijo... paredes desnudas, sin ningún ornamento. Realmente, su cuarto semejaba el de un pobre religioso pasionista. Hablamos de la Iglesia y de la Congregación. El Santo Padre fue muy amable conmigo.

La noche de aquel día, no pude conciliar el sueño pensando, ¡cuánto necesitan los Papas de buenos amigos para desahogarse! ¡Qué soledad tan fuerte la que a veces viven!

Última visita a la provincia del norte

Apoyado e impulsado por mi amor a todos, decidí visitar los Retiros de la Provincia de la Presentación.

Antes de iniciar mi camino, visité de nuevo al Papa. Le hablé, otra vez, de la fundación de las Monjas Pasionistas y de la construcción del monasterio. Él me prometió aprobar las Reglas. Al final de la entrevista, le solicité permiso para ausentarme de Roma y terminar la visita a los Retiros. Me sonrió y con el dedo levantado, me exigió que le informara del viaje a cada paso y que estuviera de regreso, para la fiesta de San Juan Bautista.

- ¡Sí, Santo Padre!, le dije. Recibí la bendición y un abrazo, muy cariñoso, de su parte. Y montado en calesa, salí de Roma, el 27 de marzo de 1770.

El 29, llegué a Tarquinia donde revisé las obras del monasterio. El 30, pasé a nuestro Retiro. Celebré la semana santa con mucha fe. Luego, dirigí los ejercicios espirituales a la comunidad. Aproveché el silencio especial y el clima de oración para escribirle al Papa sobre lo que me acontecía en el camino y sobre mis inquietudes en orden a la fundación de las Monjas.

El 18 de abril, embarqué en Tarquinia. Deseaba ir por mar a Monte Argentaro, pero el giro del viento, nos llevó a Montalto de Castro. Dormí en cabaña de pastores. Ya mi cuerpo, acostado sobre tierra, no daba vuelta con facilidad. Al día siguiente, continué a lomo de caballo. ¡Triste figura la mía! A las puertas mismas de Orbetello, me detuvieron por sospechoso: me vieron cara de jesuita prófugo y me condujeron al oficial de guardia. Cuando me reconocieron, me

ofrecieron disculpas y me rindieron honores. Pero el mal trago iba por delante.

El 22 de abril, abrí la visita en la Presentación. Allí, el 2 de mayo, recibí carta del Papa en respuesta a la mía, escrita desde Tarquinia. ¡Qué ternura de padre!

Visité las dos comunidades, La Presentación y San José. El fervor era grande. Yo, sólo los animé a seguir, diciéndoles que fueran espejo de virtud... de tal manera que otros descubrieran en ellos, el vivo retrato de Jesús.

De noche, solo en mi habitación, recordé infinidad de cosas, mientras miraba el cielo salpicado de estrellas y escuchaba, absorto, el rumor del bosque lleno de la ternura de las hojas incipientes. Así estaba, cuando, de repente, me subieron a la mente aquellos versos de mi buen amigo San Juan de la Cruz:

*¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!*

Y sentí la sensación que la cumbre entera me respondía, en un solo grito de alabanza y de amor:

*Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura!*

¡Dios sea bendito, por todos los caminos que me ha permitido recorrer y vivir!

En Roma

Requerido por algunos asuntos de la Congregación y por el Papa, regresé a Roma. La visita la terminó, el P. Juan

María Cioni.

El 20 de Mayo, me recibió su Santidad en audiencia privada. Hablamos de muchas inquietudes y deseos. Le puse al tanto del recorrido y de sus incidencias y le prometí terminar la redacción de la Reglas de las Monjas Pasionistas.

16. MONASTERIO DE MONJAS PASIONISTAS

Dios, con sabiduría infinita, dirigió, siempre, mis caminos. Él me inspiraba las cosas y yo las maduraba y las lograba realizar, bajo la gracia del Espíritu. La fundación de Monjas Pasionistas tuvo una trayectoria larga y zigzagueante.

Albores de la Fundación

Si mal no recuerdo, en 1732, en la misión de Talamona, la joven Inés Grazi, me sugirió que fundara un monasterio de Monjas Pasionistas. Poco después, en 1733, aparecieron, incitadoramente, nuevos rayos de luz. Con ocasión de un retiro en el monasterio de Piombino, sor M. Querubina Bresciani vivió una conversión profunda y volvió a insistirme sobre el asunto. Varias religiosas me apremiaron con insistencia.

En mi correspondencia pedía oraciones, pues siempre pensé que "harían falta milagros y revelaciones, muy claras, para que el asunto saliera adelante". Como en todas las cosas de Dios, habría que esperar y que su voluntad se revelara con mayor claridad y que me lo hiciera comprender.

La idea se fue aclarando, cuando en 1737, en la misión de Célere predicando con mi hermano, Juan Bautista, descubrí un alma de Dios, sencillamente extraordinaria: la humilde campesina analfabeta, Lucía Burlini, enriquecida de dones místicos muy relevantes. Ella contempló en visión interior, el futuro de estas esposas de Jesús, revolotear como humildes palomas en torno a la cruz, anidar en sus llagas y hacer memoria de su muerte.

La fundación se abre paso

Dios, providente y bueno, fue abriendo, suave y violentamente a la vez, el camino a la nueva fundación de Monjas Pasionistas. Yo vivía todo este asunto, como un rescoldo secreto y a muy pocos confiado, porque, sinceramente, mi obsesión era la Congregación Pasionista de varones.

Es cierto que por este tiempo, me alentó mucho el señor Tomás Fossi, de la isla de Elba. Hasta él mismo, pensó en una separación conyugal de su esposa, ambos de acuerdo, para que ella entrara en el monasterio y él en la Congregación de varones. Cosa que corté de inmediato, consciente de que cada uno, debe vivir según la vocación a la que ha sido llamado.

En 1736, tuve oportunidad, providencialmente, de predicar en el monasterio de Benedictinas. Allí encontré también, en Sor María Crucificada, un corazón lleno de vida en Cristo. Su transformación fue grande y vivía en deseos sinceros de santidad. Con ella, mantuve una correspondencia casi permanente.

La familia Constantini

Gracias a María Crucificada, entré en relación con la familia Constantini. Su hermano Domingo, junto con su esposa Lucía, me apoyaron siempre y fueron mi brazo derecho. En su casa de habitación, me hospedé durante muchos años de mi itinerancia misionera. Ellos, al no tener descendencia, quisieron poner sus bienes al servicio de la obra y se comprometieron a levantar el monasterio, a expensas de su trabajo y de sus cosechas.

Como toda fundación, la de las Monjas Pasionistas tuvo momentos de dificultades fuertes, bien fueran de parte de

las autoridades eclesiásticas, bien de las realidades sociales que nos rodeaban. El mismo problema del mantenimiento de las Monjas fue una traba ante el Señor Obispo. Pero todo se fue aclarando. Para Dios, no hay nada imposible. Yo empujaba la carreta según mis posibilidades, pero sin forzar la marcha. En la cruz, estaba mi fortaleza.

Primera piedra del monasterio

Dios me deparó la oportunidad de predicar por segunda vez en Corneto, el 7 de Enero de 1759. Después de conversar con Domingo Constantini decidimos, con el consentimiento de las autoridades, colocar la primera piedra el 29 del mismo mes.

La obra avanzó muy lentamente; como dije antes, la penuria del campo era extrema en ese tiempo. Las cosechas venían muy pobres y las necesidades habían crecido desmesuradamente.

A quien sí tuve que alentar fue a sor María Crucificada, por la situación que se le presentó en su comunidad al trascender, entre sus hermanas, la decisión de ser Pasionista. Fue un momento de conflicto y de cierto rechazo hacia su persona.

Los años consolidaban serena y dolorosamente la obra. El arbolito de la nueva orden de Monjas Pasionistas se robustecía y se iba haciendo árbol grande aún antes de su aprobación y fundación. Se estaba gestando y configurando desde afuera, el grupo de la primera comunidad, aunque yo pensaba, en aquel entonces que mientras los pasionistas no tuvieran votos solemnes, sería imposible pensar en una fundación para mujeres.

El Papa aprueba las Reglas de las monjas

En 1769, tenía ya seleccionado el plantel de aspirantes y en el monasterio se ultimaban los detalles finales, previos a la conclusión de la obra. En mayo de ese mismo año, subió al solio pontificio el Cardenal Ganganelli, con el nombre de Clemente XIV. Todas las oportunidades, se hilvanaban providencialmente.

El 19 de marzo, me entrevisté con el Papa; le expuse cómo andaba el asunto del convento, a qué altura estaba el esbozo de las Reglas y le fui revelando, el nombre de las mujeres que pensaban entrar a formar la primera comunidad. El Papa me escuchó con atención y reverencia, cosa que me anonadó

Por mi parte, me reuní, posteriormente, con el consejo general y punto por punto, retocamos, minuciosamente, su composición. De tal manera que el 1 de julio de 1770, en audiencia particular, le entregué el texto completo al Papa.

Todo caminaba tan bien que me daba miedo. El Papa puso las Reglas en manos de una comisión formada por el P. Pastrovitch y Mons. Zelada. Ambos, dieron informe favorable. Las Reglas estaban inspiradas, en las aprobadas para la Congregación Pasionista de varones.

El 3 de septiembre, recibí noticia del rescripto pontificio. En oración, delante del Santísimo, le di gracias a mi Buen Dios por la nueva fundación y oré por cada una de las aspirantes, especialmente, por María Crucificada. Su nombre era un rayo de esperanza para mi corazón.

Anna Colonna la princesa

Un hecho insólito, dentro del proceder de las cosas, vino a perturbar la larga preparación: La conversión de Anna

Colonna Barberini, viuda del duque de Sforza. Yo seguía con mis dolores de ciática: dos días en cama y dos y medio, arrastrándome sobre muletas.

Anna Colonna escribió al Papa y le manifestó el deseo de formar parte de la comunidad de monjas pasionistas. El Santo Padre guardó silencio un tiempo prudencial; pero ante la insistencia, alabó su decisión, la animó fervorosamente y la nombró superiora del monasterio, el 2 de febrero de 1771.

- ¡Bendito sea el Señor! ¿Qué querrá Dios con todo esto?, me dije para mí.

La princesa sorprendida por el nombramiento, se entrevistó conmigo y después, se retiró al monasterio de Santa Restituta de Narni, para orar y prepararse. Lloró cuando yo le hablé de su responsabilidad y de su compromiso. Sin embargo, a pesar de sus lágrimas, en mi corazón resonaba clarísimamente una voz: "Ella, no. María Crucificada".

Vestición de hábito de las postulantes

El 4 de marzo de 1771, las dos hermanas de sor María Crucificada, benedictinas, solicitaron al Papa permiso para cambiar de monasterio. El Papa sólo concedió permiso a sor María, aunque más adelante, consintió que también ellas vistieran el hábito de la Pasión, el mismo día que las otras postulantes.

Se señaló la inauguración para el viernes, 22 de marzo, pero a petición de la princesa, se pospuso al 7 de abril. Las postulantes, según iban llegando, eran acogidas por la familia Constantini. Yo me encontraba enfermo y tan sin fuerzas que delegué a mi confesor, el P. Juan María de San Ignacio, para que fuera ultimando todos los asuntos pertinentes a la fundación.

El día 6 de abril, D. Lorenzo Palussi, bendijo el templo del Monasterio, dedicado a la Presentación de María. Todo estaba listo: templo, convento y postulantes. Faltaba, tan sólo,

la superiora nombrada por el Papa.

El P. Juan Maria, inesperadamente, recibió una carta de Ana, la princesa: "He resuelto quedarme dos meses más, en Narni. Vuestra reverencia vea cómo se las arregla. Haga la fundación, si lo juzga oportuno".

El P. Juan, vino a ponerme al tanto de todo. De repente se me alteró todo el cuerpo, la sangre me subió al cerebro y el disgusto me sofocó la voz. Y tuve que dominar el arrebató, porque, a veces, sin darme cuenta, me vuelvo un poco duro. El P. Juan fue a ver al Papa en mi nombre. Yo estaba en cama. Clemente XIV, serenamente y pasara lo que pasara, señaló como fecha definitiva el 3 de mayo.

Entrada en el monasterio

La princesa no se presentó.

Las postulantes, de rodillas ante el altar mayor de la catedral de Corneto, recibieron el hábito de la pasión. Luego, se dirigieron al monasterio procesionalmente con rezos, cantos y salmos en latín. Cada postulante cargaba una cruz y adornaba su cabeza, con una corona de espinas. Las acompañaban el pueblo, el clero y un grupo de religiosos pasionistas. A la puerta del templo, el canónigo D. Nicolás Constantini, hermano de Sor María Crucificada, le entregó las llaves del monasterio y solemnemente, le ofreció el nombramiento pontificio de maestra de novicias.

La alegría de los rosales en flor y el nuevo esplendor de la primavera en los árboles, festejaban la decisión de estas mujeres vestidas de negro. Era el 3 de mayo, la Invencción de la Santa Cruz. Desde aquel día, las palomas del Calvario anidaron en las llagas del Señor. Mi corazón tenía en ellas, una plena confianza. Las Monjas eran, la gran retaguardia orante por la Congregación.

Agradecimiento

El Papa me informó que el día 14 de mayo, la comunidad le escribió una carta de agradecimiento y que estaba muy contento de la fundación. Yo, me sentí también muy feliz y descansado.

El 18 de mayo, se presentó al monasterio, en carroza personal, la princesa Barberini. Fue recibida con gozo como superiora y fundadora. Pero ella aclaró sin rodeos y de entrada: «Vengo como Ana Barberini, no como Superiora». Luego notificó al Papa su decisión y el Santo Padre sencilla y cortésmente le respondió: «Nos no pretendimos ahorcar a nadie. Obre según su voluntad».

El día 6 de junio, abandonó el monasterio con mucha cortesía y deferencia.

Después de un año, el 20 de mayo de 1772, las once postulantes hicieron sus votos y eligieron a Sor María Crucificada por Madre Superiora. El Papa les escribió un breve pontificio, lleno de cariño y de unción y con verdadero deseo de ayudar, colaboró con 300 escudos anuales, para el mantenimiento de las religiosas.

El Papa me alargó la vida

La vida se me había consumido en la tarea de la fundación, pero creo que aunque indignamente, realicé la misión que la santísima voluntad de Dios me inspiró; sólo me quedaba cantar el «Nunc dimitis» (Ahora, Señor, ya puedes dejar a tu siervo irse en paz). En el Calvario, florecieron las llagas del Señor.

Los últimos meses, fueron para mí una experiencia de cruz más reposada, porque mi Buen Dios, desde hacía un tiempo, me hacía sentir su presencia de amor, con gozo especial.

A primeros de diciembre, sentí que la muerte me subía por los pies, con escalofríos y desmayos. Pedí la unción de los enfermos y también el santo Viático. Los recibí con pleno conocimiento, el día 17 de diciembre. Noté que los religiosos, alrededor de mi cama, rezaban y lloraban a la vez. Yo mismo los animé apenas con un hilo de voz: "No sufran, mañana comeré".

Me repuse un poco. Tuve fuerza para dictar unas cartas y recibir algunas visitas. Tal vez, el esfuerzo me afectó y por eso mismo recaí. Supliqué al confesor me absolviera si empeoraba y recomendé a mis hermanos de comunidad: "Digan al Papa que muero como hijo de la Iglesia".

Clemente XIV se enteró y me envió recado por intermedio del hermano enfermero: "No quiero que muera ahora el P. Pablo". Cuando escuché el deseo del Papa, miré al santo Cristo y sentí que todo el cuerpo se reanimaba. Y le dije al hermano, ángel de mi dolor: "El Papa me alargó la vida".

Las Monjas oraban al Señor por mí.

17. LA MEMORIA DE SANTA MARIA VIRGEN

Ya casi al final de esta **memoria**, quiero dedicarle, con toda sencillez, un recuerdo especial a la Virgen María, Madre Dolorosa y de la Santa Esperanza. Ella estuvo siempre presente en mi vida y en cada paso de la fundación de la Congregación.

Recuerdos más antiguos

De labios de mi madre aprendí a venerar con mucho cariño a la Virgen; a rezar el santo rosario; a invocarla con la plegaria "Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios"; a dormirme bajo su mirada después de las tres Ave Marías rezadas, de rodillas, al lado de la cama. A los 13 años, me inscribí en la Cofradía de la Anunciación de Nuestra Señora y le entregué mi vida para que me la cuidara de cualquier peligro.

Y me escuchó. Su mano, ungida de ternura, nos salvó a mi hermano Juan y a mí, en un momento en que la corriente del río Genaro nos arrastraba peligrosamente.

La Virgen María comenzó a tener en mi corazón, una presencia viva y tierna gracias a mi santa madre. Así lo he proclamado siempre.

Momentos muy especiales

Hubo manifestaciones de la Virgen que sintonizaron con las realidades que iba sintiendo, en mi búsqueda de la

voluntad de Dios.

El encuentro con ella, en aquel paseo, donde la contemplé revestida del hábito negro con el escudo de la pasión en el pecho. Ese momento, confirmó profundamente, mi decisión interior de congregar compañeros, que se llamaran **Los Pobres de Jesús**.

Mucho más adelante, en desamparo humano y soledad interior, me encontré con su mirada de Madre Buena en Santa María la Mayor y de rodillas, ante su imagen, pronuncié el voto de **promover la memoria de la Pasión de Jesús** y de seguir trabajando por la Congregación.

En mi inquietud fundacional, parecía que las cumbres de las montañas, donde se levantaban ermitas dedicadas a su honor, me seducían interiormente. Así subí a la Anunciación, en Potércole; a la Virgen de la Cadena, en Gaeta y a la Virgen de la Ciudad, en Itri.

Es indudable que mis ojos se llenaron con lágrimas de gozo y mis labios rebosaron con salmos de exultación, cuando contemplé levantado el primer Retiro en Monte Argentaro, bajo el título de la Presentación de la Virgen. Aquel día la Salve Regina tuvo una entonación especial.

Más adelante, otros cinco Retiros, se bendijeron con diversas advocaciones de la Virgen.

Aquel olivo

Recuerdo que una vez, en monte Argentaro, sentado en meditación a la sombra de un olivo, de tronco viejo y rugoso, rezaba el santo Rosario. No tengo presente el día, pero sí la hora. Era en el atardecer, cuando la luz se recuesta suave sobre el bosque y los árboles se adornan con el encanto de sol poniente. Vivía yo un momento especial de gusto interior, cuando en mi corazón, sentí la presencia de la Virgen. Entre Ave María y Ave María, escuchaba como un susurro

del cielo que me acariciaba el pensamiento: "Ten ánimo. La obra está en marcha. El demonio azuza, con antorchas de fuego, las mentes enemigas... Pero yo estoy contigo". Desde aquel día, ese olivo no sólo era memoria de Getsemaní, sino también, manto de María extendido sobre la Congregación.

Recuerdo más. A la sombra de ese "manto verde del olivo", mi hermano Juan y yo, leímos, repetidas veces, el texto de las primeras Reglas de la Congregación y puntualizamos algunas correcciones sobre el horario, el silencio, las penitencias, la recitación del Oficio divino; meditamos y discernimos sobre cómo fundamentar el espíritu de silencio y de soledad, para lograr contemplación de la cruz. Ese olivo, era como Santa María de la Esperanza en mi corazón, por las bendiciones de la Virgen que me recordaba.

Por eso, respeté su presencia en la edificación del Retiro.

Fechas providenciales

Más adelante, hubo fechas providenciales que indicaron una protección especial de la Virgen, sobre la Congregación.

En 1769, en esa vigilia de gozosa austeridad que la Congregación vivía, en honor a la Asunción de Nuestra Señora, recibí de Clemente XIV el regalo más apreciado que la Virgen me pudo hacer: el anuncio de la aprobación de las Reglas. Seis años después, también en la vigilia de la Asunción, Pío VI me aseguró que todo el asunto de la nueva confirmación de las Reglas, estaba resuelto positivamente.

¿Qué más podía pedir?

Sin embargo, como anécdota curiosa, quiero resaltar que por estas fechas, 62 religiosos habían cambiado su apellido, por diversas advocaciones o títulos de la Virgen María.

Hay un rosario largo de detalles en honor a la Virgen que pudiera enumerar y que son muy indicativos, de la vivencia

de la Virgen en la Congregación, pero no los transcribo por brevedad de esta memoria.

Devoción de la Congregación a la Virgen

Sin embargo, quiero enfatizar la devoción de la Congregación a la Virgen, porque en el ocaso de mi vida, le encuentro un sentido espiritual muy fuerte y decisivo.

Recuerdo que en cierta ocasión, escribí en una carta este pequeño párrafo y por eso lo resalto entre comillas: "El Verbo divino se dignó, llevado de su infinito amor, tomar de la purísima sangre de María Santísima, la humanidad que asumió, por lo que puede decirse que la carne de Jesús, es la carne purísima de María santísima, siempre Virgen. De aquí que honrando a María, se honre también a Jesús y que yendo al Crucificado, nos encontremos con la Madre; donde está la Madre está el Hijo".

Este principio lo tuve, siempre, grabado en mi corazón con letras de fuego; por eso, yo insistía tantas veces que los formadores de los religiosos jóvenes, infundieran con esmero una verdadera devoción a la Virgen María. Y por eso también, desde el principio de la fundación, en todas las comunidades, se honró la memoria de la Virgen María con la tercera parte del rosario; y el sábado, como día especial, con las letanías cantadas. Además, los novicios rezaban el rosario por los corredores del Noviciado en pos de un estandarte de la Virgen. ¡Y cómo disfrutaba mi alma, cuando al visitar el Retiro del Noviciado, lo llevaba personalmente enarbolado con mis manos!

En la noche, después del rezo de completas y por deseo muy personal, la comunidad recitaba el *Tota pulcra es, Maria*, para que la Madre vigilara el sueño de cada religioso. Y como emblema distintivo, también desde el principio, mi hermano Juan y yo, llevábamos colgado del cinturón el Rosario

con una crucecita llamada de Jerusalén. Este modo de vestir, lo recogieron los religiosos con respeto y lo convirtieron en un detalle precioso de tradición.

En todos los Retiros, los cuadros de la Virgen adornan, hoy por hoy, las paredes de sus pasillos internos y es edificante, observar con qué reverencia al pasar por delante de ellos, se descubren la cabeza levantando el bonete o el solideo.

María estuvo inserta en la espiritualidad de la Congregación. Y gozo en afirmar que la Congregación, siempre vivió y contempló el misterio de la cruz, con una presencia muy querida de la Madre Dolorosa.

Las fiestas de la Virgen

Las fiestas de la Virgen, marcaron nuestro calendario litúrgico y devocional también desde el principio de la fundación.

En mi vida personal hubo siempre una memoria muy apreciada de la fiesta de la Presentación de María en el templo. A ella, le dediqué el primer Retiro. En Monte Argentaro se introdujo, muy pronto, la costumbre de hacer novena solemne en preparación a esta advocación de la Virgen. Y cosa curiosa de la divina providencia, en el tiempo de Clemente XIV, pudimos celebrar, en todos los Retiros, esta fiesta con solemnidad y octava.

Asimismo la memoria de la Virgen Dolorosa entró en la espiritualidad de la Congregación, con un amor verdadero y consagrado. Por eso, la Congregación celebró su fiesta propia, el Viernes antes del Domingo de Ramos. Más aún. Con el deseo de celebrar Los Dolores de María, conseguí el privilegio del Oficio de los Siete Dolores de la Virgen, para el tercer domingo de septiembre.

En el mismo mes de Septiembre, festejábamos la Natividad de María y en octubre, hacíamos memoria de su divi-

na maternidad con oficio propio. Era un gozo espiritual, celebrar a la Virgen como madre del Verbo Encarnado.

Y para concluir esta reseña de las fiestas de la Virgen en la Congregación, debo decir que la Asunción de la Virgen María ocupó igualmente un puesto muy especial en la Congregación. Uniendo el misterio de María asunta al cielo con la Pascua de Jesús, celebrábamos una cuaresma de abstinencia de fruta, con rezo diario del santo rosario. Y nueve días antes de la solemnidad, vivíamos en riguroso ayuno; teníamos exposición del Santísimo y recitábamos algunas oraciones a la Santísima Trinidad, para agradecer tan divino privilegio de Dios sobre María.

Testimonio de los religiosos

Pudiera nombrar religiosos que sobresalieron y sobresalen en la devoción a la Virgen María. Pero no quiero escribir sus nombres, por no herir la modestia de nadie. Nuestro Buen Dios los bendiga y que su testimonio siga siendo un himno de acción de gracias a la Madre de la divina Esperanza, en este amanecer de la Congregación.

Estoy convencido de que María ha sido y es, **memoria viva** entre nosotros. Con ella, aprendió la Congregación a guardar en su corazón las palabras y los gestos de su Hijo, y sobre todo, a vivir de pie junto a la Cruz, en contemplación de amor.

18. LA MUERTE MÍSTICA

Yo sé que la palabra ofrecida o escrita en consejo de orientación, debe tener la propia experiencia, como fuente secreta y segura. Miles de cartas he escrito y siempre tuve como norma, no conducir a nadie por un camino del que no tuviera conocimiento interior.

“La Muerte Mística en Cristo Jesús” la he sentido como «un holocausto del puro espíritu» y así lo entrego en esta memoria, como un brevísimo ramillete de pensamientos espontáneos, originalmente escritos para religiosas y religiosos.

Itinerario del holocausto en Cristo

La Pasión de Jesús, es la obra más grande del amor de Dios al mundo. Para cuantos deciden vivir la pasión desde el corazón de Cristo, entran en el mar insondable del amor infinito de nuestro Buen Dios.

En ese mar de fuego - que al mismo tiempo es cruz de calvario- se vive el holocausto de sí mismo, en Cristo.

Cuando el cristiano toma la decisión de convertirse a Cristo, su espíritu emprende el camino de la cruz, con un deseo sincero de obedecer y morir en puro abandono a la voluntad de Dios. Se trata de una muerte silenciosa que diariamente, se realiza en base a «mil pequeñas muertes».

El verse carne débil y pobre ante Dios, acrecienta la

confianza en el auxilio del Buen Dios y el abandono en sus brazos. Cuanto más profunda es la Nada sentida, más gratificante es el Todo, en quien la Nada se abandona.

En la vida hay que correr en fe, a ciegas y con santa indiferencia; dejándose guiar por Dios y cumpliendo su voluntad, desde el anonadamiento de todo el ser.

En este camino es necesario dejarse mover sólo por Dios, principio y fin de toda vida: estar pronto a sumergirse en el divino querer, sin anhelar nada que no sea su beneplácito. Vivir bajo el cuidado de Dios, despojado de todo y en abandono de sí.

A Dios hay que brindarle la voluntad desnuda, ofreciéndose al Padre en el cuerpo de Jesús crucificado y muerto en la cruz.

En esta experiencia, se siente que el amor salvador de Jesús libera del pecado y del infierno. La misericordia de Dios expuesta en los brazos del Hijo crucificado, transforma la miseria del yo pecador. ¡Qué grande sentirse perdonado y amado!

Morir en espíritu, compromete seguir a Jesús con un corazón desnudo, en aflicción, en desolación, en desprecio, en injuria, en padecimiento y en tristeza. Este camino, es de oblación.

Así se aprende a vivir el paso de Getsemaní con el sí de la fidelidad; el momento del Pretorio o de la condenación, como un despojo de toda honra humana y se recorre el *Vía Crucis*, en abandono y desnudez.

La Muerte Mística introduce en la experiencia de vivir en santa indiferencia. Nada es nada, frente al Todo del Sumo Bien. De ahí nacen la paz interior y el valor de rechazar, con vehemencia, todo pecado y cuanto pueda apartar de Él.

En el fondo de la propia Nada, se encuentra el amor de Aquél que es el Todo. Él es la gracia de la fidelidad y de la fuerza transformante del corazón. «Todo lo puedo, en aquél que me conforta». ¡Hermosa esperanza! Esta confianza hace poner en manos del Sumo Bien, la pobreza del corazón.

Es necesario poner a Dios, como centro y dueño del corazón. A él se le debe, la llave de la vida. ¡Qué profundo es vivir el convencimiento interior de que 'mi yo no es mío, sino de Dios y que mi vivir, es al mismo tiempo, sólo de Dios! ¡Él es el amor, el Todo de la vida!

Se trata de morir en Cristo para que Cristo viva en el corazón. "Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gal 2, 20).

Abrazado y crucificado a su Santísima voluntad en pobreza, castidad y obediencia: en pobreza radical como el Verbo encarnado y crucificado; en castidad, amando con un corazón limpio y sin mancha; en obediencia, en aras de la voluntad del Padre al estilo de Jesús. "¡Feliz muerte, la del que muere por obediencia al Señor!"

En esta inmolación oblativa, se logra, paso a paso, la plena libertad y se supera el propio gusto y cualquier mala inclinación de soberbia.

Es necesario buscar el camino del silencio y de la soledad, para facilitar esa transformación en Jesús. Eliminar toda palabra vana, para no caer en el ocio y la superficialidad. Vivir en un solo saber y entender a Jesús como camino, verdad y vida; todo con humildad y amor.

El camino de la santidad, es crecimiento interior en Dios y este crecimiento, sólo se puede dar por la cruz del Señor, símbolo del infinito amor de Dios al mundo. Con la fuerza de la cruz, se vence el orgullo del corazón; se aprende a devolver bien por mal, amor por odio, humildad por desprecio, paciencia por impaciencia; porque quien ha muerto en Cristo, vence toda resistencia negativa.

Quien quiere alcanzar la cumbre, sólo debe buscar la gloria de Dios, sin escatimar esfuerzo, convirtiéndose en el servidor de todos y con santo temor de Dios, para no desviarse nunca de su voluntad. Vivir el deseo de morir en la cruz, es resucitar con Jesús.

Este camino, vivido con decisión de fe, explica de alguna manera el holocausto interior, la muerte en Jesús. Pero sabiendo que la muerte no es el final de la vida, sino el principio de la glorificación. Los que mueren con él, con él resucitan ya, ahora, para la vida eterna.

19. ESTANDO YA MI CASA SOSEGADA

Cuando el sol llega al ocaso, tiene la luz tenue. Su claridad abraza la tierra con cariño de despedida. Así me voy sintiendo ahora... inclinado hacia el ocaso, lleno de la paz de mi Buen Dios.

Cerca del fin

Estaba yo en cama, cuando me vinieron a visitar los superiores de la Congregación. En conversación de amistad, les insinué algunos consejos finales con mucho aprecio y rectitud.

Le recordé, de nuevo, al P. Juan María Cioni que así como había predicado en otoño de 1771, los ejercicios espirituales a la provincia de La Dolorosa, ahora, a primeros de 1772, los predicara a la provincia de La Presentación y ayudara a celebrar los capítulos provinciales con santo fervor del Señor.

Ahí mismo delegué, para que presidieran los capítulos, al P. Marco Aurelio Pastorelli para la provincia de La Dolorosa y al P. Juan María Cioni, para la provincia de La Presentación

Cada día, me veía más cerca del fin.

Retiro de los Santos Juan y Pablo

Mi corazón sentía un palpito de esperanza. Presentía que la Congregación tendría pronto, en Roma, un Retiro más espacioso que El Santo Crucifijo, pues este resultaba insuficiente.

ciente para las exigencias de la Congregación.

Clemente XIV conocía, perfectamente, mis deseos y nuestra realidad.

El 27 de marzo de 1772, pedí oraciones para que la divina providencia no tardase en proveernos de la nueva casa, pues la necesidad apremiaba más y más cada día. En aquel momento y por rumores de pasillo, sospeché que el Papa nos asignaría San Andrés del Quirinal, que los PP. Jesuitas habían tenido que abandonar. Sin embargo, doy infinitas gracias a mi Sumo Bien, por la información del cardenal Zelada, miembro de la comisión para sustanciar los bienes de los PP. Jesuitas. Él, personalmente, me adelantó que, dado el espíritu de nuestra Congregación, nos vendría mejor la casa y basílica de los Santos Juan y Pablo, levantada en plena campiña.

Me notificaron a los pocos días que los PP. Lazaristas, dejarían la casa de San Juan y Pablo y pasarían a S. Andrés del Quirinal y nosotros recibiríamos esa donación. Por mi parte, anuncié y ratifiqué al Sr. cardenal y al Papa, la presencia de 30 religiosos: 14 sacerdotes, 9 estudiantes y 7 hermanos. La comunidad más numerosa de la Congregación. Animé al Papa a realizar la obra y le dije que "allí se haría memoria continua de la Santísima Pasión de nuestro divino Redentor".

El 7 de diciembre de 1773, cuando los PP. Lazaristas se retiraron, mandé un pequeño grupo de Pasionistas a tomar posesión del complejo. Ellos adecentaron la casa a nuestro estilo y prepararon la entrada. El 9 del mismo mes, llegamos los demás miembros de la comunidad, para tomar posesión oficial del Retiro y de la basílica de los Santos Juan y Pablo. Éramos, de momento, 17 religiosos: 12 sacerdotes y 5 hermanos. Entramos en la basílica, expuse el Santísimo y apenas si pude entonar el Te Deum de la emoción que sentía. Oramos, luego, ante la tumba de los mártires Juan y

Pablo y subimos al convento. Una hora más tarde, después de saludar a los amigos más íntimos, venidos para compartir con nosotros ese momento, salmodiamos vísperas. Cenamos en silencio y tras el Salve Regina final de las completas, nos retiramos en silencio a descansar.

En la noche, con mis ojos medio apagados, contemplé la ciudad eterna, insinuada por el humo de chimeneas de las casas y por el temblor de pequeñas luces de antorcha. En oración de llanto y de agradecimiento, me fui perdiendo en el infinito amor de mi Señor crucificado. Sentí mi corazón sereno..., en alta mar..., rumbo a la casa del Padre Dios.

El 10 de diciembre, tracé las normas para que "la comunidad fuera el buen olor de Cristo en Roma" y el mismo día, escribí a todos los Retiros una circular para que dieran gracias a Dios por el regalo recibido.

La comunidad, plenamente constituida, constaba de 34 religiosos. Nombré Superior al P. José Jacinto Rubén y al frente del estudiantado, puse al P. Vicente María Strambi.

Si el Retiro, como edificio, era un precioso obsequio del Niño Dios en la Navidad de 1773, más precioso era, todavía, el regalo de aquella comunidad tan numerosa y llena de fervor. ¡Qué lejos quedaba, Dios mío, la Navidad de Castellazzo, cuando en mi mente sólo sentía arder la inspiración inicial de fundación! ¡Entre nieve y nieve, cuántos sufrimientos y bendiciones de nuestro Buen Dios!

Adiós, P. Marco Aurelio

Escogí para mí, la habitación más sencilla. A mis años necesitaba muy poco espacio. Pasaba el tiempo en la lectura espiritual, en la oración, en mantener al día la correspondencia y en compartir con los religiosos.

En días tempranos del año 1774, el P. Marco Aurelio se debilitó de manera rápida y sorprendente. Las cuencas de

sus ojos, se le pronunciaron con un morado intenso de insomnio y la nariz se le adelgazó, mucho más de su normal ya perfilado.

De cuando en cuando, yo me hacía llevar por el hermano Bartolomé, mi ángel enfermero, hasta su celda y allí, recordábamos, como buenos amigos viejos, muchas cosas de antaño. Rezábamos el rosario a la Virgen; nos animábamos mutuamente y compartíamos la cruz del momento.

Un día, noté que su vida llegaba al fin. Asistido por toda la comunidad, el P. Rector le administró el sacramento de la unción de los enfermos. Recuerdo que, en un momento de silencio, le dije al oído con voz baja: «Pronto nos veremos».

Descansó santamente en el Señor, el 16 de marzo de 1774. Fue la primicia de los que durmieron en San Juan y Pablo.

Muere Clemente XIV

El 8 de mayo, me acerqué al Papa. Nunca encontré tanta atención. Yo parecía el padre y él, el hijo. Todo eran detalles para mí. En nuestra conversación muy espontánea, le agradecí su benevolencia, le expuse de nuevo la situación y el crecimiento de la Congregación.

El 27 de junio, fiesta de los santos Juan y Pablo, subió el Papa a visitar la basílica. Luego, tuvo la gentileza de recibir el saludo de todos los religiosos, eclesiásticos y seculares que estaban en el templo. No permitió que yo bajara a verlo ayudado por el enfermero. Él mismo subió a mi cuarto y allí recibí su visita. Solos los dos, compartimos en breves momentos, cosas muy profundas. ¡Dios mío, cuánto favor con este tu pobre siervo pecador!

Nos despedimos. Por mi parte, el abrazo de adiós era hasta el cielo. El andaba lleno de salud.

Mi sorpresa fue grande, cuando el 21 de septiembre, recibí la noticia de su muerte. Lo sentí, como si fuera la

muerte de mi padre. Celebramos la misa de Requiem con asistencia de toda la comunidad y mandé hacer sufragios a toda la Congregación.

Tenemos Papa: Pío VI

Después de 4 meses de cónclave, el 15 de febrero de 1775, fue elegido Papa el cardenal Juan Angel Braschi, con el nombre de Pío VI. Para mí, era un hombre desconocido, pero él conocía bien la Congregación y, por lo visto, a mí también.

El caso es que a 20 días escasos de su consagración, el 5 de marzo, visitó San Juan y Pablo, donde celebrábamos las Cuarenta Horas. Todos nos quedamos sorprendidos.

Después de la adoración, recibió en la sacristía el saludo de los religiosos y luego quiso, personalmente, subir a mi habitación. No me pude incorporar por el dolor de mis huesos. El me sonrió y me consoló. Se sentó un rato a mi lado y hablamos solos los dos. Conocía perfectamente la ubicación de nuestros Retiros, nuestro trabajo y nuestra espiritualidad. Al despedirnos, se inclinó, me besó en la frente y salió. Y dije: «Después de la muerte de Clemente XIV, yo me encontraba huérfano y he aquí que Dios me ha provisto de un nuevo padre”.

En muy pocos meses, dos Papas nos habían visitado. Me dormí y en sueños, recordé mi primer viaje a Roma, donde me tomaron por loco y me despacharon de malas maneras. ¡Qué cosas tiene la vida, Señor!

Capítulo General en San Juan y Pablo

Tras previa convocatoria, nos reunimos los padres capitulares en San Juan y Pablo. Aunque sólo tenían voz activa

el general, los provinciales, los consultores generales y provinciales y el procurador, sin embargo, quise que estuvieran presentes todos los Rectores de los Retiros de la Congregación. Presentia ser la última reunión y quería aprovechar la oportunidad para abrazarlos, darles mis recomendaciones personales y despedirme de cada uno. Los años y la enfermedad me tenían acabado.

La sala capitular rebosaba de alegría sincera e íntima. El Veni Creador resonó con fuerza unánime y ungida. Pedí perdón de mis deficiencias en el Gobierno y expresé mis deseos de morir en la Congregación. Anuncié el momento de la votación y procedimos a la elección de un nuevo Preósito General. Pero cuál fue mi sorpresa, ¡Dios mío!, al escuchar de los capitulares la autorización del Papa para poder ser elegido otra vez. Me sentí anonadado. Protesté, sobre todo cuando a la primera votación, me confirmaron por unanimidad.

- "Hermanos, lamento su desgracia", les dije.

Era el 15 de mayo de 1775. Fuimos a la basílica, cantamos el Te Deum. Luego, reunidos otra vez en el aula, elegimos a los consultores: PP. Juan Bautista Gorresio y Cándido Costa. Posteriormente, elegimos al procurador y resultó elegido el P. José Jacinto Ruberi. Yo, personalmente, escogí como secretario general al P. Domingo Ferreri.

En la tarde del 15 y durante todo el día 16, se celebraron los dos capítulos provinciales. Del 17 al 20, nos dedicamos a revisar las Reglas, capítulo por capítulo. Aclaramos conceptos un tanto ambiguos y reafirmamos los puntos fundamentales. Por séptima vez en mi vida, habíamos realizado discernimiento y corrección de las Reglas. ¡Gloria al Señor! Finalmente, escribimos decretos para el bien de la Congregación.

Di gracias a Dios, a la Virgen de la Presentación proclamada en ese capítulo "la primera y principal patrona de la

Congregación" y a los capitulares por la experiencia que habíamos vivido; los exhorté a vivir en el amor de Dios y al prójimo. Y enfatiqué por última vez, que lo más importante, era el amor. Así me despedí de todos y de cada uno con el abrazo de la paz.

Mayo adornaba la colina con la gracia de la primavera.

Aprobación solemne de la Reglas y de la Congregación

Un día, acordada ya la cita, bajé hasta el Quirinal a presentar al Papa las Reglas con sus correcciones. Le supliqué con toda confianza que nombrara a los cardenales De Zelada y Delle Lanze para la revisión.

El Papa acogió mi solicitud el 3 de julio. El 21 de agosto, estaba firmada la revisión y el 15 de septiembre, el Papa reconoció con su sello y con la bula "Praeclara virtutum exempla", la aprobación solemne de las Reglas y de la Congregación con todos los privilegios concedidos anteriormente. Desde la bendición de Benedicto XIII en 1725, a esta última aprobación de 1775, habían pasado 50 años. La Congregación pasionista tenía 12 Retiros y 176 religiosos.

El regalo precioso de Rosa Calabresi

Era el Año Santo de 1775.

Mi Sumo Bien me concedió como bendición muy especial, el conocer a Rosa Calabresi. En mi enclaustramiento personal recibía muchas visitas, pero ninguna me dio tanta alegría espiritual como la de Rosa. Desde hacía años, esta mujer de Dios mantuvo correspondencia espiritual conmigo. Si mal no recuerdo, fueron cerca de 600 cartas las que le escribí. Su vida era de Dios y su progreso en el camino de la mística, muy elevado. Pero nunca habíamos tenido la oportunidad de vernos. Sus visitas, casi diarias, durante un par

de meses, fueron de verdad un precioso regalo a mi ancianidad. Dialogando con ella viví experiencias de Dios muy grandes. Yo parecía el abuelo de 81 años y ella, la nieta espiritual de mi corazón.

Después de despedirnos hasta el cielo, tuve todavía el impulso de escribirle una carta. Pero, ¡Dios sea bendito!, al terminar de escribirle, senti las manos débiles y los ojos nublados. De mis labios salieron estas palabras que poco a poco, mis dedos temblorosos transcribieron:

«La pasión de nuestro Señor Jesucristo, esté siempre grabada en nuestros corazones».

Era una noche de primeros días de junio. Lleno de paz, incliné la cabeza como para dormir, mientras dejaba la pluma descansar en el tintero....

20. EL SUEÑO DE UN ANCIANO

Desperté al día siguiente y decidí darme vacaciones durante todo el día. Los años se habían apoderado de mis huesos y la fiebre me tenía medio delirante.

Sin embargo, al filo de las 9 de la noche me despejé y pude sintetizar varios sueños que durante el día había tenido entre delirios. Los dedos de mi mano casi no tenían fuerza para mover la pluma y el aceite del candil andaba escaso, por eso, apretados los anteojos en la punta de la nariz, lentamente me puse a escribir.

Retiros en soledad de montañas

Con mirada interior llena de gozo, contemplé infinidad de Retiros levantados en soledades de campo y en laderas de montañas. Los bosques y los valles conservaban celosamente su quietud, para que los Retiros fueran espacios de silencio, de oración, de estudio y de consagración a la tarea de la propia santificación de los religiosos. Mi mente, ya debilitada, abarcaba el globo de la tierra. Y cosa insólita, entre tantas naciones, una isla coronada de intensa luz se enfatizaba poderosamente en mi visión: Inglaterra. La luminosidad de ese nombre arrancaba lágrimas de mis ojos...

En ese momento, me sentí tan gratificado en la cruz del Señor que mis labios no cesaron de decir: "Laus et honor tibi sit". ¡Alabanza y honor a ti, mi Señor!

Legión de santos anónimos

Asimismo, en el sudor de la fiebre que me convulsionaba, fui viendo multitud ingente de religiosos sencillos, trabajadores, silenciosos, dedicados a la tarea de crecer en soledad, en estudio y en oración. Hombres deseosos de seguir en la cruz con Cristo. Pobres, obedientes y servidores desde lo cotidiano. Religiosos crucificados al mundo, para poder ofrecerle la sabiduría del calvario. Santos anónimos que embellecían el cielo de la Iglesia con su testimonio de vida humilde, fraterna, levantada en ofertorio al Sumo Bien, para completar en sus cuerpos lo que falta a la Pasión de Jesús. Hombres con el escudo de la Pasión en el pecho, moradores del calvario, viviendo sumergidos en el mar insondable de la pasión de Cristo.

Y entre los abrazados a la cruz, sobresalían por el sudor de su entrega abnegada, los Hermanos Coadjutores. Ellos recitaban el rosario de su consagración con el quehacer de sus manos, calladamente sacrificado; su esfuerzo diario regalaba a las comunidades el fruto de un huerto cultivado, de una mesa modesta y bien servida, de una ropa limpia y cuidadosamente guardada.

Eran miles y miles. Una procesión ingente.

Disfrutaba yo contemplando esa multitud innumerable de pasionistas que irradiaban, ya en la tierra, la gloria del Señor resucitado, cuando de repente, me subió a la mente la visión del anciano del Apocalipsis y pregunté al Señor:

- "¿Quiénes son estos que están vestidos de blanco y de dónde han venido?"

Y el Señor crucificado, me respondió como en palabra de victoria:

"Tú lo sabes. Estos son los hijos de la *Congregación de la Santísima Cruz y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, que viven la gran tribulación y lavan y blanquean sus ropas

en la sangre del Cordero" (Ap 7, 13-14).

Débilmente, miré el crucifijo y sonreí, mientras sentía que las lágrimas bajaban por los surcos de mi cara.

Lenguas de fuego hacia el valle

Luego, tuve otra visión muy gratificante. Miré un ejército de religiosos que bajaban al valle, a las marismas, a los pueblos y a las ciudades con la cruz sobre el pecho para el anuncio de la Buena Noticia de Dios. Apóstoles multiplicados como trompetas de fuego de Pentecostés, entregados a la Palabra de la Cruz en misiones populares, ejercicios, retiros, conferencias y cursos de catequesis. Misioneros incansables, proclamadores del evangelio al estilo de Jesús y testigos del perdón de Dios en los labios. Misioneros que luego, de regreso, subían gozosos a la soledad del Retiro para seguir orando, estudiando y llenándose de Dios.

Esta visión, me colmó el espíritu de gozo porque respondía a una de las manifestaciones primeras que me regaló mi Buen Dios: Formar un grupo de **Pobres de Jesús** que entregaran su vida al anuncio de la palabra de la cruz.

Testigos de la Cruz de Cristo

La visión se prolongó más aún.

Era cerca de la media noche, cuando sentí un momento de exultación interior muy especial, al ver con diafanidad, a varios religiosos de la Congregación que sellaban su consagración a Cristo crucificado con la sangre del martirio. Pasionistas perseguidos, encarcelados, torturados, fusilados, sacrificados. ¡Un pequeño escuadrón privilegiado de hijos de la Pasión subidos a la cruz con Cristo y que morían con palabras de perdón en la sonrisa de los labios! ¡Qué regalo tan grande de Dios a la Congregación!

Realmente, mi alma se volvió salmo de alabanza y bendición, al contemplar tantas palmas de martirio, teñidas con la sangre del Cordero y ceñidas a la cruz del Salvador.

Multiplicación de ramas de un mismo árbol

Finalmente, mi Buen Dios me reveló algo muy especial. En torno a la cruz del Calvario, contemplé grupos de casitas, apiñadas en diversidad de familias. Cada una, tenía su nombre propio y como cosa curiosa, todas tenían las puertas abiertas hacia la cumbre, donde brillaba, señera, la cruz y de donde bajaba un rayo de luz gloriosa que bañaba los rostros de sus moradores.

Intuí con gozo que Dios multiplicaba la espiritualidad de la cruz, en diversidad de carismas y de proyecciones. Y dije: ¡Laus Deo! (1)

Y dejé de soñar

Cuando más sereno y contento estaba, sentí que mi mente se perdía como en una nebulosa y mis ojos, parecía que comenzaban a contemplar una luz especial, venida de lo alto. Fui perdiendo el conocimiento de las cosas, aunque mis labios seguían balbuciendo, inconscientemente, frases. Me veía besando el santo crucifijo mientras repetía:

“Padre en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Y dejé de soñar...

Era un atardecer del mes de septiembre de 1775.

Nota final

Queridos hermanos:

Disculpen los errores. Son fruto de mi pobre memoria.

Rueguen a Dios para que perdone mis pecados y así nos

veamos un día todos juntos en el cielo... La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre grabada en nuestros corazones. Amén.

(1)

Pablo de la Cruz fundó la Congregación Pasionista masculina y un Monasterio de Clausura de Monjas Pasionistas. De esta semilla primera, nace el tronco de la Familia Pasionista, religiosa y laical.

Familia religiosa

Hermanas Pasionistas de San Pablo de la Cruz (de Signa).

Inicia la fundación, en 1812, la marquesa Magdalena Frescobaldi, de Florencia, con el nombre de «Esclavas Pasionistas». Desaparecen en 1866, pero son restauradas en el pueblo de Signa (Italia) con el nombre de Hermanas Pasionistas de San Pablo. Tienen más de 75 casas por todo el mundo.

Hermanas de la Santísima Cruz y Pasión de Jesucristo

Fueron fundadas en Inglaterra, en 1850, por el padre Gaudencio Rossi, C.P. y la joven Mary Prout. Tienen casas en Inglaterra, Escocia, Irlanda, Sudio, Botswana, Perú y Chile.

Hijas de la Pasión de Jesucristo y de los Dolores de María

Fueron fundadas en México, en 1896, por el P. Diego Alberici, C.P., y la madre Dolores Medina Martínez Zepeda (1860-1925). Sus religiosas trabajan en México,

España, Italia, El Salvador, Guatemala, Estados Unidos, Puerto Rico, Santo Domingo y Venezuela.

Hermanas Pasionistas Misioneras

Instituto nacido en Tilermont (Bélgica), en 1927, por el P. Valentín Elschocht, C.P. y la madre Marta María de Jesús Crucificado (1810-1976). Recientemente se han fusionado con las HH. Pasionistas de Signa.

Otras instituciones, como las Hermanas Misioneras de Santa Gema» (1939) o Hermanas de la Pasión (1948), demuestran la vitalidad del árbol pasionista.

Expansión Pasionista laical

Solamente nombro tres aspectos de una misma dimensión: la dimensión de la espiritualidad de la Cruz: «La Cofradía de la Pasión», «Movimiento juvenil Pasionista» y hoy, con auge creciente, y abarcando todos los campos «La Familia Pasionista».

21. EPILOGO

Ahora escribo yo, Antonio Gracia. Mi mano, ya no es su mano. Por eso, cuando Pablo termina de soñar, introduzco la pluma en el tintero y reposo por unos momentos. Tengo la mente agotada. Me ha resultado difícil mantener el hilo de su historia, intentando vivirla desde su corazón. Contiene tal cúmulo de noticias y vivencias y está tan ceñida de circunstancias impresionantes, que la memoria queda sobrecogida y pobre.

Con todo, después de un descanso prudente, despierto con las fuerzas reparadas y decido detallar algunas notas finales.

1. LA MUERTE DE PABLO DE LA CRUZ

Todo está cumplido

Estamos en el año 1775.

Pablo ha cerrado el diario de su vida. Su cuerpo siente el escalofrío de la muerte. Recostado, de lado, sobre la cama, se cubre todo el cuerpo con una manta de lana cruda y de color pardo. Sus ojos están con ojeras. La nariz se le perfila con un amarillo medio morado y apenas si sus oídos perciben voz alguna.

El calor de junio es terriblemente pegajoso. Pablo siente el pecho oprimido y respira con dificultad. Se le multiplican los vómitos y ya ha perdido el apetito.

El 29 de agosto, el médico comunica seriamente a los

religiosos la gravedad del Padre. El 30 de agosto, en horas de la mañana, la comunidad se acerca en procesión a la habitación del enfermo para administrarle la Santa Unción. Pablo, al ver la comunidad reunida, dice unas cuantas frases entrecortadas:

- "Quiero morir en comunión con la iglesia... Perdonen mis errores... Ámense, de verdad, unos a otros... Mantengan el espíritu de oración, de soledad y de pobreza... Amen a la Virgen y oren cada día por el Papa..."

Como en un gran sacramento final, Pablo recibe el perdón de los pecados, la santa Unión, el Viático y la bendición papal. Luego, cierra los ojos y queda en oración. Los religiosos se recogen en silencio, mientras el hermano enfermero se sienta, despacio, al borde de su cama y lo contempla. El hermano Bartolomé ha sido y es el ángel de Pablo.

La habitación huele a sencilla y pobre. Apenas un hábito de recambio, un par de sandalias y sobre la mesa de madera rústica, el crucifijo, el candil, el tintero, el despertador, la sagrada Escritura, el breviario y algunos libros de lectura espiritual; al lado derecho de la mesa, colgados de un clavo pequeño, las disciplinas y el cilicio... Prácticamente nada para una vida tan larga.

La agonía, en un vaivén de subida y de bajada, se prolonga días sin término. El 29 de septiembre, llama al primer consultor general, (el segundo está predicando), al procurador y al rector de la casa. Recibe de nuevo el viático y les recomienda con un eco de voz muy tenue:

- Muero contento, porque dejo la Congregación en sus manos. De nuevo les encarezco: Ámenla y cuiden la observancia.

Acuérdese en el cielo de la Congregación

El corazón de Pablo sólo palpita para Dios. Su agonía

ya no es combate, sino entrega de la vida al Dios de la Vida. Su corazón se dilata en pulsaciones vehementes. En éxtasis, siente que Dios lo arrebató y lo lleva consigo.

Así comienza y transcurre el mes de octubre.

A oídos de Mons. Struzziери llega el rumor de la agonía del Padre y corre a su lado. Es el 18 del mes en curso. Pablo está en la crisis final. Cuando sus ojos debilitados ven entrar a Monseñor a la habitación, intenta incorporarse y le dice con voz extenuada:

-Cuánto me alegro de verlo por última vez.

Le da la mano y Monseñor la siente con temblor de muerte. Mons. Struzziери lo mira con el cuerpo levemente inclinado hacia él. En su rostro le arde un raudal de lágrimas y sus labios, apenas si pueden balbucir estas palabras:

- Padre Pablo, acuérdesse en el cielo de la Congregación y de sus hijos.

-Sí..., sí..., responde Pablo, más con el gesto de la cabeza que con la voz.

Y entra en un silencio fatigoso.

La comunidad reunida en su habitación y en el pasillo, lo encomienda al Señor con la oración de los agonizantes... De repente, Pablo abre los ojos desmedidamente buscando otra luz; luego, dobla la cabeza y una leve contracción de labios indica su muerte.

Hora de la tarde del 18 de Octubre de 1775.

Sobre su cuerpo, en reposo total, cae el agua bendita como signo del nuevo nacimiento en el Señor. Los religiosos entonan la Salve Regina. Y un murmullo, apenas pronunciado con tristeza y dolor, se propaga seria y calladamente:

- Murió el Padre... Murió... Se murió...

El espacio del Retiro ha quedado envuelto en el misterio de la muerte de un santo: Pablo de la Cruz.

2. DIÁLOGO EN VOZ BAJA

En un momento determinado, dejo de mirar el cuerpo de Pablo de la Cruz, me acerco a un religioso joven que pasa junto a mí y le digo:

- ¿Me puede atender?

Él, con la cabeza levemente inclinada, me responde:

- ¿En qué le puedo servir?

- Estoy escribiendo **La Memoria del Padre Pablo** y quisiera hacerle sólo dos preguntas, aunque reconozco que no es el momento más oportuno

- Dígame.

Bajamos al recibidor de visitantes y nos sentamos los dos. Abro el tintero y le detallo la primera pregunta:

¿Cómo fue el perfil humano de Pablo de la Cruz?

El religioso se acomoda en la silla y comienza a decir reposadamente:

-Es difícil definir el perfil humano de un hombre santo, porque siempre ronda el peligro de mitificar aún su imagen física. Da la impresión de que, si a los santos no los engrandecemos, no vale la pena memorizar su imagen. Pero al mirarlo de cerca, en su reposo final, bien puedo recordar algunos detalles de su perfil humano.

Pablo fue un hombre de **rostro bien configurado**. Ojos de almendra, de mirada serena, mantenida en paz; ojos a veces encendidos y desafiantes en momentos de exaltación apostólica; ojos entornados con frecuencia hacia adentro y proyectados, silenciosamente, hacia el yo profundo de su interior. Ojos siempre vivos y con la chispa encendida del amor.

Su frente, surcada horizontalmente de arrugas, revelaba un extracto de fatigas, de caminos largos y extenuantes, de

noches en vela y de ayunos severos. Frente pirografiada en deseos de santidad y de servicio a la Congregación. Su cabello abundante y peinado hacia atrás, recortaba su cabeza como la de un estratega o cruzado de avanzada. Su rostro fue austeramente señorial y marcadamente humano.

Pablo de la Cruz fue **hombre de contextura fuerte**. Creció en la penuria y maduró en el ayuno y en la penitencia. Sobrevivió, en su infancia, al dolor de ver nacer y morir a sus propios hermanos en edad primera. En tierra de sufrimientos se afianzó como castaño recio y sacudido y logró una contextura vigorosa entre inviernos y veranos de trabajos intensos.

Alcanzó la estatura de un metro ochenta. Hombros anchos, brazos robustos y manos llenas de vigor, lo mismo para el trabajo que para la pluma y el arte de la declamación. Era hombre de andar macizo y de gesto aplomado.

Su presencia, especialmente en la plataforma de la predicación, tenía el señorío de un hombre lleno de virilidad y consistencia. La herencia de papá y mamá dio robustez a su cuerpo, que alcanzó los 81 años bien colmados.

Indudablemente, la realidad extremadamente dura de su vida sometió a **crisol su salud**; pero no dudo en afirmar que tuvo que ser hombre de salud fuerte para vivir pobre como vivió; caminar descalzo, sin sandalias durante muchos años; dormir sobre tablas o sobre colchones de paja tendidos en tierra; ayunar tiempos prolongados y alcanzar longevidad en plenitud de conocimiento.

Sin embargo, estas afirmaciones no me impiden constatar que a los 26 años enfermó de gravedad a causa de las penitencias excesivas. Después, en 1727, lo encontramos afectado de malaria conseguida en Castellazzo, con ocasión de la muerte de su padre. Más tarde en 1741, le sor-

prendió la ciática a consecuencia de viajes realizados bajo el sol y la lluvia, o sobre nieves y hielos; ese dolor, lo cosió más de una vez a la cama. Luego, en 1744, se le presentó la palpitación violenta del corazón. Y a medida que avanzaron los años, sufrió de inflamación de ojos, sordera, vértigos, pesadez de cabeza, inapetencia y gota. Desde 1767, se agravó progresivamente hasta hoy que lo acabamos de ver morir.

A pesar de todos estos achaques, como dije antes, puedo afirmar que su salud fue robusta y fuerte. De lo contrario, difícilmente hubiera podido realizar toda la serie de actividades que cumplió.

Pablo disfrutaba de **inteligencia práctica** muy considerable. Puedo decir muy bien que “creció en edad, en sabiduría y en gracia, delante de Dios y de los hombres” (Lc 2,52). A pesar de sus estudios muy deficientes y truncados en su primera escolaridad, logró una formación realmente notable en su preparación para el sacerdocio.

Dotado de singular vivacidad y perspicacia de mente, gozaba de feliz memoria y de sagaz inteligencia para las realidades prácticas. Por su empeño, estudio y meditación alcanzó buena cultura general. Cultivó su inteligencia, con la asidua lectura de las sagradas Escrituras, de los Padres de la Iglesia, de San Francisco de Sales, de Santa Teresa y de San Juan y de Saurio Taulero.

De estas dotes intelectuales, dan noticia su Diario Espiritual, sus cartas y el gobierno de la Congregación.

Pablo era un hombre **sensible, espontáneo y emotivo**. Por la fuerza humana de esta tendencia, en ocasiones, se le enardecían la voz y la mirada y con el bastón, golpeaba en tierra o sobre el tablado de la predicación; especialmente, cuando el celo de Dios lo impulsaba a manifestarse en

Y a pesar de sus altibajos emocionales, sus hermanos de Congregación lo vieron, siempre, capaz de presidirla como Superior General hasta la hora de la muerte.

Hasta hoy..., día de su muerte.

....

Cuando el religioso cierra la palabra y entra en el silencio, le insinúo la segunda pregunta:

¿Cómo era su perfil espiritual?

Intentaré sintetizar lo que algún día pudiera ser para mí, motivo de su biografía, acreditada con multitud de testimonios.

Pablo fue **un hombre seducido por Dios**. Como si el Señor lo hubiera consagrado desde el vientre de su madre. Desde ahí lo llamó, lo ungió y lo selló. Fue un elegido de verdad para ser santo en su presencia. En él se cumplió la revelación de Jeremías: "Antes de darte la vida, ya te había yo escogido; antes de que nacieras, ya te había yo apartado; te había destinado a ser profeta de las naciones" (Jr 1, 5).

Por otra parte, su madre fue el soplo del Espíritu que le infundió, con lengua de fuego, la pasión por Dios.

En el santo temor de Dios vivió la primavera de su vida; por eso, cuando sus labios recordaban el día de su conversión, ¿a qué clase de conversión se podía referir, si su mente no tenía memoria de haber ofendido nunca, en serio, a Dios?

En el mar de la bondad infinita de Dios, se zambullía con toda su alma en un enamoramiento realmente asombroso. Dios era la atmósfera de su pensamiento. Presencia de fuego en su corazón.

Este afán de encontrarse y de vivir a Dios, lo impulsaba a buscar soledad, estudio, oración, lectura de la Santa Escri-

tura. Y sabemos bien que ninguna de esas palabras, claves en la vida de Pablo, tenía sentido definitivo en sí misma. Todas eran palabras señalizadoras de otra intención: el encuentro personal con Dios, el deseo de su conocimiento interior.

Las mil singladuras de la fundación; los viajes interminables y sacrificados; las horas fuertes de persecución y de calumnia, le sirvieron para una mayor contemplación de su nada y para confiar en la infinita misericordia de Dios. El sentirse seducido por Dios creó en él una fuerza de adhesión totalizante en su vida.

Pablo de la Cruz fue **un hombre crucificado en Cristo.**

Un hombre inmerso voluntaria y conscientemente en el misterio pascual de su Señor. En su muerte con Cristo muerto, vivió la experiencia de su nada; así como en su inmersión con Cristo resucitado, experimentó su resurrección en la humanidad glorificada de Jesús.

Pablo vivió en su cuerpo la Pasión de Cristo. En ella se sumergía, día tras día, en contemplación y gustaba, con amor y dolor, lo insondable del amor y del dolor de Dios. Ahí descubrió la obra más grande del Sumo Bien, el mar sin límites de su misericordia infinita, el tesoro de toda gracia divina.

El crucifijo fue el centro de su mirada interior, su obsesión carismática. Su pretensión contemplativa, era vivir los dolores de Cristo en su carne y morir con él, en su agonía y en su abandono. En la cruz, descubría el amor infinito del Padre. Como si Pablo leyera, en la frente inclinada de Cristo muerto, este letrero: "Quien me ve, ve al Padre" (Jn 12,45). "Me amó y se entregó a la muerte por mí" (Gal 2,22).

En el Cristo de la cruz, Pablo experimentó una verdadera muerte mística. Su yo personal, quedó absorbido en el corazón del crucificado. Las llagas de Jesús no sólo fueron

lugar de habitación, sino ventanas para ver el mundo y descubrirlo desde el dolor de su agonía. Ahí nació el fuego de su entrega misionera.

¿Quién podrá, alguna vez, dimensionar lo insondable del corazón de Pablo en esa unión íntima con el crucificado? Era realmente otro Pablo de Tarso.

Pablo fue la **Nada**, **inmersa en el Todo**. Impresionante la experiencia de Pablo con relación a su Nada. Nada, realmente Nada ante sus ojos, que el mismo tiempo, estaban llenos de luz divina para verse en la misericordia del Todo. ¿Cómo entender nosotros su visión de sí mismo? ¿Cuando Pablo palpaba su pobreza, tocaba sólo su Nada, o miraba más bien en su Nada el corazón infinita de Dios?

Verse pecado sin tener conciencia de cometer pecado; verse Nada, sabiéndose amado del Sumo Bien; contemplarse pura miseria sumergida en la misericordia sin límites de Dios..., todo esto, en Pablo, era una experiencia de gracia purificante y transformante. Era un don de Dios. El vaciamiento de Dios en la carne débil de Jesús, le hacía comprender su propio vaciamiento en la humanidad del Verbo encarnado.

En el Todo del Sumo Bien, Pablo sumergía su pura Nada y quedaba renacido en la gracia de la humanidad de Jesús. Como si cada una de las letras de la **Nada de su yo**, se fuera transformando en las letras del **Todo de Dios** y en esa transformación, él fuera pasando de la muerte a la vida, en bendiciones de paz y consolación.

No es fácil de explicar, ni de decirlo sin repetirse. Pero su Diario, el texto de la Muerte Mística y muchas frases de sus cartas... ayudan a visualizar, un poco, la experiencia radical que Pablo vivió de sí y de su abandono en la providencia del Todo.

Finalmente, si puedo decir finalmente, Pablo fue un hom-

bre consumido por el celo de la salvación de las almas. Su corazón, sumergido en el corazón de Cristo, sintió desde muy joven, el celo devorador de la gloria del Padre. Miró a su pueblo como rebaño sin pastor, descarriado, ignorante, abandonado, mal conducido. Su soledad, estaba acuciada por el clamor de Cristo en la cruz: "¡Sítio! Tengo sed" (Jn 19,28).

Es increíble cómo Pablo vivió, desde la soledad, el desafío de la misión. Predicó, escribió, caminó incesantemente hacia donde sentía la urgencia de la proclamación de la Palabra: catequesis de niños y adultos, misiones populares, ejercicios espirituales a religiosas y al clero, retiros para laicos, dirección espiritual por escrito...

Y si logró fundar la Congregación de **Los Pobres de Jesús** que más tarde, vino a ser la **Congregación de la Santísima Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo** fue, precisamente, por ese mismo celo de la salvación de la gente. Él soñaba una congregación contempladora de la cruz y proclamadora de su salvación; una Congregación de consagrados que salieran de la soledad, a volcar su corazón en el pueblo y que luego, regresaran al silencio, al pie de la cruz, para seguirlo llenando de Dios.

Así era...

....

De repente, el joven religioso baja los ojos y se recoge en el silencio. Yo no quiero interrumpirle más. Sólo le pregunto admirado por su sabiduría y precisión:

- ¿Su nombre, por favor?
- Vicente María Strambi, me responde cortésmente.
- ¿Su ministerio actual?
- Director de Estudiantes.
- Gracias por su atención. Y me despido mientras él, silenciosamente, se incorpora a la comunidad.

3. HACIA LA GLORIA DE LOS SANTOS

Ha muerto un santo

El primer evangelio proclamado por la comunidad y por los allegados a Pablo, después de su muerte es: "¡Ha muerto un santo!"

A San Juan y Pablo sube una procesión de gente a venerar sus restos: cardenales, superiores generales de congregaciones religiosas, religiosos y fieles. Es curioso ver, cómo lo tocan y con qué devoción se retiran de su lado, con los ojos humedecidos y musitando plegarias.

Antes de enterrarlo, hay que cambiarle, tres veces, el hábito. Los fieles, unos a escondidas y otros más abiertamente, lo tijerean y guardan los retazos como reliquias.

En la noche del 19, el pintor Juan Domingo Porta hace en cera una mascarilla de Pablo. Su figura, realmente muy lograda, comienza a ser admirada y copiada.

Los funerales se celebran el 20 de Octubre. La Basílica de los Santos Juan y Pablo se convierte, de repente, en santuario de fieles que suben a participar en las exequias por el eterno descanso de Pablo de la Cruz. Un aire de asombro, de dolor, de misterioso gozo, repleta espesamente la nave de la Basílica.

Sus restos yacen expuestos sobre tablas mañana, tarde y la noche del día 20. Y el día 21, colocado su cuerpo en doble caja de plomo y de madera, por voluntad expresa del papa Pío VI, lo guardan sellado en presencia de testigos y personalidades de excepción. Cerca del mediodía, terminada la santa Misa y mientras la Comunidad canta el Réquiem, lo bajan, despacio, a la fosa excavada en la nave de la basílica.

Los cipreses del jardín de la Basílica, silenciosamente alzados hacia el cielo, balancean el descanso eterno de Pablo.

Apariciones y gracias

A la hora de la muerte de Pablo, Rosa Calabressi tiene una visión y escucha su palabra. Realidad que confirma, más tarde, al constatar la fecha y la hora de la muerte del Padre, por una carta del P. Juan María de S. Ignacio.

De repente, comienzan a multiplicarse detalles de curaciones instantáneas; bien sea al invocar su nombre, bien al aplicar sus reliquias en cuerpos enfermos.

Mientras tanto, a S. Juan y Pablo llegan cartas de condolencia de infinidad de personas convertidas por él y cartas de admiración, desde Inglaterra, Portugal y España.

Siervo de Dios

Pasa algunos meses... Y muy pronto corre un movimiento en torno a Pablo de la Cruz, siervo de Dios, bueno en palabras y obras. Pío VI, admirador personal de Pablo, anima los trámites para la glorificación.

Se analiza la declaración de 121 personas en 6 procesos informativos y tres apostólicos. Como su trabajo fue tan disperso, estos procesos se abren en Roma, en Corneto-Tarquiniá, Gaeta, Alejandría, Vetralla y Orbetello, en un tiempo record, de 1777 al 1780.

Los procesos apostólicos se realizan en Roma, Viterbo y Corneto-Tarquiniá, desde 1792 a 1804. Es indudable que entre todos los testigos, ninguno como el del P. Juan María, su confesor y director, durante más de 10 años.

El 8 de febrero de 1821, Pío VI, ya anciano y con mucho gozo, firma el decreto en que se reconoce que Pablo de la Cruz, fundador de la Congregación de la Pasión, ha practicado las virtudes cristianas en grado heroico.

4. HIMNO FINAL

Recordando el rostro de Pablo, abro el libro de rezos y recito, como expresión final de esta **memoria**, el himno de las primeras vísperas de su fiesta que hace tiempo, con tanto cariño, escribí.

El gozo de la tarde reposada
Enciende ya sus lámparas de fiesta.
Hoy es tu Pascua, Pablo de la Cruz
Y en el hogar se canta tu presencia.
A la sombra del Cristo del Calvario
Recoges las gavillas de tu siega.
Y mueren con temblores de palabra
Tus labios consagrados de profeta.
Todo está consumado en tu semblante:
Llamada del Señor y tu respuesta;
Cruz y cilicio, soledad y estudio,
Silencio ante la cruz y penitencia.
Entre los bosques quedan los Retiros
Donde **Los Pobres de Jesús** recuerdan
La gloria del Señor crucificado
Con salmos de vigiliyas y de estrellas.
¡Oh Pablo de la Cruz, en estas vísperas,
Que con amor tus hijos concelebran,
Recibe la intención de nuestros cantos
Y danos ser testigos de tu empresa!
Honor y gloria a ti, Dios Uno y Trino,
Por concedernos celebrar la fiesta
De nuestro Padre, Pablo de la Cruz
En la paz de la tarde que se acuesta.



Yo. Pablo de la Cruz.

A LA DERECHA:
PATIO INTERIOR DE LA CASA
NATAL.

ABAJO:
IGLESIA DE SAN CARLOS, DE
CASTELLAZZO.



A
B
T
A
C
A
E
M



ARriba a la izquierda: MOSAICO DE
 ERNASCONI, EN LA CAPILLA DE CARAVATE,
 ITALIA.

ARriba a la derecha: ESCULTURA DEL SANTO,
 COLOCADA EN SAN PEDRO, ROMA.

BAJO: CRUCUFIJO QUE USÓ EL SANTO EN UNA
 PREDICACIÓN EN PORTÉRCOLE.





ARRIBA: RETIRO DE MONTE ARGENTARIO.

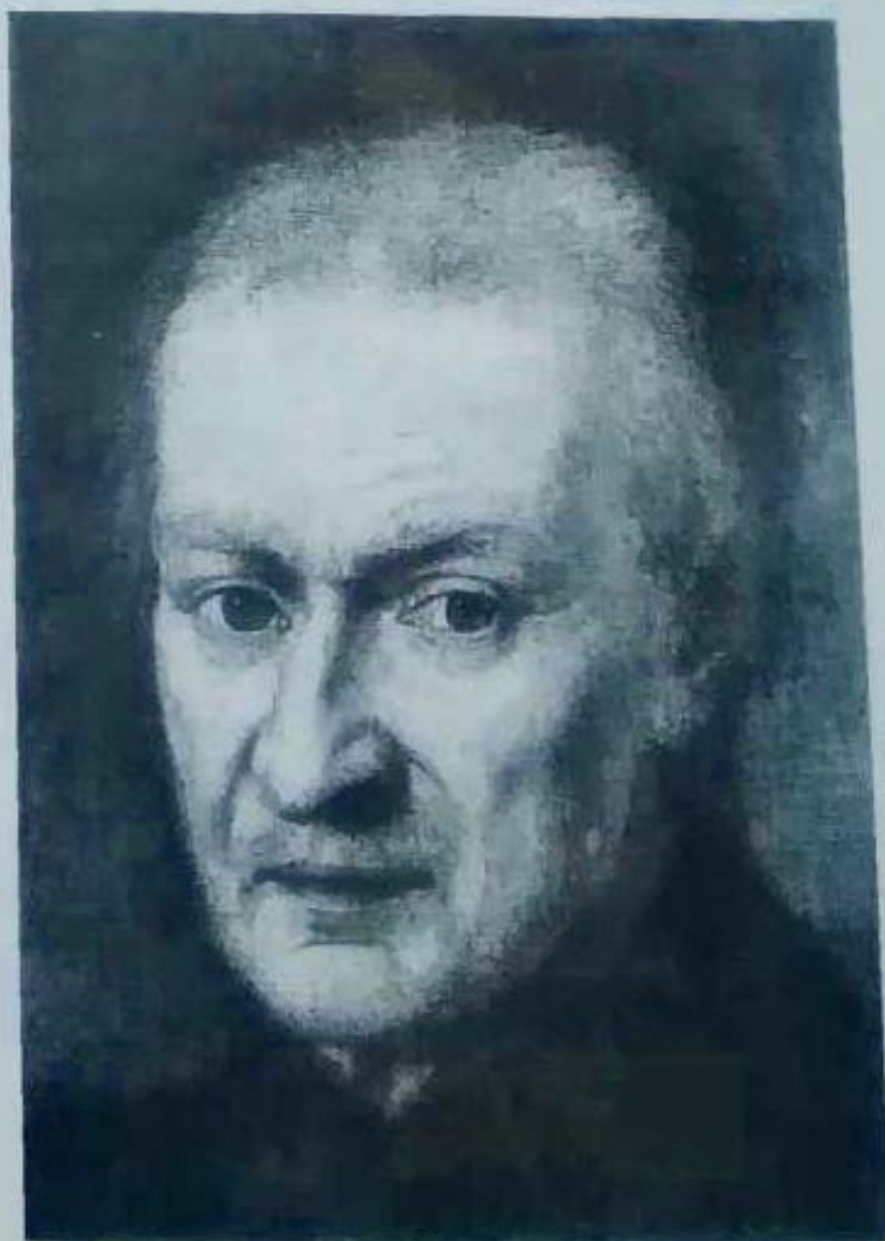
ABAJO: RETIRO DE SAN JOSÉ NOVICIADO EN MONTE ARGENTARIO.





ARRIBA:
RETIRO DE
CECCANO EN
FROSINONE.

ABAJO:
RETRATO DE SAN
PABLO.





ARRIBA A LA IZQUIERDA:
RETRATO DE SAN PABLO.

ARRIBA A LA DERECHA:
ALTAR EN LA HABITACIÓN DONDE
MURIÓ EL SANTO.

ABAJO A LA DERECHA:
OTRO RETRATO DEL SAN PABLO.





Antonio Gracia, religioso pasionista, nació en Alquería de la Condesa (Valencia, España). Realizó sus estudios de Filosofía en Daimiel (Ciudad Real) y los de Teología en Zaragoza. Se ordenó sacerdote el 16 de Febrero de 1958. Es misionero. Desde 1967 a 1976 desarrolló su actividad sacerdotal en Honduras, Centro América. Desde 1981 trabaja en Venezuela en diversos campos de pastoral.

Antonio G. Carga siempre consigo, primero, la maquinita Olimpia y ahora, igualmente, camina con su computadora portátil. Gracias a su vocación de escritor ha logrado varias publicaciones.



Go. Palle de la Cruz